Mundo Argentino

20 centavos
en toda la
República



"Ella pasaba por los salones con sus "toilettes" elegantísimas, indiferente a la curiosidad, desdeñosa de los homenajes, casi desafiando con su impenetrabilidad las mil suposiciones que sobre su persona, su vida, su pasado y su presente tejían y destejían todos aquellos ricos desocupados que se habían precipitado a su encuentro con la esperanza de una aventura inédita, exaltados de deseo por la fantasía enfermiza, exasperados por la valla infranqueable que la bailarina había levantado alrededor de sí misma con su reserva."

De la novela de ambiente nacional

LA PASION de DIANA CORVO

De

EVA PACI

En este número:

Los padres deben ponerse en guardia: el secuestro de niños puede también difundirse entre nosotros.

El espejo de la opinión pública en el país y en el extranjero



REPUBLICA ARGENTINA

—¡Esperen un momento, que ya estoy preparando la manguera!

EL BALANCE DE LA POLITICA MUNDIAL

Con el empréstito que nuestro gobierno gestiona (1) **han de equilibrarse las quebrantadas finanzas y resolverse el problema de la desocupación**, al emprender obras públicas en que hallarán empleo los miles y miles de hombres que en la actualidad permanecen de brazos cruzados.

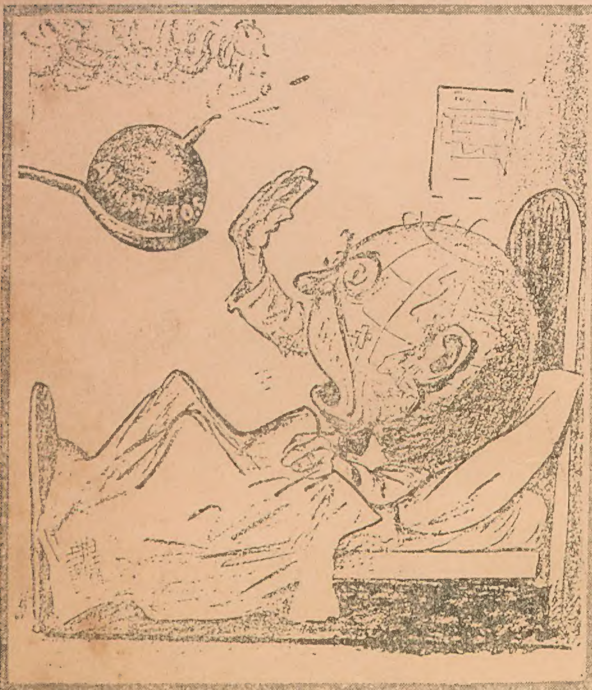
Ya el mundo entero rechaza la tendencia armamentista (2), **porque se ha dado cuenta de que el armamentismo es la ruina de los pueblos.** En la Conferencia del Desarme se han hecho excelentes propuestas, entre ella la de Italia, por la cual se propone la destrucción de todos los armamentos dentro de un plazo determinado.

A los gobiernos de todo el mundo no se les ocurre otra solución para conjurar la depresión económica (3) que crear impuestos a granel. **Todos los bolsillos del contribuyente han sido dados vuelta, y aún se sigue buscando** en él de dónde sacarle lo poco que tenga.

Lo que preocupa a la Liga de las Naciones es el conflicto chinojaponés (4); pero como no le encuentra solución, **lo que hace es tratar de que aparentemente dé la impresión de que está resuelto, atenuando su violencia,** aunque la gravedad del mal siga latente.

En los Estados Unidos, como en los demás países donde la crisis económica continúa (5), **las cargas impositivas siguen en auge, con una insaciable voracidad que deja perplejo al contribuyente.**

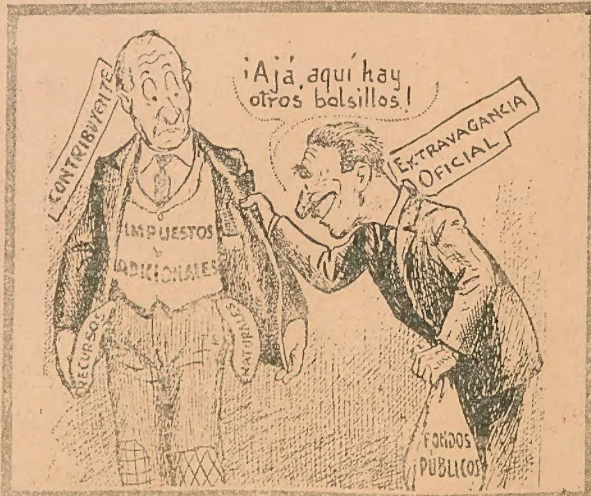
Está bien que se encierre a los delincuentes, a los indeseables, a los que son nocivos para la sociedad (6); pero para que la obra resulte completa, es conveniente que también se ponga entre rejas al protector político, es decir, al hombre de influencias que hace mover muchas veces la mano del delincuente.



LAS PILDORAS DE MARTE

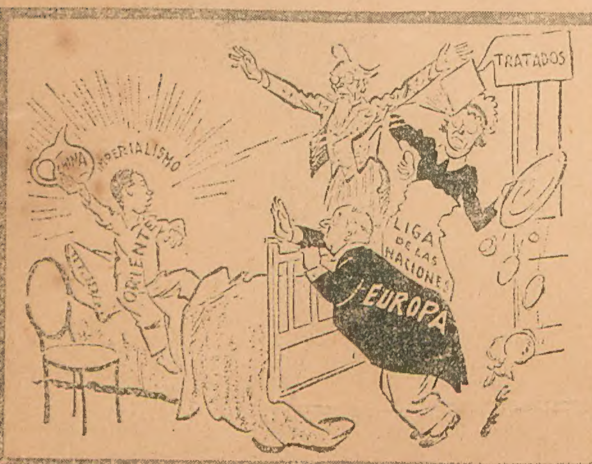
2 Con estas píldoras del dios de la guerra cada día don Mundo se siente peor.

(De "Sun", Baltimore)



LA OLA DE IMPUESTOS

3 Buscando nuevos bolsillos en las ropas del contribuyente.



LA CUESTION DE ORIENTE

4 Hay que hacer dormir al niño a todo trance.

(De "The Sunday Mail", Glasgow)



ESTADOS UNIDOS

5 —Pero, ¿cómo? ¿Más todavía?

(De "Courrier Journal", Louisville)



COMPLETANDO LA OBRA

6 Había que encerrar al otro para que las cosas quedaran bien.

(De "News", Detroit)



Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES



EDITADO POR LA EMPRESA EDITORIAL HAYNES

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN: RIO DE JANEIRO 300 - U. T. 60, CAB. 1020 AL 1029

FUNDADOR ALBERTO M. HAYNES

AÑO XXII — BUENOS AIRES, MAYO 4 DE 1932 — NÚM. 1111

Es NECESARIO *que durante el* INVIERNO *no se* AGRAVE *el* PROBLEMA *de la* DESOCUPACION

Ya los vientos otoñales van despojando a los árboles de sus hojas resecas y amarillentas. En las madrugadas comienzan a sentirse indicios precursores de fríos, de los fríos del invierno que llega con su cortejo de heladas, de noches de desamparo, de cierzos que muerden las carnes. Instintivamente se piensa en el suave calor del hogar, en los leños crepitantes, en las estufas y el buen abrigo de las ropas de lana, de los sobretodos.

Felices los que disponen de un techo para cobijarse mientras dura la más cruel de las estaciones, de las ropas necesarias para abrigarse y tienen la seguridad de contar con los recursos indispensables para asegurar en sus hogares el diario sustento sin sobresaltos y exentos de inquietudes.

Ha llegado el momento de pensar en los que no disfrutan de los privilegios señalados; en la situación que creará la estación invernal a los millares de jornaleros existentes en el país, pues es indudable que con la aparición de los primeros fríos tornará a agudizarse la desocupación, especialmente en las zonas agrícolas.

Hasta hace algún tiempo vagaban los desocupados en interminable caravana, a lo largo de las vías férreas. Se los veía avanzar con paso de autómatas, quebrados por la miseria, yendo de pueblo en pueblo, de chacra en chacra y de estancia en estancia. Eran hombres de trabajo, casi siempre fuertes mocetones, que ofrecían en vano el esfuerzo de sus brazos para cualquier ocupación. A veces obligados por la necesidad, tendían sus manos implorantes. Pedían un pedazo de pan para acallar el hambre que les atarazaba las entrañas. Y esas palmas callosas, ennoblecidas por el trabajo se extendían tímidamente, con vergüenza invencible; la vergüenza impotente, íntimamente dolorosa, del que siente en sus venas la pulsación de una vida gigante inutilizada en su valimiento productor por factores negativos que en su ofuscación e ignorancia no concibe ni logra dilucidar.

La recolección de la cosecha y las "juntadas" de maíz proporcionaron ocupación a buena cantidad, si no a la casi totalidad de esos hombres, pero ya ese pequeño alivio de carácter transitorio está a punto de terminar, y volveremos a ver las angustiosas caravanas en su ambular afanoso y desolado. En épocas anteriores la recolección del maíz duraba hasta cuatro meses, es decir, todo o gran parte del invierno, y hasta llegaba a la primavera, pero ese plazo se abreviará grandemente en el año corriente. Muy ingenua y candorosamente nos lo señala un colaborador oficioso desde la lejana localidad de Arequito, en la provincia de Santa Fe.

"La única tabla de salvación que queda es la "junta" de maíz, pero sucede que con la desocupación imperante es tal el número de "juntadores", que para mediados de mayo no quedará una espiga por juntar. Sastres, herreros, albañiles, todo el mundo ha ido o se apronta a salir a las chacras. ¡Es un milagro que no se les ocurra hacerlo hasta a los maestros!

"¿Y después? — pregunta, apesadumbrado, nuestro colaborador. — En las chacras se ocupaban muchos peones para las aradas (labor de invierno). Los tractores reemplazan con ventaja a los arados tirados por caballos y requieren un personal mucho más reducido, pudiéndose establecer en términos generales que cada motor con sus correspondientes rejas desempeña el trabajo de varios arados. Todo esto hará que este año el número de desocupados aumente en forma considerable."

¿Después?... No sabemos qué es lo que podrá sobrevenir o producirse después. Queda en pie la interrogante. Pero, sí, sabemos y sostenemos que debe buscarse urgente solución a tan grave problema. No caben ya dilaciones, ni demoras ni es tolerable que en nuestro país se produzcan situaciones tan ingratas sin que se trate de evitarlas o paliarlas. La protección oficial y la iniciativa privada deben acudir en auxilio del trabajador, del jornalero, adelantándose a los acontecimientos. Existe un impuesto que se creó con el único y exclusivo objeto de solucionar la desocupación. Es el que se ha dado en denominar sobreprecio a la nafta. Se dijo y anunció que el producido de ese gravamen se destinaría íntegramente a la construcción de una red vial en todo el territorio nacional, con lo cual no sólo se lograría el noble y útil objetivo de colocar al obrero en condiciones de ganarse el sustento, sino que también se realizaría verdadera obra de progreso al aumentar las vías de comunicación que facilitaran el tránsito y transporte de la producción agraria. Poco es el resultado visible hasta aquí de tan buena iniciativa. El gravamen se aplicó y su importe se percibe por el fisco desde hace más de un año, pero las grandes obras prometidas no han sido iniciadas aún.

Tal vez expliquen el estancamiento anotado apremios graves de diversa índole que pesan sobre el tesoro público, pero al normalizarse la situación política y administrativa convendría que los poderes públicos iniciaran con la energía que el caso requiere, y con la vastedad que permitan las recaudaciones del sobreprecio, los trabajos de pública utilidad a que fueron destinados expresamente aquellos fondos.

Emprendiendo cuanto antes el arreglo y apertura de caminos, se habrá dado un gran paso en la prevención del ingrato espectáculo de desocupación que presenciamos el invierno pasado, agravado, tal vez, este año por la mayor angustia de la depresión económica general.

CANDIDUS.



Las tareas agrícolas no bastarán este año para proporcionar trabajo a los millares de desocupados que lo requieren; es necesario hacer caminos.

El MISTERIO de la ESTATUA

Un cuento de ITALO SULLIOTTI

EN el salón de la villa, inverosímilmente llena de estatuas y de amuletos que formaban el "botín de guerra" de su larga campaña arqueológica sobre las altiplanicies del Turkestán, Jorge Redi escuchaba, con los brazos cruzados, el relato vehemente que Daisy Milner, la joven actriz de Eldorado, le venía haciendo.

Tumbado sobre el sillón de cuero, Darío Saffi parecía divertirse mucho. Ligado a Jorge por una antigua amistad fraterna, había aceptado con entusiasmo pasar con su esposa una semana en la villa del arqueólogo, cuando éste, a su regreso después de tres años de durísima vida asiática, le confesó que deseaba tener a su alrededor un poco de alegría.

La antigua villa de Kent se había transformado poco a poco en un museo.

Jorge Redi retornaba siempre de sus expediciones científicas cargado de un raro y precioso material: las civilizaciones desaparecidas, las ciudades sepultas, las razas que han dejado bajo el polvo de los siglos una huella y una "firma" sobre la ruta de la tierra y de la historia, atraían siempre la curiosidad del joven arqueólogo, ya célebre en el mundo científico, y sin embargo, tan profundamente lejano de la pedantería doctoral de los "clasificadores".

Donde los otros no vislumbraban más que un material que enumerar, o reducían el estudio del pasado a una erudita comparación de cifras y de signos, Redi buscaba el alma de las cosas muertas, trataba de reconstruir la vida de los pueblos y de los individuos, se esforzaba, sobre todo, en encontrar los secretos de una sabiduría milenaria.

—¿Y puedes quedarte serio—dijo de repente Darío Saffi—ante este relato? ¿No sería más sensato buscar la red e ir a pescar el almuerzo en el estanque de las anguilas?

Daisy Milner envolvió a su esposo en una mirada despreciativa.

—Tú no eres un hombre, Darío. Eres un estómago. Y algunas veces me pregunto qué fatalidad he debido...

Jorge Redi la interrumpió con un gesto. Su rostro joven y severo, levemente marcado por los aires de la "lejanía", parecía ignorar la sonrisa.

—Continúe, Daisy, le ruego. Lo que contaba me interesa...

La actriz miró otra vez triunfante a Darío, quien volvió a encogerse, resignado, en el sillón. Y continuó:

—Bien, Jorge. Anoche no podía dormir. Pensaba en mi nuevo papel en la opereta de Harney. Y tenía sed, mucha sed. Siempre tengo sed cuando estudio un papel nuevo... Entonces me puse el batón, pues recordé que había dejado la botella de la limonada sobre esta mesa, y bajé... Confieso que tenía un poco de miedo. Cuando llegué al salón y di vuelta al conmutador, la luz no se encendió. Tuve un pequeño calofrío..., pero me armé de valor. Un poco de luna se filtraba por las cortinas. Entonces, en el silencio de la casa, tuve de nuevo una impresión espantosa. Me pareció, mientras extendía la mano para buscar, a tientas, la botella, que todo a mi alrededor se movía. Todos estos objetos, estas estatuas, estos santos...

La carcajada de Darío resonó fragorosa.

—¡Santos! ¡Qué tontita deliciosa eres, Daisy! Estos son ídolos, no santos...

La actriz encogió los hombros.

—Como quieras... En suma, me pareció que aquí dentro había una multitud de personas vivas... Y luego, mientras me disponía a subir la escalera...

—¿Luego?—preguntó Jorge Redi, con el entrecejo fruncido.

—Luego... sentí improvisamente dos manos que se cerraban en torno a mi cuello... Tuve un instante de terror... La sensación de la muerte... Reaccioné, traté de librarme... Y bien, Jorge, en torno a mi cuello sentía siempre el apretón, pero no existían tales manos.

Hubo un momento de silencio. Luego Darío dijo, con los ojos entornados:

—Decididamente, Daisy, puedes representar en el teatro del Gran Guignol. Te recomendaré.

La casa de los arqueólogos parece siempre impregnada de misterio, pues se diría que la presencia de imágenes pertenecientes a épocas remotas, cuando primaban costumbres muy distintas a las nuestras, influye hasta en el mismo ambiente, en que la sugestión llega hasta el punto de que parece respirarse la atmósfera de lejanos tiempos.

Jorge lo hizo callar, con un gesto brusco, y se dirigió hacia el ángulo obscuro del salón. Se detuvo delante de la estatua del dios Toth, alta, obscura, maciza, sobre el zócalo de encina negra. Los ojos del dios asiático parecían guiñar maliciosamente, con las pupilas de amatista en las órbitas de marfil antiguo.

Volvió y colocó paternalmente la mano sobre la espalda de la joven.

—Pierda cuidado, Daisy. No es nada. Se trata de un fenómeno muy común de autosugestión. Todas estas viejas cosas que he reunido aquí, forman un escenario apto para impresionar a una personita como usted. En cuanto al apretón, se trata, probablemente, de un simple bolo histérico.

—¡Oh! ¡Ahora estamos de acuerdo!—dijo Darío.—Así habla una persona sensata. Pero ¿quieres decirme otra cosa? ¿No te enojas?

—Dime... Sabes que te perdono todo.

—¿Dónde has descubierto aquella pequeña salvaje que tienes en casa?

—¿Marka?—preguntó Redi.—Ya... Olvidaba. Se la presenté, pero no les he dicho quién es, ni de dónde viene. ¡Oh! Nada de extraño. Una de mis manías, nada más. A fuerza de recolectar cosas muertas, un día pensé agregar a mi colección algo con vida. La encontré en Agar Shash, en el corazón de la Anatolia, en una de las regiones más salvajes y desiertas que yo haya visitado, el centro de un recinto montañoso donde vive una tribu en la que se perpetúan la tradición y la leyenda de un antiguo reino fabuloso, la del rey Gige. Durante tres meses he buscado con mis ayudantes, piedra por piedra, la necrópolis de la montaña. Encontré fragmentos de un enorme interés histórico y arqueológico, joyas de forma exquisita, que he traído conmigo y que están aquí.

Jorge Redi indicó las arcas recostadas en las paredes. Hubo un momento de silencio. Y de improviso, resonaron tres golpes secos, profundos, netísimos, en el fondo del salón, junto a la estatua del dios.

Jorge se estremeció. Daisy se estrechó contra Darío, angustiada.

—¿Han oído?—dijo en un suspiro.

—Son las carcomas—dijo Darío, vacilando.

—¡Imbécil! ¿Ha oído, Jorge?

Redi, un poco pálido, sonrió.

—No es nada. Las paredes hacen de conductor acústico. En la casa vecina están trabajando los tapiceros... Les decía, pues, cómo encontré a Marka. Una noche, mientras volvía de la tumba del rey Gige, o al menos de aquella donde la leyenda dice que ha sido sepultado, se presentó en la tienda una muchacha. Su rostro moreno y bellísimo me impresionó: un perfil de medallón con todos los signos y caracteres étnicos de la raza indoariana que un día descendió de las grandes altiplanicies del Asia para dominar al Occidente. Me dijo: "Cabeza blanca, estoy sola: llévame contigo a los países donde brilla el sol. Estoy cansada de vivir aquí, todos los días me castigan..." ¿Quién sabe por qué aquella muchacha me dió lástima? Ocho días después partía conmigo... ¿Qué impresión les ha hecho?



Daisy mordióse los labios.

—Sí... ¿Por qué no? Podría ser graciosa en el escenario de un music hall. Pero es bastante desvergonzada. No hace más que mirar a Darío, con aquellos ojos negros de magnetizadora. Evidentemente, la has conquistado. Felicitaciones...

Darío soltó una carcajada.

—No temas, Daisy. No me

gustan las salvajes. Se las dejo a Jorge. Prefiero la ternera del país.

Daisy movió la cabeza con infinita piedad.

—Decididamente, Darío, eres fino y espiritual como un viajante, en las conversaciones de segunda clase. Lo que no quita que aquella muchacha te haga la corte a su manera... Escucha...

—¿Vamos a almorzar? —dijo Redi. —Así no pensarán más en las pesadillas nocturnas ni en los rumores misteriosos.

Daisy se levantó y se encaminó hacia la puerta; luego se detuvo:

—Vayan adelante ustedes. Yo me quedo un momento, si me permite, Jorge. Quisiera escribir una carta a mi hermana.

—Quédese, Daisy. La esperaremos en el jardín.

Los dos hombres salieron. Daisy tomó una hoja y se sentó delante del escritorio. Pero quedó pensativa, jugando con la lapicera. Sus ojos recorrían instintivamente la sala y se detuvieron en la mueca irónica del ídolo. La pesada mampara se abrió. Marka entró y se detuvo en la puerta. Bajo los cabellos de ébano, los ojos profundos, ardientes, de una fiebre contenida, miraban a la actriz curiosamente. Vestida así, a la europea, la joven del Turkestán tenía una expresión extraña. Hizo una leve inclinación con la cabeza. De pronto, como cediendo a un impulso, Daisy se dirigió hacia ella.

—Buenos días, pequeña Marka. ¿Quiere escucharme? Tengo algo que decirle.

Se sentaron sobre el diván. Venciendo su desconfianza y su instintiva enemistad, cediendo a aquella necesidad, común a todas las mujeres, de confiar a otra mujer los sucesos misteriosos y románticos de su propia vida, Daisy contó rápidamente, con excitación, a Marka, las sensaciones de la noche anterior, la pesadilla de la garganta apretada, los golpes que ninguno había podido explicar claramente su origen.

La muchacha escuchaba impasible. Pero un observador atento hubiera visto entre las largas pestañas bajas el relámpago de la pupila y descubierto el ligero pliegue de ironía en los labios rojos.

Intimidada por el silencio, la actriz se levantó. Su voz se volvió casi suplicante.

—¿Qué piensa que es, Marka? ¿Cómo se explica todo esto? ¿Una broma pesada? Pero ¿cómo sería posible? Sólo nosotros habitamos esta casa...

A su vez la muchacha se levantó. Aproximóse a Daisy y fijó en sus ojos la mirada firme y profunda de pensamientos ocultos. Después dijo lentamente, casi con dulzura:

—Pequeña señora blanca, ¿no te das cuenta que en esta casa habita el miedo?



—Yo me quedo un momento, si me permite, Jorge. Quisiera escribir una carta a mi hermana.

No, no; ya basta —dijo Darío Saffi paseando agitadamente por el cuarto.—Te quiero bien, Jorge. Lo sabes. Estoy dispuesto a cualquier sacrificio por ti. Te admiro como sabio—sobre todo porque soy un ignorante—y te quiero como a un hermano. Pero te ruego que cambies de aire. Tienes necesidad de reposo. Y bien, múdate al Parque Hotel. Hay de todo. Optimos dormitorios, agua corriente, teléfono, camareras deliciosas..., y, sobre todo, no hay arcas cerradas, ídolos, amuletos, muchachas salvajes recogidas en las altiplanicies, puertas que se abren solas y estatuas de dioses que miran falsamente...

Jorge Redi sonrió.

—Quizá tengas razón, mi pobre Darío. He sido un egoísta obligando a ti y a Daisy a compartir mis manías de arqueólogo en esta triste casa. No está hecha para ustedes, criaturas modernas que viven en la superficie de la vida y nunca intentan mirar qué hay debajo...

Darío encogió los hombros.

—Si no fuera más que esto, ¡paciencia! Pero hay algo peor. ¿Sabes la otra novedad de esta mañana?

Jorge lo miró interrogativamente.

—No sabes todavía; ya...—Darío bajó la voz, temeroso de hablar.—Sabes, Jorge, que si hay alguien habituado a reírse de lo sobrenatural soy yo; yo, hombre serio, hombre moderno, ajeno a todas las simplezas. Y bien, te confieso que por primera vez...

—Pero ¿qué ha pasado? ¿Se puede saber?

—Te lo digo en seguida. Además, Daisy te lo dirá dentro de poco; se está vistiendo. Esta mañana tú has salido temprano. A las seis sentí un grito horrible en el cuarto de Daisy. Acudí. La sentí que daba vuelta el cerrojo, entré y la encontré aterrorizada.

Jorge se levantó más turbado de lo que deseaba aparentar.

—¿Qué ha pasado? ¡Dime pronto!

—Cuando despertó, esta pobre muchacha sintió del lado derecho del cuello un ardor. Saltó de la cama, se miró en el espejo y dió un alarido. Sobre el cuello resaltaba una marca roja, un extraño triángulo rojo, con un pequeño círculo dentro...

—¿Cómo has dicho?—Los labios de Jorge Redi temblaban convulsivamente. —¿Cómo has dicho?

—Un triángulo con un signo rojo... Pero ¿qué te sucede?

El arqueólogo se había precipitado hacia el escritorio y sacado una hoja. Se la presentó a su amigo y le indicó un dibujo.

—¿Éste?

Darío retrocedió asombrado.

—Sí, éste... Pero ¿qué es?

—Éste—dijo lentamente Jorge, dejando caer la hoja—es el signo del dios Toth.

Hubo un momento de silencio grave. Los dos hombres miraban instintivamente la estatua. Darío fué el primero en hablar.

—No sé. No quiero saber. ¡Sólo digo que basta, basta, basta!... Hace varios días que Daisy advierte una enemiga en la muchacha que has agregado a tu colección. Esta pequeña Marka, ¡que el diablo se la lleve!, mira a mi esposa con ojos que parecen fulminarla, y como compensación, me mira a mí—¡no te rías, querido!—con ojos que dicen muchas cosas... Y porque se trata de razas que son capaces de todo...

—¿Qué quieres decir? ¿Piensas que Marka ha podido introducir- (Continúa en la pág. 38)

Los padres deben ponerse en guardia: *el* SECUESTRO

Escribimos esta nota con la esperanza de que, al aparecer en MUNDO ARGENTINO, el hijito del coronel Lindberg haya sido recuperado por sus afligidos padres. La prensa dejó concebir en distintas oportunidades esta esperanza, difundida como una voz de alivio por todos los ámbitos del mundo, donde el rapto produjo verdadera sensación.

Nuestro público ha seguido con verdadera ansiedad las alternativas del doloroso suceso; pero nuestro público quizá ignore hasta qué punto se ha generalizado en los Estados Unidos el secuestro de niños, que constituye una de las industrias delituosas que más preocupan a la policía yanqui en los actuales momentos. De eso lo informa la presente nota, de tanta más actualidad ahora en que también en nuestro país empiezan a registrarse alarmantes raptos de niños. La policía y todos debemos cooperar a fin de que esa terrible amenaza no se cumpla.



El pequeño "Lindy", el niño de quien tanto se ha ocupado la prensa mundial y cuyo rapto ha conmovido a personas de distintas clases sociales, que siguen con profunda ansiedad el desarrollo del suceso sensacional.



Es posible que el hijo del coronel Lindberg esté cambiado ahora así, con el pelo cortado, para que sea más difícil su identificación por la policía. Ha tenido ésta que aceptar la humillación de que el famoso aviador negociase con los raptores la devolución de la criatura.

ESTADOS UNIDOS! Fantástica tierra donde las leyendas se convierten en realidad. Reinado de lo inverosímil, donde la voluntad y la pujanza del hombre aquilatadas por una ambición sin límites han exaltado su potencialidad hasta el punto de reducir al mínimo el significado de la palabra "imposible"... Allí donde cada uno de sus habitantes plasma su ideal en un récord, cualquiera que sea, pero siempre un récord, que es como el símbolo de su común afán de superación incesante, allí donde el progreso material y los adelantos técnicos han realizado las más audaces concepciones del cerebro humano, allí es también donde el delito y la criminalidad, siguiendo un desarrollo paralelo al de los progresos benéficos para la colectividad, han llegado a un grado tal de perfeccionamiento, que ya dejó de constituir una simple amenaza para transformarse en un peligro social de proporciones pavorosas.

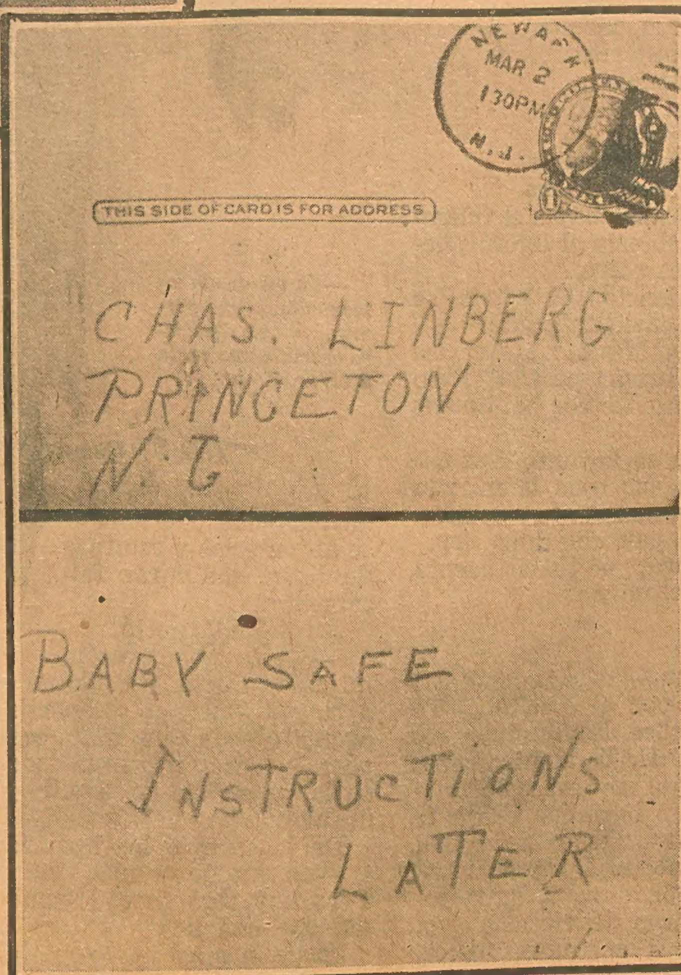


Los niños de los asilos norteamericanos rezan para pedir la aparición del hijo de Lindberg. Esta fotografía fué publicada en un diario de los Estados Unidos con el objeto de conmover a los secuestradores, claro que con resultado negativo.

EL RAPTO DE NIÑOS ES UN DELITO MUY FRECUENTE EN ESTADOS UNIDOS

¿Hasta dónde llegarán en su siniestra trayectoria los inconcebibles avances de la delincuencia estadounidense?... He ahí una angustiosa incógnita que aún no se puede develar, pero que, además de preocupar a las propias autoridades de la Unión, va extendiendo su alarma al resto del mundo, conmovido en sus sentimientos y hasta en su seguridad por la posible repercusión del pernicioso ejemplo.

El reciente secuestro del hijito del ya famoso coronel Charles Lindberg es tan sólo un caso que pone de manifiesto la extraordinaria audacia de los malhechores yanquis. Y si bien es cierto que la personalidad del célebre aviador sirvió para aumentar el carácter sensacional del rapto, la verdad es que, en el fondo, este episodio es uno de los muchos que se repiten en Estados Unidos con una frecuencia abrumadora. Pues lo más lamentable es eso, precisamente, que el secuestro de niños se ha hecho tan común allá, en los últimos años, que bien puede decirse que constituye una verdadera industria. Y, lo que es peor aún, una industria delictuosa tan vulgar como las de los asaltos y las estafas. Se explica así que la policía viva con una preocupación angustiosa.



NEWARK
MAR 2
1 30 PM
N. J.

THIS SIDE OF CARD IS FOR ADDRESS

CHAS. LINBERG
PRINCETON
N. J

BABY SAFE
INSTRUCTIONS
LATER

Estos son el sobre y la carta que recibió Lindberg después del secuestro de su hijo. En la carta le decían que el niño gozaba de buena salud y que pronto le mandarían instrucciones.

de NIÑOS puede también DIFUNDIRSE entre nosotros

TRESCIENTOS NIÑOS SECUESTRADOS EN UNAS CIENTO CINCUENTA SEMANAS

Una estadística verdaderamente aterradora es la que acaba de publicar el Departamento de Policía de Saint Louis, con motivo del sensacional rapto del niño de Lindberg. Dicha estadística, con sus cifras extraídas de los anales policiales de una parte de los Estados Unidos, revela el terrible incremento asumido por esa infernal especialidad de bandidaje creada por los secuestradores de niños.

Tomada así en conjunto, la cifra total de los niños robados en los últimos tres años en Estados Unidos asciende a 285. Pero si se tiene en cuenta que esta estadística abarca sólo una parte de aquel país, pues de 948 ciudades consultadas por la policía de Saint Louis, solamente respondieron a la encuesta 502, es decir, el 50 %, es fácil y lógico suponer que el total exacto de niños robados debe ascender en realidad, a más de 300, y no sería difícil que alcanzara a 400.

Pero sin aventurarnos en cálculos hipotéticos, y ateniéndonos estrictamente a las cifras publicadas, vemos que la proporción de secuestros de niños en aquel país es espantosa, pues en tres años, o sean unas 156 semanas, se han concretado unos 300 casos, lo que viene a significar que se roban dos niños por semana.



Sesenta mil dólares piden los raptores de este niño, William Rainieri, que también ha sido secuestrado.

WANTED

INFORMATION AS TO THE WHEREABOUTS OF



CHAS. A. LINDBERGH, JR.

OF HOPEWELL, N. J.

SON OF COL. CHAS. A. LINDBERGH

World-Famous Aviator

This child was kidnaped from his home in Hopewell, N. J., between 8 and 10 p. m. on Tuesday, March 1, 1932.

DESCRIPTION:

Age, 20 months — Hair, blond, curly
Weight, 27 to 30 lbs. — Eyes, dark blue
Height, 29 inches — Complexion, light
Deep dimple in center of chin
Dressed in one-piece coverall night suit

ADDRESS ALL COMMUNICATIONS TO
COL. H. N. SCHWARZKOPF, TRENTON, N. J., or
COL. CHAS. A. LINDBERGH, HOPEWELL, N. J.

ALL COMMUNICATIONS WILL BE TREATED IN CONFIDENCE

March 11, 1932 — COL. H. NORMAN SCHWARZKOPF, Supt. New Jersey State Police, Trenton, N. J.

No tardaron en aparecer, pegados en las paredes, infinidad de carteles en los cuales, como en el presente, se hacía una descripción completa de la filiación de la criatura, a tiempo que se pedía que cualquier información que fuera posible obtener se notificara inmediatamente a la policía.

DE CADA VEINTE NIÑOS QUE SE ROBAN, UNO NO VUELVE MAS

Basta con citar solamente la cifra total y la proporción corriente de secuestros para dar una idea del grave peligro que este género de delincuencia entraña para la seguridad de la infancia en la gran república del Norte.

Pero la parte más horrible de esta estadística es la que se refire a los niños que han sido asesinados después de raptarlos. En este aspecto, los raptores han demostrado un instinto de ferocidad peor que todo lo que pudiera sospecharse.

En efecto: de los 285 casos publicados anteriormente, se han registrado catorce en que los niños han sido muertos por sus raptores. Lo cual da una proporción del veinte por ciento. Es decir, que de cada veinte niños que se roban en Estados Unidos, uno es asesinado.



Jimmy De Jute es otro de los infelices niños que han caído últimamente en las garras de los que se dedican a la provechosa industria del rapto.



Este niño tiene un parecido asombroso con el hijo de Lindberg, y esa semejanza les ha causado muchos trastornos a sus padres, pues la policía varias veces los detuvo creyendo que habían echado el guante a los secuestradores.

LA POLICIA HA FRACASADO ROTUNDAMENTE FRENTE A LOS RAPTORES DE NIÑOS

Por si no fuera bastante demostrativo este caso del robo del hijito de Lindberg, en que la policía ha tenido que permitir la humillación de que el padre recurriera a los propios delincuentes para tramitar la recuperación de la criatura, el mismo resultado podríamos comprobarlo a través de las mismas cifras de la referida estadística.

De ellas se desprende claramente que el rapto de niños es uno de los delitos en los que sus autores logran casi siempre escapar a las garras de la ley. De los 285 casos que tenemos a la vista, resulta que en 216 los raptores no han sido capturados. Lo que equivale a un 75 por ciento del total. Proporción esta que, mientras por un lado estimula a los delincuentes, incitándolos a perseverar en esta clase de actividades que tanto les asegura su impunidad, por otra parte contribuye a aumentar el pánico de las familias, que tienen la sensación de estar a merced de los forajidos, sin poder contar con la salvaguardia de las autoridades cuya eficacia es tan relativa. Además, la intervención policial resulta a veces contraproducente, como ha ocurrido en el caso del hijo de Lindberg, cuyos raptores no

(Continúa en la página 15)

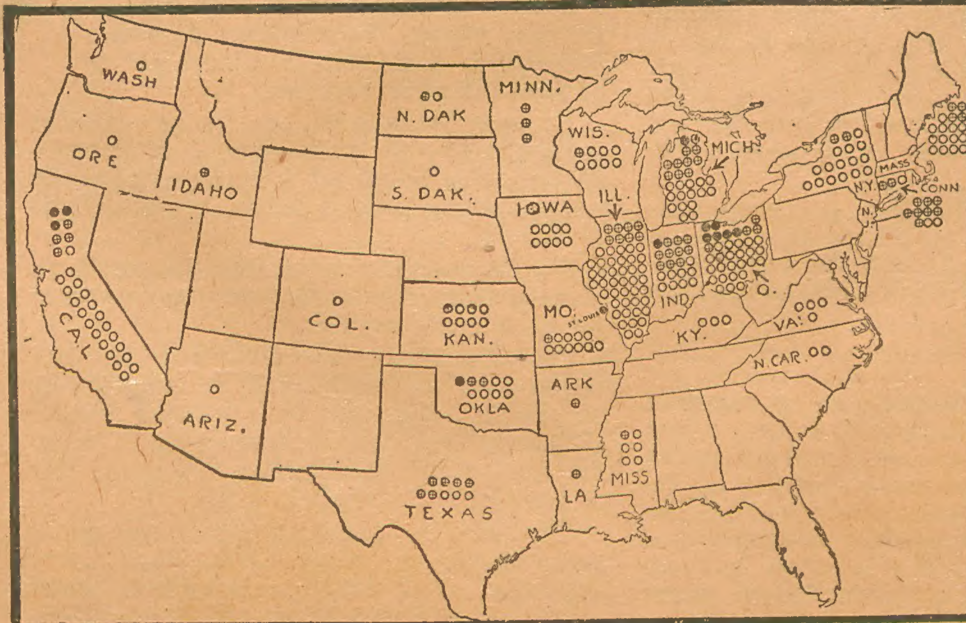


Gráfico que muestra la distribución por Estado de los 285 raptos que han ocurrido en los Estados Unidos durante los últimos tres años. Indicaciones del mapa: el círculo lleno significa niños robados y asesinados; el círculo con una cruz, raptores capturados, y el círculo en blanco, raptores no capturados.

La PASION de DIANA CORVO

DIANA Corvo! ¡Diana Corvo! ¡Diana Corvo!", proclamaban en grandes letras coloradas, azules y verdes los affiches callejeros.

"Debutará en breve en nuestro máximo teatro la célebre danzatriz, consagrada como una de las más grandes figuras del arte coreográfico por todos los públicos del mundo", escribían diarios y revistas al pie del retrato de la artista. Y desde todas las hojas impresas el rostro enigmático de la bailarina derramaba la luz sombría de sus pupilas obscuras.

Había algo de exótico, de misterioso, casi de temible en aquel rostro de líneas irregulares, de boca grande, sensual y un poco perversa, de ojos negros, rasgados, que revelaban en el corte levemente oblicuo su origen oriental.

Hija de un comerciante italiano radicado en la India desde muchos años y de una mujer del Cachemire, la bailarina constituía una rara fusión de esas dos razas diametralmente opuestas. Sus pupilas sabían brillar con el incontenible apasionamiento latino, como aterciopelarse de languidez oriental.

Tenía arrebatos violentísimos de cólera, perversidades fríamente calculadas, como impulsos generosos de bondad y de dulzura.

Su presencia en el hotel más elegante de Buenos Aires despertó un interés apasionado, una curiosidad casi morbosa.

Ella pasaba por los salones con sus "toilettes" elegantísimas, levemente excéntricas, con sus raros perfumes que hacían dilatar de deleite las narices masculinas, con su pequeña cabeza envuelta en turbantes, bajo los cuales se divisaban los "bandeaux" brillantes y lisos de sus cabellos corvinos.

Sola, silenciosa, inconfundible. Indiferente a la curiosidad, desdeñosa de los homenajes, casi desafiando con su impenetrabilidad las mil suposiciones que sobre su persona, su vida, su pasado y su presente tejían y destejían todos aquellos ricos desocupados, aquellos donjuanes que se habían precipitado a su encuentro con la esperanza de una aventura inédita, exaltados de deseo por la fantasía enfermiza, exasperados por la valla infranqueable que la bailarina había levantado alrededor de sí misma con su reserva.

El debut de Diana Corvo congregó en el Colón un público numeroso y elegantísimo. El teatro semejaba un inmenso estuche brillante en el cual las joyas y las mujeres rivalizaran en belleza y esplendor. Y así, cuando la artista apareció sobre el fondo obscuro del escenario para interpretar su primera danza, tuvo un instante de inmovilidad mientras saboreaba con los ojos entornados y las narices palpitantes, el homenaje de toda aquella belleza, de todo aquel lujo reunido allí por ella y para ella.

Y fué insuperable en sus creaciones artísticas, magnífica, dulce, trágica, leve, según lo requería el desarrollarse de los poemas musicales.

Una ovación estruendosa e interminable, consagratoria, cerró su última danza. Diana Corvo había triunfado una vez más, imponiendo su arte sugestivo, impregnado de alma y de belleza plástica.

Sentada en su camarín frente al espejo, la bailarina retocaba con el lápiz sus cejas sutiles y expresivas, tendidas como dos alas negras sobre la frente pálida. A su alrededor la pequeña estancia habíase convertido en un invernadero perfumado por incontables canastas de flores. Al lado del tocador una soberbia "corbeille" de rosas rojas ardía como una llamarada.

Maquinalmente la artista se inclinó un poco para desprender la tarjeta prendida en la cinta. Y maquinalmente también la leyó. Ya sabía de quién era ese homenaje floreal que se repetía todos los días, tanto en su departamento del hotel como en el camarín del teatro.

"Eduardo Mackinlay", decía sencillamente la tarjeta.

Entre los muchos admiradores de Diana Corvo, éste era el único que había sabido rendirle un homenaje discreto y asiduo, sin sentirse por eso autorizado a imponer su presencia a la mujer admirada.

Y esta conducta extraña y tan poco usual intrigaba a la artista, cansada del cumplido fácil y de la galantería que no siempre lograba ocultar, bajo un refinamiento exterior, los bajos deseos y las ansias inconfesables.

—¿Cómo será? — se preguntaba, aspirando con los ojos entornados el leve perfume de hombre elegante que se desprendía de la tarjeta, prisionera entre sus finos dedos. —¿Rubio? ¿De ojos celestes y cándidos, como buen sajón? — monologaba.—¿O moreno, alto, de rostro ardiente y quemado por el sol incandescente de la India? En realidad, su nombre me hace pensar, no sé por qué, en un oficial del ejército colonial. Pero ¿qué haría aquí un oficial del imperio británico? Quizá, a lo mejor, es hijo de algún exportador de carnes congeladas... — Y encogiéndose de hombros, tiraba la tarjeta y proseguía su "toilette".



Sobre el tocador de la artista había ya una copa de Murano llena de esas tarjetas, y el misterioso admirador no habíase aún hecho presente.

En vano Diana había buscado por caminos indirectos de tener noticias de él, interrogando con sabia habilidad a cuantos imaginaba susceptibles de poderle dar un informe. Nadie lo conocía.

Por fin, cuando aquel misterio empezaba ya a exasperarla, Mackinlay hizo preguntar a la artista si podía recibirle.

Con un movimiento de alma bien femenino, Diana tuvo por un instante la tentación de rechazarle. Ahora que tenía a aquel hombre al alcance de la mano, la despechaba la habilidad con la cual había conseguido llenar la vida de ella con su presencia invisible.

Sin embargo, la curiosidad pudo más que el resentimiento, y aquella tarde Diana Corvo empleó en su "toilette", en un deseo inconsciente de seducir, todo su arte y su refinamiento femeninos.

Sentados frente a frente en el saloncito de la artista, Diana Corvo y Eduardo Mackinlay fumaban en silencio. Entre ellos, sobre una mesita, el té aromático humeaba en las tazas de transparente porcelana china. Un leve perfume oriental impregnaba el ambiente de recogimiento y evocaciones.

Hacía apenas una hora que se conocían, y ya un vínculo sutil los unía, como si hubiese existido entre ellos una antigua amistad

Novela corta de EVA PACI

Diana Corvo es una de esas mujeres que cuando aman gozan con torturar al ser que quieren, y por no se sabe qué extraña perversidad, llevan hasta el borde de la locura al hombre que se siente atraído por sus encantos y es correspondido por ellas. Así sucede en esta novela de Eva Paci, quien, con sutil penetración, estudia el complejo temperamento de su Diana Corvo, mujer que sólo sabe querer bien cuando ve que el hombre que ama es capaz de sacrificar su propia vida por ella.

• •

Diana no se había equivocado en sus suposiciones. Mackinlay había pasado en la India algunos años como oficial del ejército colonial. También sobre su alma aquel país de leyenda y de misterio había ejercido una poderosa influencia. Él, como todos los espíritus susceptibles a la sugestión que se desprende de un pasado magnífico y de los restos de belleza que de ese pasado han quedado, conservaba un recuerdo imborrable, lleno de dolorosa nostalgia, de aquella época de su vida.

Una catástrofe económica sobrevenida a su familia, habíale obligado a abandonar su carrera y la tierra mágica para regresar a Inglaterra. La necesidad de recuperar para los suyos la posición perdida a consecuencia del desastre, lo había empujado, como a tantos otros, hacia las tierras de América a tentar fortuna.

Su voluntad, el recuerdo de la madre lejana que creía y esperaba en su triunfo sobre el sino adverso, lo habían espoleado durante los primeros años de lucha; lucha dura y tenaz en el curso de la cual él temió sucumbir más de una vez.

Por fin el éxito había premiado su esfuerzo, haciéndole alcanzar una posición envidiable, después de haber dado a su familia más de lo que necesitaba para volver a ocupar el lugar que le correspondía en la sociedad.

La llegada de la bailarina, con sus danzas exóticas y extrañas, había despertado en el alma del ex oficial un cúmulo de recuerdos. En un principio, él amó en ella el símbolo vivo y palpitante de la tierra inolvidable. Luego la fascinación personal de la artista, fascinación que irradiaba de su persona y hacía presa aun en el alma de los que no se le habían acercado nunca, lo había poco a poco arrastrado hacia ella.

De ahí que el envío diario de las flores que en los primeros tiempos no había tenido más significación que la de un homenaje sentimental, fuese adquiriendo paulatinamente un sentido más íntimo y profundo.

Todas estas cosas Mackinlay las había dicho lentamente, con su voz grave y varonilmente armoniosa, mientras Diana le escuchaba en silencio, mirándole con los ojos entornados a través del humo de su cigarrillo.

Alto, gallardo, naturalmente elegante, con una hermosa cabeza de cabellos rubios y ondulados, hacía pensar en un dios griego que hubiese cubierto su magnífica desnudez de estatua con el insulso traje moderno, pero sin lograr disimularla totalmente.

Sus ojos, de un azul obscuro, al fijarse en ella, ardían con una llama violenta, que las largas pestañas trataban en vano de dulcificar.

La artista rompió de pronto el silencio para observar con ligera ironía:

—Tiene usted un sistema bastante original para hacer la corte a las mujeres, señor Mackinlay.

—Se engaña, señorita —repuso él gravemente.—No tengo sistema alguno, puesto que ese "sport" no es de los que yo acostumbro practicar.

—Entonces el envío diario de sus flores ¿tenía sólo la significación de un rito recordatorio? —insinuó ella con maliciosa coquetería.

Él titubeó un instante; después dijo lentamente, como con esfuerzo:

—Creo haberle dicho también que si esa fué en un principio su significación, más tarde adquirieron otra, para mí más preciosa...

Entonces Diana fué audaz para disfrazar la turbación deliciosa que la invadía:

—¿Quiere decir que usted está enamorado de mí? —preguntó, sacudiendo con indolencia estudiada la ceniza de su cigarrillo.

Él hizo un gesto rápido, como si quisiera rechazar esa acusación, avergonzado tal vez de haber desnudado su alma demasiado pronto delante de esa mujer; pero en seguida bajó la cabeza como un niño que confiesa su culpa tácitamente.

Ella tuvo la tentación de hundir sus dedos abiertos en aquellos cabellos rubios y suaves, en una larga caricia, pero se contuvo, y para ocultar su emoción, desgranó en el silencio del saloncito una carcajada un poco forzada.

Esa risa intempestiva provocó en él una mirada de dolorosa sorpresa, ya arrepentido de haber dejado descubrir así su secreto; ella entonces le tendió una mano y murmuró con dulzura inusitada:

—Perdóneme, no he querido herirle...

Ese gesto y esa frase tan simples en apariencia, tenían, en cambio, el valor profundo de una claudicación. Así lo comprendió Eduardo, quien tomó aquella pequeña mano, cubriéndola de besos apasionados.

Así, de manera un poco extraña, empezó el idilio de Diana Corvo, idilio que debía convertirse en la única y grande pasión de su vida.

Pero, para desdicha suya y de los que la amaban, la artista no era una mujer como las demás. Las cosas más sencillas, al personificarse en ella, se volvían complicadas. Su alma, naturalmente tortuosa, que se abandonaba o se encerraba en sí misma de improviso y sin ninguna razón aparente, era un problema insoluble.

Como impulsada por un espíritu diabólico, reía cuando habría debido llorar, o viceversa. Y así, cuanto mayor era el deseo de abandonarse al cariño de él con toda su feminidad sedienta de caricias y de ternura, más irónica e inalcanzable se mostraba.

Eduardo Mackinlay, cada día más apasionado, desesperaba de poder hacer nunca suya totalmente a aquella mujer extraña. Cuando más seguro estaba de poseerla, con una frase,

Hacía apenas una hora que se conocían, y ya un vínculo sutil los unía...



EVA PACI

Autora de la novela corta

La pasión de Diana Corvo

que se publica en este número, hace para los lectores de

Mundo Argentino

Su AUTOBIOGRAFIA

Me llamo Eva y nací el Día de la Raza. Sin embargo, te juro, lector, que no soy yo la madre de la raza humana.

El año puede muy bien ser el 1930, pero si crees que exagero un poco en la disminución, agrega tú los años que te parece me falten; sólo te ruego de no exagerar a tu vez.

Mis cabellos rubios, una vez bien "frisés", pueden convertirme en uno de esos angelitos que suelen revolotear juguetones alrededor de los santos, en los techos de las iglesias. Me falta únicamente el consabido par de alitas debajo de la barbilla, y me sobra un poco de rouge en los labios. El color de mis ojos ha dado muchos quebraderos de cabeza a los químicos y a los poetas provinciales que me han hecho el honor de fijarse en ellos. Según algunos son azules, según otros, verdes. Yo no tengo preferencias al respecto.

Tengo dos inclinaciones que me arrastran fatalmente al abismo. La recitación y la literatura. Pero estoy en condiciones de asegurarte, lector, que no suelo recitar a menudo "La vispa Teresa", poema muy en boga entre la infancia de mi país y soberbiamente parodiado por el inmortal Trilussa, como tampoco acostumbro treparme a la montaña desde la cual Zaratustra contempla nuestro mísero mundillo. Y eso no porque no me gusten las alturas: simplemente porque la montaña de Zaratustra no tiene ascensor.

Tengo una pasión (no te alarmes, lector, que no voy a confesarte ninguna deficiencia cardíaca): los viajes.

Si no estuviese segura de que mi familia es católica desde incontables generaciones, diría que he tenido por antepasado algún judío errante.

Cómo será mi afición a los viajes, que el día en que San Pedro vino a arrancarme a un interesantísimo y movido partido de bolitas que estaba jugando con mi Angel Guardián, en un rincón del Paraíso, para precipitarme a este valle de lágrimas, yo, llevada por mi fantasía caprichosa, tercí el rumbo y me fuí volando graciosamente hasta la florida isla siciliana.

Mis padres, florentino papá, turinesa mamá, tuvieron que pegarse una carrera loca a través de toda Italia para llegar a tiempo y asistir a mi aterrizaje. Si no es por los amorosos brazos de mis progenitores es casi seguro que me rompo la cabeza contra algún escollo de la costa palermitana.

Desde entonces ando rodando por el mundo, y no es imposible que un día de estos resuelva irme a tomar té a la China, en casa de un tío mío, ciudadano honorario de la República Celeste.

El conflicto chinojaponés no me preocupa. Soy tan pequeña, que en caso de peligro puedo muy bien esconderme en la corola de una flor de loto. ¡Qué imagen poética! ¿No es cierto?

Para terminar diré que he ensayado todos los medios de locomoción, menos la mula y el automóvil cohete; que por culpa de algunos amigos mal intencionados he escrito un libro de cuentos, titulado "El gran titiritero", en venta en todas las principales librerías del Universo, y que me gustan los higos de tuna.

Virtudes no tengo. Vicios..., uno. El de dormir 48 horas por día.

---

con un gesto, con una mirada solamente ella volvía a levantar entre los dos una barrera infranqueable. Y en ese juego cruel ambos agotaban las mejores energías de su espíritu.

Desde el día en que se conocieron, Diana, que habíase mantenido aislada, tanto de sus compañeros de trabajo como de los innumerables admiradores, llevada por su carácter extraño y contradictorio, había cambiado su sistema de vida, consciente y casi feliz del sufrimiento que aquello significaba para Eduardo.

Raras eran las veces en que no aceptara una copa de champaña, casi siempre ofrecida en su honor, en algún restaurante elegante. Y en esas excursiones nocturnas arrastraba consigo al pobre enamorado, el cual debía presenciar, atormentado por los celos y la indignación, la audacia con la cual aquellos viciosos noctámbulos acechaban a su amada.

Sin embargo, en esa conducta aparentemente equívoca de Diana Corvo no se ocultaba sino el deseo de afianzar su poder en el alma de Mackinlay por medio de los celos, la pasión que más suele encadenar un hombre a una mujer codiciada.

Una noche Mackinlay fué, como de costumbre, a esperarla a la salida del teatro para llevarla en su coche, lejos de la ciudad, por algún camino desierto donde poderse abandonar al encanto de la soledad y el silencio.

Hundido en el asiento del auto, espió su llegada entre temeroso y esperanzado, anhelando con toda el alma que ella accediese a renunciar por esa vez a la compañía acostumbrada de aquellos vividores.

¡Tenía tantas cosas que decirle! Le rebosaba el alma de ternura apasionada, del deseo incontenible de tomarla entre sus brazos, besarla levemente, largamente, los grandes ojos enigmáticos, la boca encendida y carnosa, las manos blancas y puras como manos de virgen; esas manos que sabían expresar con tan rara elocuencia los más íntimos estados de alma en su arte maravilloso.

Y cerraba los ojos para evocar mejor a la amada en todo su esplendor y su misterio, cuando interpretaba las danzas sagradas de la India o hacía revivir con arte supremo los antiguos ritos egipcios y griegos.

Así debían ser aquellas lejanas sacerdotisas que ofrecían a los dioses sobre sus palmas vueltas hacia arriba toda la fe de un pueblo. Con la misma agilidad serpentina debían retorcerse sus cuerpos estatuarios en la frenética "Danza del fuego" o balancearse rítmicamente, en una candencia lenta y hierática, al sacrificar al dios la víctima propiciatoria.

El teatro estaba ya casi desierto. Todos los artistas, desde las grandes estrellas hasta el humilde corista, habían ido saliendo, solos o en grupos bulliciosos. Rodeados por una corte de amigos y aduladores, los pontífices y sacerdotisas del "bel canto". Sólo Diana se retrasaba, quizá retenida por la charla insulsa de algún adorador. Y ese pensamiento convulsionaba de pena y de celos el alma de Mackinlay.

¡Oh, cuánto hubiera dado para poderla arrancar a aquel ambiente, lleno de sugestiones perversas y de peligros continuos! Llevársela lejos, toda para sí, y ocultarla a los ojos de todo el mundo como un inestimable tesoro. Todas sus riquezas hubiera dado gustoso para ser el único dueño de aquella mujer que llenaba con su presencia su pensamiento, sus noches y sus días. Pero comprendía que aquel era un sueño loco e imposible. Ella había nacido para el arte, y si en realidad lo amaba, debía contentarse con ocupar en su vida un lugar secundario.

Esta certeza era para Mackinlay la peor tortura. Sufría intensamente en su cariño y en su amor propio. El exclusivismo ancestral del hombre despertaba a veces en él, suscitando rebeldías y cóleras. Sólo el temor de perderla totalmente tenía el poder de calmar aquellos arrebatos; pero Diana Corvo, con su refinada sensibilidad, se percataba de ellos, y el sentirse rodeada por esa atmósfera de violencia mal contenida le producía una íntima e inconfesada voluptuosidad.

Probaba un placer morboso en desafiar aquel vibrante egoísmo masculino, esperando a cada rato ver amenazada su fragilidad femenina por un estallido terrible.

Mackinlay no se daba cuenta de aquel juego cruel, y sufría y amaba, siempre con mayor intensidad.

Por fin, en el recuadro iluminado de la puertita que daba acceso al escenario, se recortó la figura esbelta y ondulante de la artista. Bajo la luz de la lámpara su boca roja y sus dientes fulguraron por un instante en una carcajada. Detrás, muy cerca de ella, casi adheridos a su cuerpo, caminaban dos jóvenes elegantísimos; uno de ellos, inclinado sobre su hombro, le susurraba algo al oído, y ese algo era lo que hacía reír a la bailarina e iluminaba el rostro de sus acompañantes con una sonrisa ambigua.

Las manos de Mackinlay se crisparon sobre el volante; su rostro se tornó palidísimo. ¡Ah, poder abofetear aquel insolente, deshacerlo entre sus manos fuertes de atleta, trocar su sonrisa en mueca de dolor!, pensaba, mordiéndose furiosamente los labios.

Mientras tanto, Diana había divisado a Eduardo, y juzgando que la tortura por esa noche era suficiente, tendió a los dos jóvenes su mano enguantada, en ademán de despedida. El que le hablara poco antes, depositó sobre aquella mano un beso interminable que quería significar muchas cosas, haciendo así subir de diapasón la cólera del pobre enamorado.

Fué, por tanto, con un rostro borrascoso que Mackinlay bajó del auto para recibir a su amada y ayudarla a subir. Y durante un buen trecho de camino permaneció silencioso, como si toda su atención fuese solamente concentrada en la cinta blanca del camino que el auto devoraba a una velocidad fantástica.

Diana Corvo le miraba de soslayo, intuía su estado de alma, pero se sentía incapaz de decirle una palabra que pudiese serenarle, animada como estaba por una extraña agresividad. Por fin, como aquel silencio terminara por impacientarla, preguntó sarcástica:

—¿Es para llevarme a algún entierro que has venido a buscarme?

Eduardo se limitó a morderse los labios y a imprimir al coche mayor velocidad.

Ella entonces exclamó, irritada:

—¡Contesta! ¡He hablado contigo! ¿Qué tienes?

Esta vez él no pudo contenerse.

—¿Y todavía me lo preguntas? ¿Te parece que no tengo motivos suficientes para sentirme apenado y humillado? ¡Tú estás jugando cruelmente con mi cariño!... No sé si es maldad o coquetería inconsciente la tuya, pero la verdad es que aunque tus labios me hayan dicho que me amas, todos tus actos me demuestran lo contrario...

—¡Basta, basta! — le interrumpió ella, presa de uno de sus arrebatos de cólera. — Tú no tienes ningún derecho sobre mí para que te permitas fiscalizar y criticar mis actos.

El frenó de golpe, y volviéndose hacia ella, la tomó con violencia por las muñecas.

—¿Qué dices?... ¿Que yo no tengo ningún derecho sobre ti? ¿Es decir entonces que mi cariño y mi devoción no significan nada? ¿Es decir que has aceptado mi amor sólo para aumentar tu colección, sólo para jugar con un corazón que se había dedicado por entero a tu culto? ¡Debía haberlo imaginado!

—¿Qué cosa? ¿Qué cosa debías haber imaginado? — preguntó ella, desafiante. — Termina esa frase, di el insulto que te quema los labios...! ¡Dilo, vamos!

Mackinlay la miró con ojos en los que fulguraban odio y amor, pero ella sostuvo altanera esa mirada. Entonces él abrió las manos lentamente, dejándola libre. Diana observó un momentó las señales rojas que le dejaran en la carne los dedos de él, y dijo, impulsada por el deseo de herir y vengar así la afrenta recibida:

—Ya sólo la brutalidad te faltaba para imponerme tu amor. ¡Estúpido! ¡Has creído que te amaba! No has sido para mí sino uno de los tantos hombres ávidos de mi cuerpo e indiferentes a mi alma que he encontrado en mi camino. Y con sentimiento impuro te he castigado y te he hecho sufrir. ¿Lo comprendes ahora?

Y esperó, toda vibrante, la reacción lógica a sus palabras. Pero sólo un silencio grávido de estupor siguió a su última frase. El dolor y la sorpresa habían enmudecido al hombre, quitándole por un momento la facultad de pensar. Si ella hubiese podido verle la cara palidísima y contraída, se hubiese seguramente arrepentido de su crueldad; pero él, en un impulso de orgulloso pudor, había vuelto a tomar el volante y lanzaba el auto frenéticamente por el camino de regreso.

En un relámpago llegaron al hotel. De un salto él bajó a abrir la portezuela, invitándola con un gesto a bajar. Por un momento, Diana estuvo tentada de tenderle la mano y decirle una palabra buena, mas al verlo tan rígido y como ausente, tuvo un movimieno de despecho y entró en el hotel sin volver la cabeza.

Sólo al oír de nuevo el ruido del motor en marcha y del auto que se alejaba velozmente, tuvo la sensación penosa como de algo que se le hubiese desgarrado en el pecho, y el deseo loco de lanzarse en su persecución por la calle desierta para gritarle con toda su pasión largamente contenida:

—¡Perdóname, perdóname! ¡He sido pérfida, he mentido! ¡Pero te quiero con toda el alma!

Esa noche Diana no pudo dormir, agitada por mil sentimientos diversos. El amor luchaba fieramente contra el amor propio herido; mas, desdichadamente, cuando parecía que el primer sentimiento estuviese por vencer al segundo, éste se elevaba con más fuerza y anulaba por instantes aquella voz noble y generosa. El alba sorprendió a la artista buscando en vano un poco de descanso para su cuerpo y su espíritu fatigados; al fin, como el estar en la cama se le hubiese convertido en una tortura insoportable, se levantó.

Todo el día esperó algún mensaje de Eduardo o una visita suya; cien veces corrió al teléfono con intención de llamarlo, pero siempre el orgullo detenía su mano y la alejaba rebelde y torturada del aparato.

En el teatro ejecutó sus danzas automáticamente, con el espíritu ausente, y por primera vez en su vida el arte no supo ser más fuerte que toda pasión. Esa noche la puerta de su camarín permaneció cerrada para todos; sólo se hubiese abierto al sonido de una voz amada y familiar, pero esa voz no se hizo oír y Diana Corvo huyó del teatro, luchando contra el llanto que la ahogaba. Ya encerrada en su cuarto, abandonóse por entero a su desolación. ¿Por qué no la llamaba? ¿Por qué no había ido como siempre a esperarla? ¿Por qué ella misma no sabía vencer ese maldito orgullo e ir a implorar su perdón?

De un salto estuvo de pie, incapaz ya de contenerse; mas cuando su mano iba ya a apoyarse sobre el aparato telefónico, la campanilla de éste hizo resonar su voz estridente en el silencio de la hora. Ella quedó

(Continúa en la pág. 17)

Las peripecias de PANCHO y QUIQUE



—Tomá rico, haceme caso, con esto se pinta la ensalada...

LAS LLAVES DEL EXITO

APRENDA a saber SERVIR

TRABAJAR significa servir, llevar al cabo alguna tarea útil, contribuir con algún esfuerzo a hacer dar vueltas las ruedas del mundo.

Muchos individuos y empresas de gran habilidad y poder imaginaron que podían triunfar mejor no trabajando, en el sentido preciso de la palabra, sino haciendo trabajar a los demás... Los negocios, sobre todo los grandes negocios, degeneraron en un match de lucha libre. Cada uno trataba de voltear al otro. "Engaña tú antes que te engañen", llegó a ser una máxima. La competencia se convirtió en el dios del mundo de los negocios; un dios que justificaba toda forma de crueldad comercial, un dios que sancionaba cualquier práctica dudosa, siempre que hundiese a otro. Los derechos del público eran hollados sin escrúpulos. Pero había y hay leyes eternas que ningún rey, ni ningún trust, no importa cuán poderoso sea, pueden pasar por alto siempre. Los molinos de los dioses a menudo muelen despaciosamente, pero nunca cesan de moler.

La comprensión comenzó a aclarar de que este nuevo orden, este nuevo sistema basado en el poder y no en el derecho, no corría como sobre rieles, sino que había alguna falla fatal en él y amenazaba quebrantarse, a no ser que se aplicara un remedio.

Cabezas más sabias comprendieron que debía hacerse un retorno a los principios justos, que el canon del derecho debía suplantar al del poder, y que debía parcticarse la justicia y no la injusticia. Gradualmente nació, como de las nubes, un claro rayo de verdad resplandeciente: para sobrevivir, los hombres, los negocios y las compañías debían servir.

En los últimos años las compañías y las firmas comerciales han tomado como norma proclamar que su lema es: "Servir". Todo negocio o trabajo no es más que servicio. Significan, simplemente, la ejecución de algún servicio que merece una recompensa. Aún no hemos alcanzado esa etapa en que los hombres o las compañías que sirven más son los más recompensados, pero estamos rápidamente progresando hacia la meta ideal.

El joven que comienza su carrera y que está ansioso por triunfar, debe reconocer que su éxito estará en proporción al valor del servicio que rinde. El servicio indiferente trae asimismo recompensa indiferente.

El gran servicio, hablando generalmente, trae también gran recompensa. Aquel que tiene ambición de triunfar, debe aprender cómo mejor puede servir, cómo puede ajustarse para obtener altas recompensas, cómo, en pocas palabras, puede hacerse más útil.

Se sabe que los hombres más ricos no son en todos los casos aquellos que han rendido a la gente el servicio más valioso; sin embargo, es verdad que quienes han ganado enormes fortunas han ejercitado mayor pericia, estudiado más profundamente, trabajado más y hecho planes con más asiduidad, y han tenido más perspicacia que el resto de los hombres.

En el futuro, las recompensas estarán más a menudo de acuerdo con el mérito. Las preguntas, entonces, que cada mujer u hombre deben hacerse son: "¿Cómo puedo hacer más por el mundo? ¿Cuál es el servicio más valioso que puedo ejecutar? ¿Cómo puedo llegar a ser de más utilidad?"

"El dinero — dice John Hammond — es una cosa buena de poseer si se consigue en forma debida; pero el verdadero éxito existe solamente donde hay servicio llevado a cabo en beneficio de la comunidad. No hay otro éxito que no sea éste. La estimación merecida de sus conciudadanos constituye el éxito más grande que puede obtener cualquier hombre."

Un hombre de gran éxito en los negocios declaró: "Si usted va a manejar hombres — y para triunfar debe manejarlos bien, — debe servirlos. Para servirlos debe comprenderlos. El estudio de los hombres, incluyéndose a usted mismo, lo ayuda a ver el modo por el cual su servicio puede ser hecho con más eficacia. Tome usted el arte de vender, por ejemplo. Al vender, no necesita usted poner gran energía en explayarse en la perfección mecánica o física de su producto; es más importante demostras qué SERVICIO le hará al comprador."

Siempre debe darse el valor de lo que se recibe. En otras palabras, debe rendirse un servicio legítimo, completo. Hay difícilmente una puerta que lleve al éxito que no pueda ser abierta con la llave del servicio. Un lema demasiado corriente en los negocios era: "Sáqueles el juego." La versión moderna, y mucho más digna, es: "¡Sírvalos!"

Tiene usted que dar antes que recibir. Hay siembra antes de haber cosecha. Lo que quiere decir que usted debe servir antes de obtener una recompensa. En resumen, para triunfar, ¡SIRVA!

COMO PUEDE DESARROLLARSE LA CUALIDAD DE SERVIR

El primer principio de la psicología práctica es que la acción mental y la reacción son iguales. Fije la atención en una idea, y la acción vendrá como resultado natural, a no ser que sea impedida por la fuerza de ideas contrarias. Eso es aplicado a la mente de uno: fije la atención en la idea, piense en ella, y sentirá la tendencia de llevarla a cabo. También se aplica para influenciar a otros: hágalos fijar la atención en su servicio generoso, y ellos tratarán de servirle a usted.

En un país autocrático la gente hace cosas porque tienen que hacerlas, porque la fuerza física la obliga a ello. Esa era la idea heredada en muchos países sobre los negocios, aunque fuesen libres políticamente. En los negocios el sistema que prevalecía era conseguir un monopolio y poner al público en un aprieto. Lo malo de este plan es que cuando se obliga a la gente a comprar, compra únicamente aquello imprescindible; pero desde el momento que halla un modo de arreglárselas sin esas compras, así lo hace, porque la gente tiene una tendencia natural a huir de los "exprimidores humanos".

El mundo moderno de los negocios ha descubierto que la mente trabaja con precisión casi matemática; por tanto, el servicio generoso obliga a comprar como lo hicieron los monopolios, y la gente siente que no obra bajo compulsión, sino completamente a voluntad.

Ahora examine su propio caso honestamente: ¿está o no está usted ope-

(Continúa en la pág. 15)



Si los poros son muy grandes, es necesario aplicar previamente el procedimiento de absorción por medio del vacío.

UNA CLASE DE BELLEZA POR SEMANA

Por JOSEFINA HUDLESTON

UNA NUEVA MASCARA EMBELLECEDORA

Esta semana presento a mis lectoras una nueva máscara embellecedora, notable por su flexibilidad, condición ésta que constituye, fuera de toda duda, su principal característica.

Muchas de las que hemos usado máscaras compuestas de arcilla, leche, clara de huevo o estos dos últimos elementos unidos, sabemos que al secarse forman una capa dura sobre la piel, inflexibilidad ésta que constituye un impedimento para la bondad del cutis, cuyos tejidos se resienten. No quiero con esto desmerecer en lo más mínimo la eficacia de tales capas, sino que deseo simplemente hacer resaltar la bondad de la que me ocupa.

Su flexibilidad es debida a los elementos que entran en su composición, y, aunque su fórmula permanece en el secreto, puedo asegurar que está compuesta totalmente de ingredientes de los que comúnmente se utilizan en las cremas y pastas de tocador. Tanto las espinillas como los poros agrandados, que están llenos de impurezas, son tratados de una manera satisfactoria. Sin embargo, en ambos casos la piel recibe aplicaciones preliminares tendientes a dejarla en la forma mejor posible para la aplicación de la máscara.

Este primer tratamiento consiste en aplicaciones de aceite, además de utilizar el procedimiento de la absorción por medio del vacío. En los institutos de belleza este aparato consiste de un recipiente de vidrio añadido a un tubo de goma, que a su vez es conectado con un grifo. Cuando el agua aparece hace funcionar el aparato bajo el mismo principio por el que la llave de la luz eléctrica pone en movimiento un limpiapisos. Este recipiente es aplicado a la cara, haciendo activar la circulación de la sangre y también absorbiendo todas las impurezas de los poros. La presión ejercida por el agua es naturalmente disminuída a medida que se llega al área que circunda los ojos debido a su delicadeza. Son suficientes diez minutos de este tratamiento. En cambio, para el tratamiento de manchas de menor importancia, la aplicación de este aparato es innecesaria. Es posible, sin embargo, que a esta altura del artículo la lectora se estará preguntando por qué, siendo la máscara la encargada de purificar la piel, se emplea un tratamiento preliminar tan prolongado. Y paso a contestar esa supuesta pregunta: porque este tratamiento acelera el proceso purificador. Debido al gran porcentaje de cremas nutritivas (para la piel, se entiende) contenidas en la preparación, ésta es usada para tonificarla, para suavizarla y para desterrar su sequedad. Supongamos, por ejemplo, que los poros son bastante grandes. Inmediatamente después de haber usado el parato ya descripto debe distribuirse por sobre el cutis una espesa capa de espuma de jabón con la que luego serán aplicados ligeros masajes destinados a hacer desaparecer el menor rastro de aceitosidad. Y veamos a continuación la pasta que emplea para formar la máscara embellecedora que nos ocupa. Viene en forma de panecillo y con la ayuda del fuego debe ser derretida hasta formar



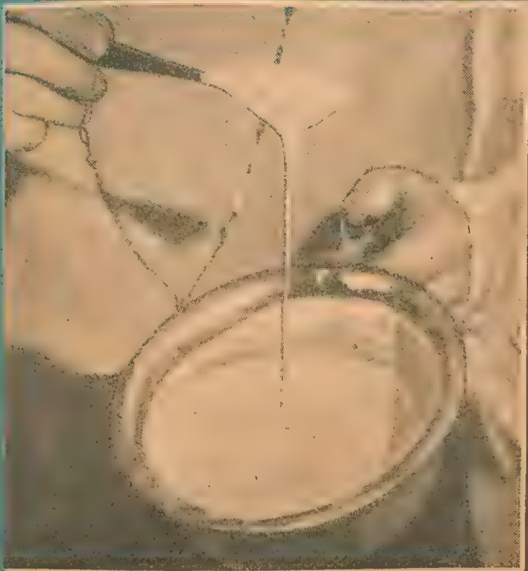
Todo rastro de aceitosidad será quitado con la ayuda de una capa de espuma.



Al enfriarse, la capa debe ser suavemente quitada para evitar que se rompa.



La pasta es distribuída por la piel utilizando un cepillo de pelo de camello.



El líquido que formará la máscara embellecedora es espeso y blanco.

una especie de crema bastante espesa. Luego de haber protegido el cabello con bandas ajustadas de género, el líquido en cuestión es diseminado sobre la piel del rostro con un cepillo de pelo de camello. La distribución será abundante, pues es necesario obtener una capa de más de medio centímetro de espesor. A pesar de que nuestras ilustraciones no nos muestran la pasta colocada en los hombros o en la parte inferior de la barbilla, puede ser también utilizada para embellecer esas partes. Cuando la máscara es aplicada en estado caliente (a una temperatura que el rostro pueda soportar sin resultar dañado), la preparación penetra en los poros. Luego, a medida que se enfría, también se contrae saliendo de los poros y arrastrando gran cantidad de impurezas. Además, los diversos ingredientes de que está formada la preparación actúan beneficiosamente sobre la superficie. La definida contracción de la máscara, a medida que se enfría y perfecciona los poros, provoca un efecto astringente sobre la piel. A los veinte minutos de haber permanecido sobre la piel tal capa, es arrancada, haciéndolo con mucho cuidado para que no se rompa, y poder apreciar así en ella las pequeñas marcas dejadas por los poros y las arrugas. Una de las sensaciones más deliciosas que se experimentan después que la máscara ha sido quitada, es la presencia de un ligero tinte rosado que nos indica que la circulación de la sangre ha sido, en efecto, estimulada. Una inspección más minuciosa nos revelará los poros cerrados, la piel más clara y la presencia de cierta tonalidad brillosa delatora de la existencia de aceite.

Por las diversas fotos con que ilustro la clase de belleza de esta semana, podrá la lectora darse cuenta del proceso seguido desde la absorción por medio del vacío hasta la aplicación de la máscara embellecedora, última novedad en cuanto a purificación de la piel se refiere.

Ya sabemos que la piel delicada, sin exceso de grasitud ni de aceitosidad, constituye uno de los principales atractivos femeninos. Esto lo comprenden todas las mujeres, y muy especialmente aquellas que, como la gran mayoría de mis lectoras, hace del cuidado de su rostro un verdadero culto.

FIN

LOS PADRES DEBEN PONERSE EN...

(Continuación de la pág. 7)

han devuelto todavía el niño, a pesar de haber recibido el rescate, porque la policía ha hecho una aparatosa vigilancia.

ES PRECISO PREVENIRSE CONTRA LA POSIBLE REPERCUSION DE LOS RAPTOS DE NIÑOS

Ante el inaudito espectáculo que está ofreciendo Estados Unidos a los ojos del mundo, con su policía y sus autoridades puestas en jaque por los delincuentes, es conveniente dar la voz de alarma a fin de que en nuestro propio país la policía adopte las previsiones necesarias para evitar la posible repercusión que en nuestro ambiente pudiera tener aquel pernicioso ejemplo. Pues ya sabemos bien por la triste experiencia de los asaltos y de otros delitos similares, la facilidad con que aquí suelen reproducirse y adaptarse ciertas modalidades de la criminalidad extranjera.

Y no está de más, tampoco, extender este llamado de previsión a los propios hogares, que es donde mejor pueden aplicarse las medidas que aseguren el cuidado de los niños, que son siempre el tesoro más sagrado en que se encierra la ternura y el cariño de la familia.

FIN

APRENDA A SABER...

(Continuación de la pág. 13)

rando entera o parcialmente en el principio de "servicio"? ¿Cree verdadera y honestamente que es más fácil hacer realizar a la gente lo que usted desea, haciendo primeramente lo que les agradará a ellos, que tratando de obligarlos de alguna manera?

Examine las prácticas de su negocio en detalle. Escriba los "servicios" diferente que usted lleva a cabo y que debieran hacer que las gentes deseen ser clientes suyos. Escriba luego todas las pequeñas prácticas que son más o menos de una naturaleza de compulsión, cosas que a la gente no le agradan, pero a las cuales se someten por razones de compensación.

Probablemente usted cree que no puede evitar esas pequeñas prácticas; pero considérelas una por una y vea si no puede hacer un arreglo con el cual consiga acción libre y voluntaria en vez de acción bajo obligación. La importancia de los detalles no hace ninguna diferencia. Las cosas más pequeñas e insignificantes a menudo influyen sobre los sentimientos y la actitud del cliente aun más que factores de importancia. La filosofía moderna de servicio requiere cooperación libre y útil en cada pequeño punto, sin tomar en cuenta si paga o no; y tarde o temprano el cliente pagará en grado sumo por otros servicios y estará contento de hacerlo, en compensación de todas esas otras pequeñas cosas que usted ha hecho en su servicio.

FIN

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDOS

Geografía de la Nación Argentina, por el profesor doctor Jorge A. Boero. Acaba de aparecer la undécima edición de este libro de gran interés educacional por su contenido. En esta nueva edición, totalmente actualizada, se describe ampliamente el desarrollo financiero, económico y social administrativo y cultural de nuestro país. Trátase de un tomo de 480 páginas, encuadernado y profusamente ilustrado con mapas, fotografías y cuadros estadísticos. Angel Estrada y Compañía, editores. Buenos Aires, 1932.

Fontuna de Amor, poemas por Manuel J. de Visconti. Este volumen de poemas se divide en dos partes: la primera, titulada "Del dolor de vivir", y la segunda, "Gajos de laurel y cantos de gesta". Algunos de los poemas que constituyen este tomo han sido premiadas en diversos certámenes literarios, como ser los titulados "Pandemoniun", "Canto al arte", "Por la patria, la fe y el amor", etc. Un tomo de 150 páginas; Buenos Aires, 1932.

"A. U. C. A.", poesías por Esteban Coria Melo; un tomo de 136 páginas. Talleres Gráficos L. J. Rosso; Buenos Aires, 1932.

En un mundo cambiante. En un mundo sin plan. Enanos y gigantes. El paro forzoso. Un folleto de 76 páginas conteniendo estos cuatro discursos de Nichols Murray Butler, presidente de la Universidad de Columbia. Traducción de Jorge Roa. La Habana (Cuba); 1932.

EL CONSEJERO DE LOS NOVIOS

Por NENUFAR

1º **EN UN CASAMIENTO** íntimo y sencillo el novio puede vestir traje de saco.

2º La novia llevará zapatos de satín blanco o de lamé plateados, y acompañarán medias de color beige.

Cdo. a "Marisala", de Río Cuarto.

●●

NO TITUBEE MAS. Cualquier momento en que esté reunido con sus padres, es bueno para comunicarles la noticia. Si la chica de sus sueños reúne tan bellas condiciones, ellos se alegrarán al conocer la buena nueva de la formalización de sus relaciones amorosas. Demorar más tiempo dicha confidencia, podría ofenderlos, pues sería demostrarles muy poca confianza.

Cdo. a "Militar", de Flores.

●●

Por ser muy extensas no se publicarán las poesías que remiten:

"M. O.", de Rosario.
"A. S. G.", de Paraná.
"G. O. S. G.", de Mendoza.
"J. G.", de Capital.
"Espartaco", de Córdoba.
"Golondrina", de Rosario.
"Rubí", de Rosario.
"R. C.", de Capital.
"M. D. G. T.", de Santa Fe.
"El nirvana", de Córdoba.
"Sleepy blue", de Capital.
"A. A.", de Río Cuarto.
"A. B. O.", de Córdoba.

Por el amor se viene y hacia el amor se va, y el dolor no es más que el puente tendido entre los dos amores: amor de humanidad que conduce al sufrimiento; sufrimiento que nos sublima y nos lleva hacia el divino amor de todos los amores.

NO SE AFLIJA TANTO, "que no hay mal que dure cien años". Escríbale a la morochita de sus ensueños y así le será más llevadera esta separación.

Cdo. a "Un nuevo cordobés por obligación", de San Francisco.

●●

ESPERE REGULARIZAR SU SITUACION, y entonces podrá sin temor hablar a los padres de la chica de sus sueños, y no habiendo causas fundadas no podrán oponerse a los deseos de ambos.

Cdo. a "Coco y E.", de San Juan.

●●

1º — **ESPERELO.** Si él la quiere tanto como me dice, esta ausencia servirá para poner a prueba ese cariño y convencerla de la sinceridad de ese amor.

2º — Si le parece que las ideas de su novio pueden ser un obstáculo a su felicidad futura, convendría que lo tratase algo más, y si no congenian, es mejor no seguir adelante con esas relaciones.

Cdo. a "Hermanas chivilcoyanas", de Chivilcoy.

Versos azules

Cuadro futuro



Por CARLOS F. MARQUEZ VALLADARES

Noche fría y lluviosa...
Un viento helado corre por las calles...
(Por las calles bruñidas por el agua
parece que la Muerte se pasease...)

Aquí adentro no hay frío... Tibio, dulce,
nuestro nido de amor invita a amarse.
Amortiguan alfombras nuestros pasos,
y una lámpara lila se complace
en brindarnos penumbra para nuestros
puros besos amantes...

Una radio nos pesca de Beethoven
su alma mágica, y del aire
trae a nuestro nidito
la bendición del Arte.

Charlamos, sin hablar, con las pupilas...
¡Oh, el de los ojos, mágico lenguaje!...
Las horas vuelan, vuelan... y son cortas
para besarte...

Noche fría y lluviosa...
Inclemencia en las calles...
Noche fría y lluviosa...
¡En nuestro dulce nido, amor y arte!...

ESTAN BIEN todas las dedicatorias; póngale la primera, es muy expresiva.

Cdo. a "Cordobés", de Córdoba.

SI TIENE FE EN EL, DEBE CREERLE y seguir los dictados de su corazón.

Cdo. a "Pipa-Boul. Santa Fe", de Rafaela.



Enlace de la señorita Argelia Morales Guevara con el ingeniero civil señor Alberto A. Barvié Lezica. Los novios, momentos después de realizada la ceremonia religiosa. Foto Pérez.

1º. — **LAS CONSULTAS DEBEN HACERSE BREVEMENTE.** No es posible que me enteren con todo detalle de la historia de sus amores, y menos escribiendo con letra microscópica como lo hace usted. Debe comprender que numerosos lectores esperan mi respuesta.

2º. — No apruebo su estratagema. Si él la ama volverá a usted sin que tenga necesidad de valerse de esos medios que sólo sus pocos años justifican. Espere tranquila y si no... acepte el pretendiente que más le agrade.

Cdo. a "Quiero que vuelvas", de Corrientes.

●●

DEBE ESPERAR. Si ese joven realmente gusta de usted, no tardará en hablarla. Siga alentándolo con sus miradas, ya que es tanta la simpatía que por él siente; pero tenga paciencia, que un cambio de conducta de su parte puede desilusionarlo y echar por tierra el castillo de sus ilusiones.

Cdo. a "Enamorada", de capital.

●●

SI SON FUNDADOS LOS MOTIVOS que tienen sus padres para oponerse a ese noviazgo, debe usted prestar oídos a lo que ellos le dicen. No se deje llevar por un entusiasmo que puede conducirla después al arrepentimiento.

Cdo. a "Morocha afligida", de Trili.

¡Oh, ausencia! ¡Oh, tormento! ¡Oh, estado extraño y funesto, en que nos es dado gozar más que del momento pasado, y en que el presente no existe!

Rousseau.

LOS TRES TIENEN RAZON. Puede darse a esa palabra distintas acepciones, pero generalmente se considera "novio" cuando ya ha hablado con los padres de la joven y visita la casa, aunque no estén comprometidos.

Cdo. a "Tres amigos", de San Justo.

●●

SI ESE JOVEN GUARDA SECRETO con respecto a esas sospechosas llamadas telefónicas, convendría que se cerciorarse si tiene novia; porque como me dice, pudiera muy bien ser la oportunidad de estar todo el día juntos, lo que hace que flirtee con usted. Ahora, si le parece que la reserva de él se debe a lo poco comunicativa que es usted, sea algo más expansiva; a todos les gusta recibir demostraciones de cariño de la persona amada, y en esa forma sabrá a qué atenerse con respecto a ese caballero. Sin embargo, vuelvo a recomendarle: "cuidado".

Cdo. a "Clavel de Flores", de capital.

●●

SI SE CONSIDERA OFENDIDA por el proceder de ese joven, en el futuro haga de cuenta que no lo conoce.

Cdo. a "Una desilusionada", de Las Varillas.

UN AMOR SIN PELIGRO ES INSIPIDO

La PASION de DIANA CORVO (Continuación de la pág. 11)

un instante trémula de emoción, incapaz de un gesto, con el corazón que le latía violentamente. Por fin, cuando pudo descolgar el auricular y preguntar con un esfuerzo:

—¿Quién habla? — el sonido de una voz desconocida y angustiada la hizo palidecer.

— ¡Hola, hola! — preguntaba ansiosamente alguien al otro extremo del hilo. — ¿Hablo con la señorita Diana Corvo? — Y como ella no contestara, vencida por una extraña emoción, suplicó: — ¡Por favor, conteste! ¿Es usted la señorita Diana Corvo? ¿Sí? ¡Pronto, señorita, venga! ¡El señor se ha pegado un tiro!

— Pero ¿quién? ¿Qué señor? — interrogó ella febrilmente, enloquecida por una duda terrible.

— ¡El señor Mackinlay! ¡Venga pronto, señorita!

— Pero ¿cómo? ¿Cuándo? ¿Quién es usted?

El golpe seco de la comunicación interrumpida contestó sólo a su grito de angustia. Como en un sueño vistióse y encontróse más tarde llamando desesperadamente a la puerta de Mackinlay. El viejo sirviente, que lo había acompañado en todas las andanzas de la vida con rara fidelidad, acudió a abrirle, y en sus ojos llenos de espanto ella creyó leer un mudo reproche.

Frente a la puerta del dormitorio paróse un momento para vencer la emoción violenta que nublaba sus ojos y hacíale temblar las piernas. Luego, cuando hubo traspasado el umbral, un grito de dolor se escapó de sus labios al ver el rostro de Eduardo resaltar mortalmente pálido entre las vendas que lo rodeaban. El médico la retuvo con un gesto imperioso a los pies de la cama.

— ¡Déjelo, señora! Está descansando.

— Doctor, dígame algo para quitarme esta angustia, se lo suplico. ¿Está en peligro de muerte? ¿Cree usted poderlo salvar?

— Todavía no está fuera de peligro, pero yo espero salvarlo... Por suerte, la mano debe haberle temblado levemente, ¡oh, muy levemente!, al disparar, y la bala siguió una trayectoria que posiblemente no sea mortal... Sin embargo... — Y aquí su voz se puso grave y la sonrisa se apagó en sus labios, — me temó que aunque logremos salvarle, quedará...

Un gemido del herido interrumpió la frase del doctor, y en seguida un nombre apenas murmurado resonó en la estancia silenciosa.

— ¡Diana!... ¡Diana!...

Ella precipitóse, y arrodillándose a su lado, le tomó una mano, que cubrió de besos y de lágrimas.

— ¡Querido! ¡Amor mío! ¡Estoy aquí, a tu lado! ¡Perdóname, perdóname! — sollozó desesperadamente, espiando el rostro pálido e inmóvil.

El sonido de aquella voz lo arrancó de su sopor. Se agitó en la cama gimiendo:

—¿Aguien ha hablado? ¿Quién ha sido? Diana, ¿eres tú?

— Sí, soy yo... ¡Estoy a tu lado, Eduardo! ¡Mírame! — exclamó ella apasionadamente.

Con un esfuerzo sobrehumano Mackinlay logró volver su pobre cabeza dolorida hacia ella, mas sus ojos azules buscaron en vano la visión de la mujer amada.

— ¡Diana, Diana! ¿Dónde estás? — gritó con angustia. — ¡No te veo! ¡Dios mío! qué tengo en los ojos!...— Y tendía sus manos temblorosas en busca de la luz, animado por la loca esperanza de que esa obscuridad cesaría apenas hubiese podido encender la lámpara.

Aquel grito y aquel gesto habían terminado para Diana la frase inconclusa del doctor con una elocuencia terrible. ¡Eduardo había quedado ciego!

Y mientras él seguía buscando con terror creciente la pequeña lámpara, la amiga fiel de sus noches insomnes, la cabeza de Diana se abatía sobre la cama, doblada por el peso de un tremendo remordimiento.

Ha pasado un mes desde la noche trágica en que Diana Corvo temió perder para siempre al único amor de su vida. Y desde aquella noche ella no se ha separado un instante de su cama, luchando contra el abatimiento que lo ha invadido al darse cuenta de que no podrá ya ver a la mujer amada ni todas las cosas bellas que hacen amable la vida.

Para estar a su lado constantemente, Diana ha rescindido los contratos con el Colón y los teatros extranjeros. De nada han valido súplicas y amenazas por parte de los empresarios desesperados. Ella ha pagado sin pestañear las multas exorbitantes que le han sido impuestas, pero se ha negado terminantemente a comparecer una sola vez más en el escenario.

A uno de ellos, que le aseguraba que arruinaría su carrera para siempre si se obstinaba en su negativa, Diana le ha contestado:

— ¡No importa! ¡No volveré ya nunca al teatro! — Y ha huído para ocultar las lágrimas.

Pero al entrar más tarde en el cuarto donde el amado la espera con ansiedad casi infantil (ella es ahora su luz, su vida y su razón de vivir), y al contemplar la sonrisa de felicidad que ilumina su rostro, su pena se disipa.

— ¡Diana querida! — exclama, llamándola a su lado con un gesto. — ¿Es cierto lo que me han dicho? ¿Es posible que tú hagas por mí ese gran sacrificio? — Pero en seguida murmura, bajando la cabeza tristemente: — Pero yo no lo merezco... No puedo aceptar que tú renuncies a tu arte y a tu gloria por mí, que estoy convertido en un ser inútil...

Pero Diana no le ha dejado terminar. Con dulce violencia, apoyando la mano suave sobre su boca, le obliga a callar. Y mientras rodea con el otro brazo su cabeza, le dice, meciéndole dulcemente:

— ¡Amor no digas eso! No es un sacrificio lo que hago, porque ha sido inspirado por el egoísmo. No podría ya separarme de ti... ¡Te quiero demasiado! Y además, debo darte una noticia que te hará feliz y que ya me ha hecho llorar de alegría. ¿Sabes lo que ha dicho el oculista que estuvo a verte esta mañana? — Y Diana hace una pausa para contemplar mejor el rostro de Eduardo, transfigurado por la esperanza. — ¡Que tus ojos no están perdidos! El nervio óptico ha sufrido apenas una parálisis momentánea. Una cura larga, tal vez un poco dolorosa, volverá a darte la vista. ¿Has oído, amor?

Y mientras él, mudo de emoción, la atrae hacia sí, Diana estrecha entre sus manos la cabeza querida y hunde sus pupilas sombrías en aquellas pupilas muertas, como queriendo darles un poco del brillo y de la vida que arden en las suyas, empañadas ahora por un llanto dulcísimo.

El amor y el sufrimiento han purificado su alma, despertando en ella los sentimientos más puros y nobles.

FIN

¡ESPÍAS!...

Por EDWIN T. WOODHALL

¡Espía!... Palabra infamante que sugiere algo muy bajo y ruin; sinónimo de traidor. Así lo cree la generalidad del público, pero en la realidad los espías no son traidores, sino individuos que eligen el más peligroso de los oficios por razones altamente patrióticas. Saben que si son capturados en el desempeño de sus funciones su suerte está sellada: ¡cuatro balas en el pecho! El servicio de espionaje en tiempo de guerra requiere gran valor y condiciones de serenidad nada comunes. Edwin T. Woodhall, uno de los ases del espionaje británico en los años que precedieron a la gran guerra y durante la misma, nos relata extraordinarias aventuras propias y ajenas de la organización del cuerpo especial de detectives y espías que actuó en Francia desde 1914 a 1918. Son páginas de obscuro heroísmo y abnegación, por las cuales desfilan desde lord Kitchener, el gran soldado, hasta la piadosa nurse Cavell, que se agrandó en el sacrificio hasta empequeñecer a los funcionarios que cometieron el error de condenarla.

El gran detective EDWIN T. WOODHALL

El audaz espía americano, llamado el Coronel, después de ganarse la confianza de los cinco grandes jefes del servicio de contraespionaje alemán, y ser enviado a París con la misión de rescatar al prisionero, conocido por Muller, y condenado a muerte, no volvía en sí de su asombro al enterarse de que aquel individuo era, según se había podido comprobar, el príncipe Joaquín, hijo predilecto del kaiser.

Por servir la causa aliada, era necesario, a todo trance, libertar a Muller. Así lo sostenía el servicio secreto norteamericano.

Se resolvió que todos los componentes del grupo de espías yanquis se trasladaran a las inmediaciones de la cárcel en que se hallaba preso Muller.

El Coronel, siempre disfrazado de español, fué detenido por sus colegas e internado en el presidio. No demoró en ponerse en contacto con Muller y en proponerle un plan de evasión, diciéndole:

— Yo saldré en cuanto se aclare mi situación. El embajador español me hará poner en libertad, pero soy un agente secreto alemán. He venido para ayudarle a escapar. He aquí lo que hay qué hacer: cuando se le saque, después de mi partida, a recreo en el parque, como se hace todos los días, fíjese y verá un auto detenido en la carretera, pero con el motor en marcha. Una persona, un visitante, le hará una seña, y usted correrá al auto. Yo estaré en él y mi vida garantiza la suya y su libertad.

Muller se sintió encantado. Prometió seguir todas las instrucciones.

A la mañana siguiente, el jefe del servicio secreto norteamericano, llamó a su colega francés y le pidió que libertara al "español", pues ya todo estaba listo.

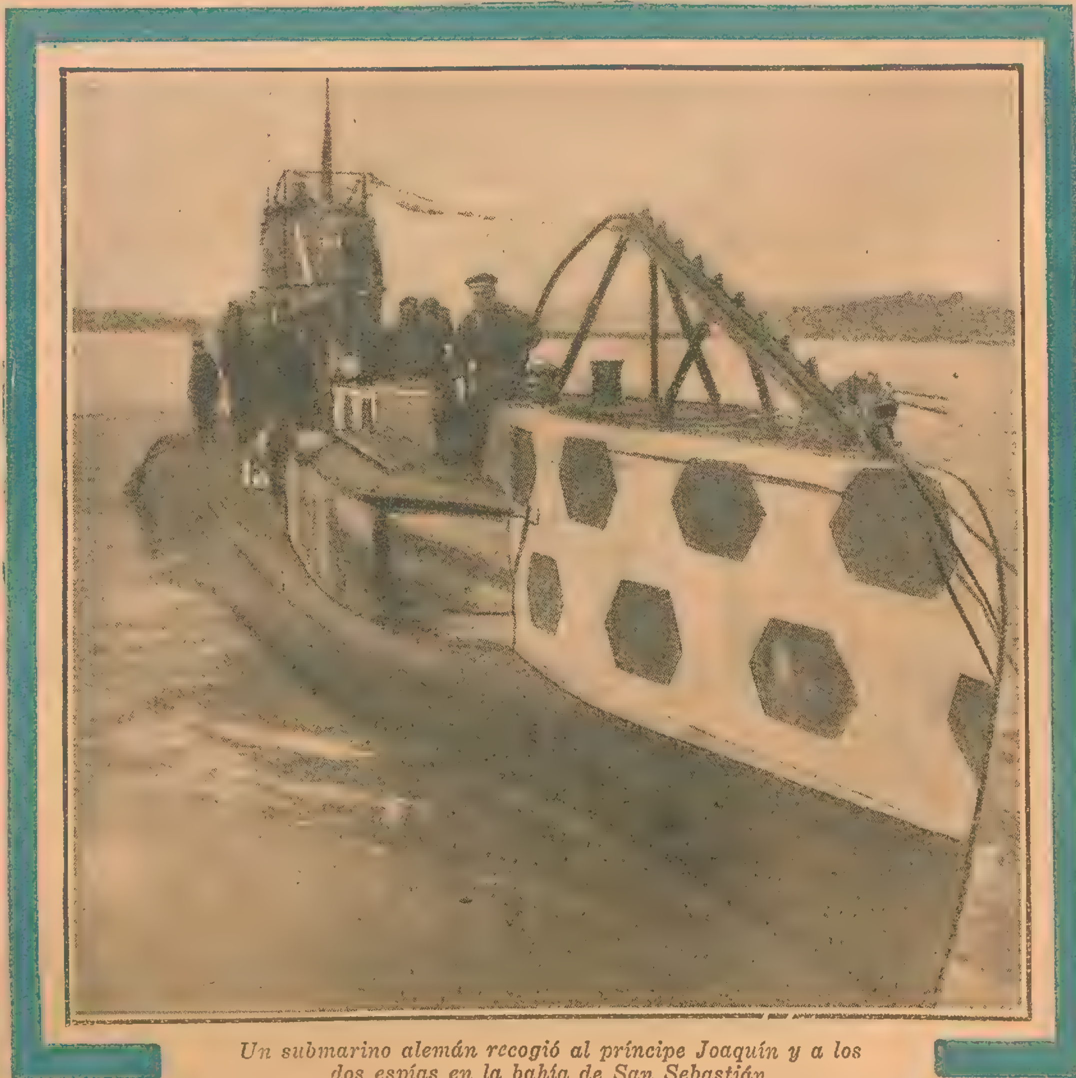
El gobernador de la prisión fué avisado y el "español" puesto en libertad inmediatamente. Antes de retirarse se ingenió para dar un último aviso a Muller:

— ¡Esta tarde! — le previno.

En el preciso momento en que el preso salía al recreo de la tarde, el Mayor se presentó a las puertas del presidio vistiendo el uniforme de teniente coronel del ejército yanqui. La guardia lo acogió con el mayor respeto.

El coche del Mayor esperaba afuera, grande, poderoso, con un motor de ocho válvulas, capaz de acelerar a la máxima velocidad en unos diez segundos y había quedado en marcha.

Mientras el Mayor penetraba al interior, el Coronel se sentó al volante. El Mayor distrajo al centinela. Muller se había acercado al portón y aprovechando un descuido de la guardia, obediente a la señal dada por el visitante, abrió el portón y corrió hacia el auto. El centinela lo persiguió, seguido por el Mayor, que resbaló habilidosamente y, cayendo de espaldas, derribó a su compañero de persecución; pero se incorporó instantáneamente, llegó hasta la carretera y vació su pistola automática, disparándola sobre el auto en retirada, que no tardó en perderse de vista.



Un submarino alemán recogió al príncipe Joaquín y a los dos espías en la bahía de San Sebastián.

El Coronel y Muller llegaron a España sin peligro, cruzando la frontera por una ruta conocida y planeada de antemano por el servicio secreto.

Al llegar a San Sebastián el príncipe fué jubilosamente aclamado por los patrones alemanes de el Coronel, que se había granjeado la cálida admiración del real aventurero, y, sobre todo, la completa confianza del servicio secreto alemán.

Su fidelidad a la causa alemana quedaba probada.

Poco después el Coronel, se dirigió otra vez a Francia, para procurar, para Alemania, los planos del último invento mortífero alemán.

—Conozco un hombre, en París, — dijo


Por entre la nieve que cubría los valles, avanzaban penosamente junto con otros contrabandistas.

el Coronel a los jefes alemanes —que si se le paga bien nos pondrá en posesión de todos los datos que se desean.

El príncipe no quería que el Coronel volviera a Francia.

—Es un hombre demasiado valiente — dijo. — Va a una muerte segura. Además, tengo con él una deuda que jamás podré saldar: le debo la vida.

Después de una larga discusión el Coronel se salió con la

La EXTRAORDINARIA AUDACIA *de dos* ESPIAS YANQUIS

suya. Esta vez entró á Francia por otra ruta, y en condiciones completamente diferentes. Un guía español, elegido, y conocedor insuperable de la montaña, debía acompañarlo hasta Francia. Salieron para intentar el paso una medianoche de furiosa tormenta. Subieron por una estrecha senda, camino de contrabandistas. Empapados, chorreando agua, coronaron los Pirineos y emprendieron el descenso. Al rayar el alba estaban a la vista de la tierra francesa.

Asegurándose de que no hubiera algún centinela o guardia civil a la vista, penetraron a una pequeña aldea y la atravesaron hasta salir a una carretera de la montaña. Poco más allá estaba la frontera. Después de transponerla, el Coronel se despidió de su amigo el contrabandista. Escondiéndose de día y marchando de noche, evitaba cuidadosamente las aldeas: carecía de documentación. La suerte, empero, lo favoreció, un camión norteamericano lo recogió. Explicó que se domiciliaba en Francia, pero que se encaminaba a París para ingresar al ejército yanqui. Llegado a su modesto hotel de la capital francesa, no tardaron en reunírsele el Jefe y sus colegas. Todos estaban encantados de verlo, pues carecían por completo de noticias de él. Entre todos tuvieron una conferencia sobre la forma y los medios de obtener los planos que deseaban los alemanes.


Un viejo contrabandista vasco acompañó al coronel.

A fin de lograr el objetivo deseado se obtuvo el concurso de un ingeniero militar. Se le explicó la índole peligrosa del asunto, que probablemente tendría, por única recompensa, algún amanecer, una pared y un pelotón de tiradores...

El ingeniero era hombre bravo.

—Estoy dispuesto a correr el riesgo — dijo. — Dispuesto a ayudar y dispuesto a morir por los aliados.

Se puso en campaña para conseguir los planos, así como también los de algún motor y piezas mecánicas que engañaran a los alemanes.

El Ingeniero debía acompañar al Coronel y expresarse en términos tan técnicos, que los jefes del espionaje alemán de San Sebastián se sintieran confundidos e incapaces de comprender sus explicaciones.

Con el cuento de que buscaban desertores norteamericanos llegaron desde Pau hasta la frontera española, se internaron en las montañas y alcanzaron la capital donostiarra, presentándose al "Grupo de los cinco".

El Ingeniero intentó explicar a los espías alemanes el funcionamiento técnico del motor, pero, como se suponía, los detalles les resultaron demasiado complicados. El Ingeniero los había hecho intencionalmente confusos. Resolvieron, en vista de la dificultad apuntada, que la única forma de que el alto comando alemán comprendiera el asunto era la de enviar el Ingeniero a Alemania, pero cuando el Coronel se lo propuso al interesado, éste se negó a aceptar si no lo acompañaba su compatriota.

A esta altura, el príncipe Joaquín intervino en las negociaciones. Estaba profundamente interesado en las actividades del Coronel y zanjó la dificultad resolviendo que ambos hombres fueran con él a Alemania.

—Pero ¿cómo? — preguntó el Coronel. — Por el lado de Francia es imposible hacerlo. Lo mismo ocurre en todos los países neutrales. A estas horas todo el servicio de espionaje aliado tiene mi descripción. Me arrestarían en la primer barrera de control.

—No se alarme — respondió el príncipe; — disponemos de un servicio regular desde España hasta el canal de Kiel. Nuestros submarinos hace tiempo que realizan la carrera. Hasta ahora, con excepción de dos casos, nada ha ocurrido en esta ruta secreta. Sin embargo, usted debe estar listo para correr el riesgo. Yo lo acompañaré y responderé por su seguridad ante nuestro Estado Mayor General.

Se esperaba al submarino dos días después. El Coronel oyó que el capitán del submarino refería a los cinco ases del espionaje que en el canal de la Mancha un par de destructores lo habían perseguido durante varias horas, y que sólo consiguió librarse de ellos sumergiéndose hasta el fondo, donde permaneció en una tremenda profundidad, que ejercía una presión terrible sobre el barco. Así permaneció seis horas, y estaba seguro de que si no hubiera emergido tan a tiempo, algunas de las junturas del submarino hubieran cedido, dejando paso libre al agua..., lo que hubiera significado una muerte segura.

—Estos ingleses están convirtiendo el mar en un infierno para nosotros — finalizó con énfasis expresivo.

Los componentes del "Grupo de los cinco" se miraron. Conocían a aquel comandante de submarino. Era hom-

(Continúa en la pág. 27)

Las TRAGEDIAS y los TRIUNFOS de MARY NOLAN, contados por ELLA MISMA

Mary Nolan, la hermosa y aplaudida estrella de la cinematografía, cuya vida accidentada y pintoresca muy pocas veces habrá sido igualada, relata en estas memorias los más salientes sucesos de que ha sido principal protagonista. Sus actividades han sido múltiples, empezando por sus pequeñas tareas en el convento en que fué recogida al quedar huérfana, cuando apenas contaba cinco años. Luego fué modelo de pintores y dibujantes, artista de revistas y, finalmente, tras muchas alternativas, actriz cinematográfica en Alemania. De allí pasó a Hollywood, la meta de todas las ambiciones, logrando ocupar en breve tiempo un puesto destacado entre las estrellas de más renombre. En su vida amorosa hay muchos capítulos, unos dramáticos y otros de un gran humorismo. Fué pretendida y fué desdeñada. Unos días comió principescamente y otros pasó hambre. Ella sabe mucho de glorias y triunfos, porque, a pesar de sus pocos años, vivió precipitadamente todas las horas de su vida.



"Cuando la orquesta empezó a tocar una canción titulada "¡Aquí viene la novia!", con paso cadencioso y pausado hice irrupción en el escenario."

NO SOY MAS PORQUE NO QUIERO

CAPITULO V

HE cruzado tres mil millas de océano y otras tres mil de tierra hasta llegar, por fin, a este Hollywood de mis ensueños. Cuando bajé del tren en Los Angeles, mi corazón estaba henchido de ilusiones. Como ya dije al final del capítulo anterior, realicé el viaje en compañía de Nils Asther, que fué mi compañero de trabajo en la película "Mi enamorado vienés", que filmamos en Alemania, y que fué contratado al mismo tiempo que yo por Abe Berman, el representante en Alemania de Joseph Schenck.

Después de sufrir la decepción de que, a pesar de haber sido llamada, no me esperara nadie en la estación, Nils y yo nos trasladamos al hotel a esperar los acontecimientos. De más está decir que asimismo no podía menos de sentirme encantada de hallarme por fin en la ciudad de la cinematografía, encantadora y rodeada de pequeñas colinas.

Desde el primer momento de mi entrada en los estudios me vi perseguida por las murmuraciones solapadas. Pero nada me inquietaba tanto como recordar que yo no era otra que aquella "Imogene Wilson, la amiga de Frank Tinney".

Aquellos que sabían algo acerca de mi pasado, sabían que yo no era ya la de antes. Pero a los chismosos nada les importaba mi transformación. Hicieron de la legendaria Imogene el objeto de sus habladurías.

Pero ahora soy Mary Nolan tanto en la vida como en las películas. Contra ésta última nada han podido, como lo prueba el elevado sueldo que se me paga. Llegaron hasta tocar mi vida privada. Sin embargo, pronto tuvieron que cejar en sus murmuraciones, porque no es lo mismo echar tierra sobre el nombre de Mary que sobre el nombre de la señora de Wallace Macrery.

Volviendo a mis primeros pasos en Hollywood, relataré ahora lo que me ocurrió en el escritorio de John Cousidine cuando me presenté a él.

—Buenos días, señor Cousidine— dije al aparecer en la puerta.

El se levantó para saludarme.

—¡Oh! Muy buenos, señorita... Robertson. ¿Es éste su nombre?

—En efecto— contesté.

—Señorita Wilson, lamento mucho tener que decirle que el señor Schenck ha sido engañado por el señor Berman, que es quien le firmó el contrato. De ningún modo podemos hacer películas con una mujer de... de... su reputación.

Confieso que al oír tales palabras estuve a punto de desmayarme, pero mi serenidad de siempre me contuvo.

—Como usted quiera—dije enérgica;—pero yo vengo aquí con un contrato en forma y, después de haber sacrificado mi carrera en Alemania, no veo la razón por qué no puedo filmar.

—Sí, tiene usted razón, yo lo comprendo; pero... Usted es Imogene Wilson... El señor Schenck está conforme en sacarle a usted pasaje para donde más le agrade:

(Continúa en la página 61)

Triunfando a pasos agigantados, aquí aparece la encantadora Mary en uno de los papeles que contribuyeron a cimentar su fama de excelente actriz.

En el próximo número: "AL FIN ME SONRIE LA FELICIDAD"

LA SEMANA GRAFICA



La delegación de universitarios argentinos que preside el doctor Carlos P. Waldorp y que se embarcó en el vapor "Alcántara", rumbo a Londres, para retribuir la visita de los estudiantes de Cambridge y Oxford a Buenos Aires.



El Yatch Club Argentino y el Club Náutico San Isidro organizaron un homenaje a Vito Dumas, el navegante solitario. La foto lo presenta en el escenario del teatro Cervantes, acompañado de monseñor de Andrea, del doctor Benito Nazar Anchorena y de otras personas, durante el acto.



Edmundo Guibourg, autor y crítico teatral de reconocidos prestigios, fué agasajado por la gente de teatro y periodistas. Aquí lo vemos en el Salón Doré del Ta Ba-Ris, durante la cena que se sirvió en su honor después de los espectáculos teatrales.



Grupo de esgrimistas que participaron en la serie final del torneo organizado por el Club del Progreso, como uno de los números del programa con que celebró el 80º aniversario de su fundación.



Los jurados de la Exposición organizada por la Asociación Argentina de Criadores de Aves, Conejos y Abejas, señores T. W. Burgin y Maggi, observan en la foto a uno de los animales que se exhiben.



Un aspecto de la Exposición de Aves organizada en el local de los señores A. Bollrich y Cía., durante el examen de los jurados.

Los MOMENTOS CULMINANTES de

Militar de vocación

El teniente general Uriburu fué fundamentalmente un militar. En una entrevista publicada en "El Hogar", sostuvo el siguiente diálogo:

—*¿Dónde hizo sus primeros estudios, general?*

—En la escuela de la maestra Jacoba, que era entonces muy conocida en Salta. Después cursé en la Escuela Normal, también de mi ciudad, hasta que vine a Buenos Aires para iniciar el bachillerato. en el nacional Central...

—*¿Que era el único, todavía?...*

El único. Allí seguí hasta cuarto año; e interrumpí los estudios para incorporarme en el Colegio Militar. Mis parientes se opusieron a que siguiera la carrera de las armas, combatieron denodadamente mi propósito... Sobre todo porque yo era el único hijo varón. ¡Pero la vocación era más fuerte que todo eso!

Ingresa como aspirante el 17 de marzo de 1885, cuando no había cumplido aún los diez y siete años. En el último año de estudios ganó jinetas de cabo.

—*¿De manera, general, que fué un buen alumno?*

—Muy buen alumno, muy buen alumno.

—*Con lo que confirmó plenamente su vocación militar. Porque a veces uno de chico piensa una cosa y luego...*

No me deja terminar.

—Plenamente; como la he confirmado durante toda mi vida. Y tan es así que si volviera a nacer sería militar de nuevo...





Antes del 6 de septiembre de 1930, el general Uriburu fué un militar de carrera; su existencia toda estuvo dedicada al ejercicio de su profesión, y sólo en los últimos tiempos tuvo la veleidad de asomarse a la vida civil, incorporándose como diputado por la provincia de Salta. Fué, principalmente, a trabajar en la Cámara por el ejército. Pero ante todo y sobre todo, fué un hombre que hizo de su carrera el culto de su vida.



El 6 de septiembre de 1930 señala en la vida de la república una fecha que tendrá por fuerza que ser histórica. El teniente general Uriburu, ya en el ocaso de su carrera, retirado de las filas del ejército, asume ante el país la responsabilidad del movimiento revolucionario y avanza con un puñado de cadetes y algunos núcleos militares hasta la casa de gobierno. Caen sobre su auto las flores que manos femeninas arrojaron desde los balcones.



Esta escena tantas veces descripta, muestra el momento culminante y dramático de aquella jornada, cuando el jefe de las fuerzas revolucionarias frente a frente con el representante del Poder Ejecutivo, le intima la renuncia de su cargo. Muy escasos testigos presenciaron la escena, sobre la cual se han originado tantas polémicas y por cuya causa también los hombres que en ella actuaron cruzaron sus armas en el terreno del honor.



El juramento del teniente general Uriburu, hecho ante el pueblo reunido en la plaza de Mayo, constituyó la nota más vibrante y significativa de aquellas horas de prueba para la tranquilidad de la república. Las crónicas de esos días anunciaron la presencia de 200.000 personas en la plaza de Mayo, que aclamaron entusiastas a los nuevos hombres que prometieron regir los destinos del país, bajo la invocación de los más sagrados principios del respeto a las leyes fundamentales y a los derechos de todos los ciudadanos de una democracia.

la VIDA del GENERAL URIBURU

¡SOLO LA HISTORIA PODRA JUZGARLO!

En tierra extranjera, a donde se dirigió en busca de alivio para su quebrantada salud, acaba de fallecer el ex presidente del gobierno provisional de la nación, teniente general José F. Uriburu. La noticia, a poco más de dos meses de la transmisión del mando, sorprende al país en plena reiniciación de su normalidad largamente perturbada. A la conmoción del momento revolucionario de setiembre, siguieron los debatidos meses del gobierno provisorio. Y hoy, de nuevo en los umbrales de la constitución, nos llega de afuera la luctuosa noticia de la desaparición del hombre a cuya energía y patriotismo se debió la más profunda crisis de nuestra historia política.

Pretender ahora hacer una semblanza de su personalidad y de su acción al frente de los destinos del país, sería sencillamente inútil. Nadie, ni aun el espíritu más sereno, escapa a la pasión cuando se trata de juzgar acontecimientos a los cuales está ligado por la poderosa razón de la contemporaneidad. Sólo la historia puede decir palabras definitivas acerca de ciertos fenómenos políticos o sociales, que se producen en la vida de los pueblos como consecuencia lógica de especiales estados de ánimo y de profundos trastornos de carácter general. Al ciudadano que acaba de morir le cupo en suerte ser el espíritu director de uno de esos momentos en la vida de la nación argentina. Y estamos tan próximos a él, tan directamente nos alcanzan, para el elogio o la diatriba, sus resoluciones de gobernante, que sólo renunciando a los más elementales principios de la honradez, se hace posible abrir, en uno u otro sentido, el juicio que sugiere el último y más brillante destello de su actividad pública.

No es posible, sin embargo, ahogar la voz que en lo más hondo de nuestros corazones afirma, cada vez con mayor emoción, que el general Uriburu fué un patriota. A su fervor patriótico, obedeció su gesto de militar y de ciudadano, cuando en la jornada del seis de septiembre se jugó la vida frente a un puñado de cadetes del Colegio Militar. El, viejo soldado, tenía un concepto puro y digno de la patria. Y cuando creyó que ese concepto estaba en peligro ante los ojos del mundo, empuñó su espada y convirtió en llama viva la chispa de la revolución. Todos sus actos posteriores, equivocados o no, justos o injustos, convenientes o vituperables, respondieron a los mismos sentimientos. Fué un patriota con las virtudes y los defectos de todo hombre. Y es por eso que solamente la historia puede tener para él la última palabra.

Dejémoslo, pues, en el crisol de la historia. Y, descubiertos, guardemos silencio ante el cadáver del hombre que, con mano ruda o con mano blanda, empuñó, durante uno de los períodos más difíciles de nuestra vida institucional, las riendas del poder.



El primer ministerio del teniente general Uriburu estaba integrado por un núcleo de hombres de experiencia en el manejo de la cosa pública. Estaban entre ellos los procónsules de la política argentina, y a manera de contrafiguras, los batalladores que eran algo así como el propio espíritu de la revolución. Con ellos, el jefe del gobierno provisional planeó su labor, que prometía transformar en sus cimientos las normas de nuestra existencia democrática. Pero poco a poco, cuando la serenidad restableció el equilibrio, algunos conceptos fueron cediendo su lugar a la razón.



El epílogo de la actuación del teniente general Uriburu como presidente del gobierno provisional, luego de diez y ocho meses de ímproba labor, fué la entrega del mando al sucesor elegido por el pueblo. El general Justo, que había sido su compañero en la jornada histórica del 6 de septiembre, asumió el poder para afrontar con decisión los arduos problemas económicos y políticos que conmueven la república.



Ya en París, donde habría de hallar la muerte, el teniente general Uriburu demostraba, en la expresión de su rostro, que el mal había minado su organismo. Estaba enfermo desde hacía tiempo, pero había logrado sobreponerse al mal, animado sin duda por el fuego que ardía en su espíritu de soldado: sobre él, sobre su propia salud, estaba la salud de la patria. De ahí que, al entregar los destinos a manos de sus sucesores, rindió — como el soldado de Marathon — su vida toda en el esfuerzo realizado.



El teniente general Uriburu salió de la casa de gobierno aclamado por la misma multitud que lo acompañó en la jornada del 6 de septiembre. Quiso en esta última oportunidad que los mismos amigos que lo habían conducido en la tarde memorable, fueran los que le acompañaran en la hora final de su actuación pública.

Una EXCURSION del AUTOMOVIL CLUB de LA PLATA



Llegados a Coronel Brandzen, los excursionistas hacen los debidos honores al suculento asado con que fueron obsequiados. Véase la expresión risueña de las muchachas y la verdaderamente glotona de los caballeros. Se trata de todo un poema gastronómico.



Este grupo de graciosas excursionistas está risueñamente engolfado en la contemplación de las carreras de sortija que se organizaron en la estancia "Los Merinos", de Coronel Brandzen.



También el cadenero tiene derecho a un mimo. Y esta niña se lo proporciona en la dulzura de un terrón de azúcar que el pingo agradecerá después con un trote más decidido y un más poderoso aliento.



Racionar el asado es una tarea mucho más solemne de lo que por lo general se cree. Véase, si no, la contraída atención con que estas damas se han dedicado al sabroso quehacer del que muy pronto no quedará sino un montoncito de huesos sorprendentemente limpios...



Un copetín en los altos del camino es cosa indispensable. Aquí vemos a los excursionistas entregados a este acto ritual de toda expedición. Llenado el importante requisito, los baches del camino son más suaves y el cielo, aun encapotado, se viste de azul...



Un almuerzo campestre es para toda mujer una tregua en las diarias fatigas, porque aun representando diez veces más trabajo que un almuerzo casero, tiene el encanto de lo nuevo, de lo anormal. Estas dos damas demuestran en esta foto que el rico asado y el delicioso mate tienen sabor a gloria cuando se toman, así, a la usanza de las gentes rústicas.



Los paseos por la estancia estuvieron a la orden del día. Era preciso llevarse una visión fiel de esos lugares tan hospitalarios, tan criollos... Y los jóvenes excursionistas recorrieron palmo a palmo la estancia "Los Merinos", entre gozosos comentarios y alegres juegos.

Fotos de la Mela.



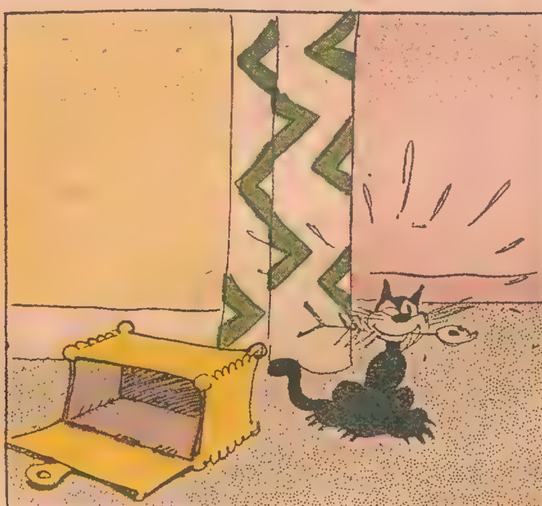
Don Fermín por DANTE QUINTERNO



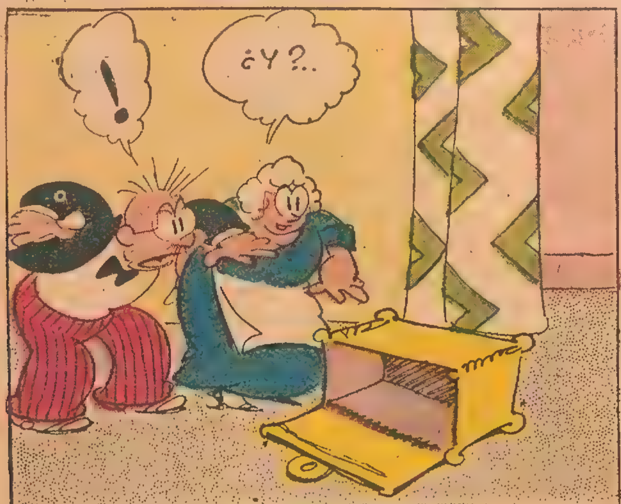






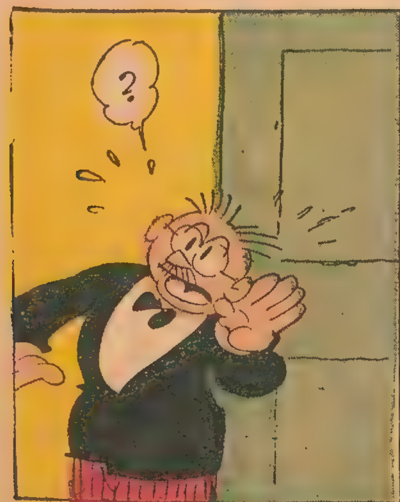
















La PISTA FALSA

Un cuento policial de JOHNSON Y PALMER

Un dentista ha sido asesinado en su consultorio. Descubierto su cadáver por uno de los clientes, la policía toma la intervención correspondiente para el esclarecimiento del hecho. En este sentido se interroga a todos los vecinos de la casa, y, aparentemente, varios son los que, por sus declaraciones o su actitud, despiertan las sopechas de los policías. ¿Es, efectivamente, alguno de ellos el matador? ¿Cómo y por qué fué cometido el crimen? He aquí el misterioso interrogante de este cuento policial, interesante desde la primera línea.

EN la mente de Juan Carlos French había una idea que lo martirizaba continuamente: no pertenecer a una familia rica y distinguida. En la época actual, en la que hasta un canillita podía tener probabilidades de llegar a ser presidente, este resentimiento, en realidad, no tenía fundamento alguno, y debía considerarse como una completa falta de criterio, que Juan Carlos hiciera recaer la culpa de su infortunio en su padre. Este había sido veterinario en un pueblito del interior, y al nacer su hijo, lo había bautizado con el nombre de Juan para no salir de lo vulgar. Más tarde Juan se había agregado el nombre de Carlos a fin de que el conjunto resultara más elegante, y sus aspiraciones de "distinguido" le habían hecho elegir la carrera de dentista, pudiendo luego constatar, con gran pesar, que la carrera elegida no era de las más distinguidas.

Cuando decidió establecerse en la ciudad, eligió un barrio elegante, pero ni su dudoso título de "doctor", ni su parecido con Adolfo Menjou le trajeron ventajas sociales. Después de tres años de permanencia en la ciudad, sus conquistas amorosas habían sido de pobres empleadas, y nunca había podido sacar partido entre las niñas de sociedad.

Tenía instalado su consultorio en una hermosa casa con frente de mármol, en la planta baja, y sus habitaciones comunicaban con el consultorio. Realmente, Juan Carlos era un pobre y despreciable ser, y, sin embargo, debemos hacerle desempeñar el papel principal — aunque mudo — de esta historia, pues el pobre Juan Carlos fué un día asesinado.

El descubrimiento lo hizo el señor Jorge Correas, un sábado a la mañana, al llegar al consultorio de Juan Carlos. Tuvo la satisfacción de encontrar a su torturador tendido en un charco de sangre, con todos sus antipáticos instrumentos dentales colocados ordenadamente en sus estantes, esperando la llegada del primer paciente. Jorge fué inmediatamente en busca de un agente, y éste, después de inspeccionar el lugar del hecho, dió aviso al departamento central. A los cinco minutos llegó el oficial Tayn al consultorio, acompañado de dos asistentes. Un minucioso examen del cuerpo del muerto les reveló que había sido asesinado con un instrumento filoso y agudo. El asesino, de un golpe certero, habíale lesionado la tráquea y la vena yugular. Probablemente Juan Carlos había querido aumentar más el brillo de sus impecables uñas color de rosa, mientras esperaba a Jorge, pues había estado sentado cerca de la ventana con una colección de útiles de manicuro y una caja de esmalte, que aparecían sobre una pequeña mesa al lado de su silla.



Juan Carlos fué un día asesinado. El descubrimiento lo hizo uno de sus clientes, al llegar al consultorio.



Comenzó por interrogar al peluquero...

—Ha estado arreglándose sus uñas — dijo el oficial Tayn astutamente.

—¡Ah! — exclamó el más rubio de los dos neófitos que lo acompañaban.

—Evidentemente ha sido asesinado con uno de sus propios instrumentos — prosiguió Tayn.

Su asistente rubio lo miró como con adoración, pero el más morocho trató de abrir la vitrina de los instrumentos, dándose cuenta de que estaba perfectamente cerrada. Entonces se dirigió a la víctima y comenzó a revisar sus bolsillos, mientras Tayn lo observaba como desaprobando su trabajo.

—¿Qué hace usted ahí, Andrés? — le preguntó fríamente.

Pero el joven morocho no se dió por aludido. Extrajo con mucha dificultar un llavero del bolsillo derecho del pantalón de Juan Carlos, probó las llaves hasta encontrar la correspondiente a la vitrina, y exclamó triunfante:

—Si alguien pudo usar esta llave sin que el muerto se hubiese dado cuenta, yo abandono mis sospechas.

—Puede ser que tenga usted razón — observó Tayn malignamente, pues no parecía muy satisfecho con la actividad de su asistente.

— Ciertamente, no debe haber sido uno de estos pequeños instrumentos de manicuro — prosiguió Andrés entusiasmado, sin hacer caso del aspecto poco amistoso de su jefe.

Siguió revisando la habitación y de pronto se arrodilló. Usando una pinza del dentista levantó cuidadosamente una pequeña hoja de afeitar. Sacó en seguida de su bolsillo una lupa de gran aumento y comenzó a examinar detenidamente su hallazgo. Luego murmuró desilusionado:

— No hay impresiones digitales; está demasiado cubierta con sangre... Ni una sola impresión — agregó, después de otro breve examen.

— Venga aquí, Sherlock Holmes — díjole Tayn de mal modo. — Vaya hasta el Departamento Central, e informe sobre lo que hemos hecho hasta ahora. Entretanto yo interrogaré a los vecinos de esta casa. Además avise que no necesitamos la intervención de ningún sabueso en este asunto.

Una mirada de reproche fué la única contestación, y Andrés, antes de salir del consultorio, aprovechó para ver cuáles eran los clientes anotados en el libro de visitas de Juan Carlos que debían acudir esa mañana.

— El primer enfermo anotado es el joven que denunció el asesinato — observó involuntariamente.

—¿Qué dice usted? — preguntó, furioso, su superior.

— Esto nos da a entender que no debió ser uno de los enfermos — exclamó Andrés saliendo apresuradamente.

Tayn recobró en seguida su actitud altanera, para impresionar a su otro asistente, que lo observaba embelesado. Durante una hora y media siguió examinando la habitación. Después dedicó su atención al cadáver, pero sin ningún resultado positivo. La expresión del rostro del muerto demostraba que al ser atacado debió asustarse mucho, y por su posición se podía deducir que había hecho un gran esfuerzo para levantarse, al ser atacado, pero que debió morir instantáneamente.

— El asesino debe ser alguna persona conocida — exclamó el vanidoso Tayn.

— ¡Ya lo creo! — dijo Andrés, que en ese momento regresaba. — Y estoy completamente seguro, porque ahí enfrente vive una paralítica que desde las siete de la mañana estuvo sentada en la ventana de su habitación, y jura que nadie entró en esta casa, con excepción de un señor que fué a la peluquería del piso bajo; pero como la peluquería tiene una entrada separada, y además no comunica con los otros departamentos, no pudo haber llegado aquí. Tampoco es probable que el dentista se haya levantado a las siete para arreglarse las uñas, ni que haya permanecido levantado toda la noche, pues no ha tenido luz; y el peluquero dice que Juan Carlos anoche regresó a las once.

—¿El peluquero? — dijo Tayn mirando significativamente a su asistente rubio. Después, recordando que él era el superior, exclamó: — ¿Y quién autorizó a usted para interrogar a



...Luego interrogó a los vecinos de otro departamento.

esa inválida? Acompáñeme mientras yo sigo interrogando a los demás, pero cállese la boca.

Comenzó por el peluquero. Este informó que tenía su negocio al lado del consultorio del dentista, pero que él y su señora vivían en la casa de enfrente. Como el día anterior había sido caluroso, ellos habían permanecido levantados hasta muy tarde, y vieron regresar al dentista a las once aproximadamente. Durante la noche no habían oído nada anormal, y esa mañana él había abierto su negocio a las ocho como de costumbre, y había atendido un solo cliente, antes que llegara el enfermo, y ésta era la única persona que había visto entrar en el consultorio. No se trataban con el dentista, que para ellos resultaba un mocoso, y lo único que podían decir es que les había contestado de mala manera varias veces.

—¡Idiota! — exclamó el peluquero, furioso. — ¿Quién era ése para ser tan orgulloso? Ni siquiera venía aquí para hacerse cortar el pelo. — Y siguió gruñendo.

Los tres representantes de la ley continuaron sus investigaciones.

— Estos sicilianos siempre están dispuestos para verter sangre — observó Tayn.

Subieron al primer piso, y allí se encontraron ante dos puertas. Llamaron primero en la de la derecha, y apareció una cabeza despeinada que los saludó. Tayn explicó su misión. En ese departamento vivían dos escribientes, y el que abrió la puerta se apresuró a llamar también a su compañero.

— Ese dentista era muy amigo de las polleras — comentó el escribiente, mientras esperaban a su compañero. — Un tremendo presumido. Un día invitó a pasear a una amiguita de mi compañero, pero después de la cena la dejó diciendo que no era bastante distinguida para él. Casi le destrozó el corazón a la pobre chica. Y la costurera, señora de Pérez, que vive en ese otro departamento, también estaba loca por él. Ultimamente acostumbraba salir con una muchachita muy arregladita, que lo venía a buscar en un auto. Yo no entiendo el proceder de ese tipo. Mi compañero había roto las relaciones con él a causa del papelón que le hizo hacer a su amiguita. A mí siempre me pareció una persona rara.

—¿Alguno de ustedes dos ha salido anoche o esta mañana temprano? — preguntó Tayn.

Habían cenado juntos la noche anterior y después se habían acostado, siendo aproximadamente las nueve. Durante la noche no habían oído ningún ruido sospechoso; a la mañana, algo antes de las nueve, su compañero se levantó para tomar un baño.

El oficial Tayn volvió a mirar significativamente a su asistente rubio.

—¿No oyeron ustedes si alguien de la casa se levantó antes que su compañero? — prosiguió Tayn.

— Unicamente una persona había entrado antes que él en el cuarto de baño — contestó el escribiente.

Esa persona podía haber sido la señora Pérez, que ocupa la próxima habitación, o el artista que vivía en el segundo piso, pues el peluquero y Juan Carlos nunca usaban ese baño. Esto fué lo único que el escribiente pudo decir, porque ellos los sábados se levantaban muy tarde, dado que la escribanía donde trabajaban no abría ese día durante los meses de julio y agosto.

En ese momento llegó el compañero; era un joven pálido y delgado, con apariencia de enfermo, por lo que Tayn, al notar la impresión que le causaba la presencia de los funcionarios policiales en su dormitorio, tuvo que usar mucho tino para interrogarlo.

— Venimos a preguntarle — comenzó — si usted conocía al doctor Juan Carlos French.

El relato del joven coincidió con el de su compañero, por lo que Tayn dió por terminado el interrogatorio; y los tres policías se retiraron para obtener los informes de la señora de Pérez.

Esta los recibió fríamente. Se trataba de una mujer fea, de carácter más bien hosco. A Andrés le resultó difícil creer que ella pudo ser una de las conquistas del "dentista Don Juan". No pudo informar nada de interés, pues había cenado en su habitación; tampoco había oído nada durante la noche, ni había salido de su pieza.

— ¡Jefe! — exclamó Andrés excitado.

— Ya he tenido bastante paciencia con usted — fué la respuesta. — Andar con usted es peor que estar en el infierno, y voy a solicitar que me den otro asistente que no sea tan insubordinado. Por ahora puede regresar al Departamento para terminar el informe.

Andrés lo miró con indignación, y luego se marchó con aire altanero y sin contestarle.

— Muchas gracias, señora — dijo Tayn; y él y su asistente rubio se dirigieron, muy satisfechos, al segundo piso, para continuar sus investigaciones.

El joven artista que ocupaba ese piso aún dormía. Lo despertaron, y obtuvieron las siguientes informaciones. El joven había asistido la noche anterior a una fiesta, regresando a las dos de la madrugada; se acostó en seguida y no se levantó hasta el momento en que ellos lo despertaron. Apenas conocía al dentista, y no tuvo nunca interés alguno en conocerlo. Entretanto, el silencioso asistente rubio había mirado los diferentes objetos que se encontraban en la pieza, hasta que se detuvo delante de la mesa de trabajo del artista, que estaba llena de útiles de dibujo, y tomando varias hojas de afeitar se dirigió a su jefe, para hacer su primera y única contribución oral durante la investigación:

—¡Mire!

—¿Qué es lo que usted desea significar con eso? — preguntó el artista. — Las uso continuamente para recortar dibujos y otras cosas que me interesan. Supongo que su dentista no habrá sido asesinado con una de ellas.

— Este es el asesino — murmuró Tayn al oído de su asistente.

¿QUIEN ASESINO AL DENTISTA, Y POR QUE?

Vea la solución en la página 52.

¡ESPIAS!...

(Continuación de la pág. 19)

bre duro, de gran experiencia y resuelto, y sus declaraciones tenían grave peso. Cuando se le dijo que debía llevar tres pasajeros, se negó resueltamente a hacerlo, pero el príncipe Joaquín insistió y salió con la suya.

Al cerrar la noche, los tres fueron conducidos en bote al submarino. Subieron a bordo y bajaron a las cabinas. A los dos espías se les asignó un pequeño compartimiento y el capitán les previno que aquel debía ser su alojamiento durante el viaje.

— No se alejen — les recomendó — de esta cabina. A mis hombres no les gustan los ingleses ni los norteamericanos. Podrían ustedes ser golpeados en la cabeza con fatales resultados. En realidad no entienden los métodos de los agentes del Servicio Secreto.

En tal forma viajaron. Una vez el príncipe los visitó y se interesó gentilmente por su estado de salud, pero aparte de eso y la entrada diaria de un suboficial que les traía la comida,

(Continúa en la pág. 52)

Es indudable que la codicia es el más bajo sentimiento de los humanos. Por ella se cometen las acciones más repudiables, y no se vacila jamás ante las consecuencias; diríase que a los poseídos por la fiebre del dinero se les nublaran los ojos y se les obscureciera la conciencia. En los primeros capítulos de esta narración un agente de negocios y detective particular recibe de su primera clienta una comisión delicada: la de que la reivindique ante su ama de la grave acusación de un robo de joyas que pesa sobre su intachable honorabilidad.



Las GARRAS

UN CUENTO FOLLETINESCO

SI acorralado por la insaciable curiosidad que distingue al entrevistador profesional de todos los demás hombres, uno de éstos le hubiese rogado al señor Jorge H. Jay, agente para la aristocracia, de Londres, que explicase con una sencilla frase, para beneficio del público, los métodos por los cuales había triunfado, el afable Jorge hubiese contestado modestamente:

—Atribuyo mi preeminencia al hecho de que yo soy uno de los pocos hombres en Londres que comprenden a la mujer, y a que siempre he dirigido mi negocio con prontitud, tacto, personalidad, aguda intuición, honestidad, genio, larga experiencia, viva simpatía, puntos de vista amplios y un don innato para justipreciar a mis semejantes, en particular del sexo femenino.

Si todo esto aún hubiese dejado al entrevistador sediento de pormenores, el benévolo señor Jay le hubiera dado al hombre una silla cómoda, un gran cigarro y entonces hubiera hablado hasta dejarle los tímpanos completamente irritados. Porque hubiese comenzado por el principio de su carrera, hacía de esto más años de los que a Jorge le agradaba enumerar, excepto cuando quería convencer a un cliente de que era en realidad un agente de antigua reputación.

En el remoto período de sus comienzos el señor Jay era menos quisquilloso sobre la calidad de los asuntos que manejaba, de lo que con el tiempo llegó a ser. Que nunca fué un hombre mal escogedor se comprueba por su fórmula corriente a aquellos que le traían asuntos sospechosos. Durante muchos años había sido su costumbre decir cuanto era necesario en estas ocasiones:

—Este asunto, a primera vista, no presenta muy buen aspecto. En realidad, tiene un aspecto bastante escabroso. Pero eso es de su incumbencia y no de la mía. Yo no lo hice así. Al contrario, pienso utilizar todos mis recursos en la tarea de restaurarlo.

Y por lo general lo hizo con resultados enteramente satisfactorios para sí.

No obstante, cuando se estableció, aceptó todo lo que se le presentó y mucho de lo que tuvo que salir a buscar.

Fué durante este período que su voz naturalmente sonora y profunda adquirió ese tono de latón que nunca abandonó, y sus modales adoptaron esa cordialidad que cuando aprendió a controlarla llevaba a la gente a la conclusión de que Jorge era una persona de marcada afabilidad.

—Eran tiempos duros — solía decir. — En aquellos días había más dinero en el país, pero era cuidado más por sus dueños. Ellos — los hombres en particular — arrebataban lo que podían y lo ponían en conserva al dos y medio por ciento para toda la eternidad, y lo único que les preocupaba era si la "eternidad" iba a durar bastante. Sus ideas sobre la Comisión — (el señor Jay jamás empleaba esa palabra sin una C mayúscula) —, sus ideas sobre la Comisión de los agentes, digo, las establecían despaciosas y excesivamente pequeñas. Era miopía y jamás comprendí esa actitud de los hombres de dinero en aquellos días.

Probablemente eso era porque las ideas de Jorge sobre la "Comisión" la establecían rápida y excesivamente grande. En realidad, para un hombre relativamente joven eran despaciosas, porque tenía poco más de veinticinco años cuando empezó a desplegar el estandarte de bronce bajo el cual debía librar tantas amargas batallas de negocios; y su foja de servicios no era tan prometedora que el mundo se apresurase a trazar una ruta hasta su puerta.

Había fracasado — por uno o dos puntos — en el examen final que lo hubiese convertido en un abogado completo; y una temporada de trabajo honesto para una firma deshonesta de agentes de propiedades había terminado en una disensión tan grave sobre la Comisión de una transacción negociada por él, que hubo que acudir a los bondadosos servicios de la policía. Retirándose sin su Comisión correspondiente, concibió el propósito de establecer una oficina en Five Finch Court, colgando en la puerta una placa bronceada que rezaba así:

"JORGE H. JAY — Agente"

Amuebló la oficina, compró los efectos de escritorio, una gran cantidad de estampillas de correo y una botella de tinta. Su capital completo consistía en poco más que su galera, su levita, sus zapatos de charol, el importe de las comidas de unas cuantas semanas y el de la impresión de las circulares que redactó inmediatamente. En dichas circulares anunciaba que estaba dispuesto a prestar cualquier suma desde 10 libras hasta 50.000, a candidatos aceptados, con sólo un simple pagaré; que estaba dispuesto a apremiar y contender en reclamos de cualquier categoría; y que debido a sus grandes conocimientos podía obtener rápidamente las patentes para los inventores. Una circular indicaba que aquellos que poseían propiedades



La señora de Royelm se sentó. Aparentemente satisfecha de la apariencia y modales del señor Jay, le espetó con voz dulcísima el relato de su historia.

de la CODICIA

de Bertram Atkey

debían tratar de venderlas por su intermedio. Otra insistía en que aquellos que no poseían propiedades debían comprar algunas, también por su intermedio. También podían ser adquiridas o colocadas acciones y cédulas, con la rapidez de un rayo con su ayuda mágica. Las hipotecas las arreglaría rápidamente gracias a un estudio especial de su parte.

Estando un poco nervioso, quizá Jorge se extralimitó en sus circulares iniciales. De otra manera podría haberse abstenido de sugerir con tanto énfasis que estaba sabiamente preparado para aconsejar, negociar, comprar, vender o alquilar concesiones mineras, cargamentos de vapores (y hasta los mismos vapores), cosechas, ganado, seguros de vida, carbón, ladrillos, azulejos, y hasta resolver casos de quebramiento de promesas de casamiento, divorcios, diques, colecciones de estampillas, específicos patentados, puentes ferrocarrileros, clubs de deporte, muebles antiguos y alhajas. Y si no fuese por su ansiedad muy natural de comenzar de alguna manera y a cualquier costo es probable que hubiese garantido — en otra circular — suplir detectives en cualquier cantidad para cualquier propósito.

Distribuyó las circulares y empleó a un muchacho de los suburbios de Londres, un tal Gus Golding, que parecía medio muerto de hambre, pero que, sin embargo, era muy atrevido y precoz.

Habiéndole enseñado a este muchacho los principios de sus deberes como "ayudante" de uno de los agentes más sobresalientes del mundo, el señor Jay se sentó, satisfecho, a esperar la llegada del primer negocio que sus circulares pudieran traerle.

II

El **señor Jay era** demasiado inteligente para esperar muchos resultados de sus esfuerzos.

— Me parece a mí, Golding — le dijo un día a su empleado — que todos tienen la idea de que Jorge H. Jay no es una fuerza que debe tomarse en cuenta. Pero están equivocados. Juzgando por la acogida que han dispensado a mis circulares se diría que ya hay demasiados buenos agentes en esta ciudad. En eso es, sin embargo, en lo que te equivocas, joven imberbe.

Tomó su brillante galera de la percha y se la puso cuidadosamente.

— Si los negocios no vienen a mí, entonces yo debo ir a ellos — dijo ásperamente. Y estaba a punto de salir cuando su fino oído percibió el sonido de unos pasos livianos.

— ¡Un visitante, Gus! — susurró: — Ve a ver quién es.

Gus desapareció, para regresar unos segundos más tarde anunciando que una dama, la señora Rosmunda Royelm, deseaba entrevistarse con él.

— Descríbemela en seguida — demandó Jorge.

— Es una de esas mujeres llenas de misterios, según me parece a mí. Podría ser rica, con más probabilidades de ser pobre. Parece como si hubiera vivido en una cantidad de departamentos distintos. Pero es toda una dama. Una de esas damas delgadas, muy reposadas, de cara preciosa, que podrían ser elegantes y también podrían no serlo.

— Pero — le interrumpió Jorge, — ¿me estás haciendo una charada, o qué? Tendrás que aprender a distinguir a los clientes más rápidamente, Golding, si quieres trabajar para mí. Lárgate y hazla pasar.

Se levantó para recibir a la dama, que estaba destinada a ser una reliquia para él, por dos razones: una, porque ella era su primera clienta; y la otra porque la dama probó ser una de las muy pocas mujeres que Jorge jamás comprendería.

Sean cuales fueran sus talentos, era, por cierto, una mujer muy encantadora la que Gus hizo pasar inmediatamente.

Morena, llena de gracia, reposada, seria, tranquila, llegó a él como una caricia del mundo externo.

Lejos de la edad de las "flappers", con los ojos sabios en experiencias femeninas, pero fresca y fragante como una flor temprana, era como había dicho Gus, "enteramente bella".

Sin embargo, no estaba bien vestida, y cualquiera que fuera un poco perspicaz hubiera podido comprender que la vida no fué toda felicidad para ella.

La señora de Royelm se sentó. Se cambiaron algunas palabras preliminares, y luego, aparentemente satisfecha ella de la apariencia y los modales del señor Jay, le espetó con voz dulcísima, el relato de su historia.

Era la viuda de un aviador que la había dejado sin un centavo y con una pequeña criatura. Como miles de personas bien nacidas, se encontraba sin ninguna preparación para ganarse la vida y aún estaba demasiado enamorada de la memoria de su marido para volverse a casar. Había pasado muchas dificultades, que habían terminado cuando consiguió el puesto de secretaria y dama de compañía de lady Mottisfonte — viuda del anciano sir Mottisfonte, el millonario agente de seguros, que durante su vida fué muy conocido y respetado como poseedor de la colección más hermosa de alhajas antiguas del país que por sus negocios.

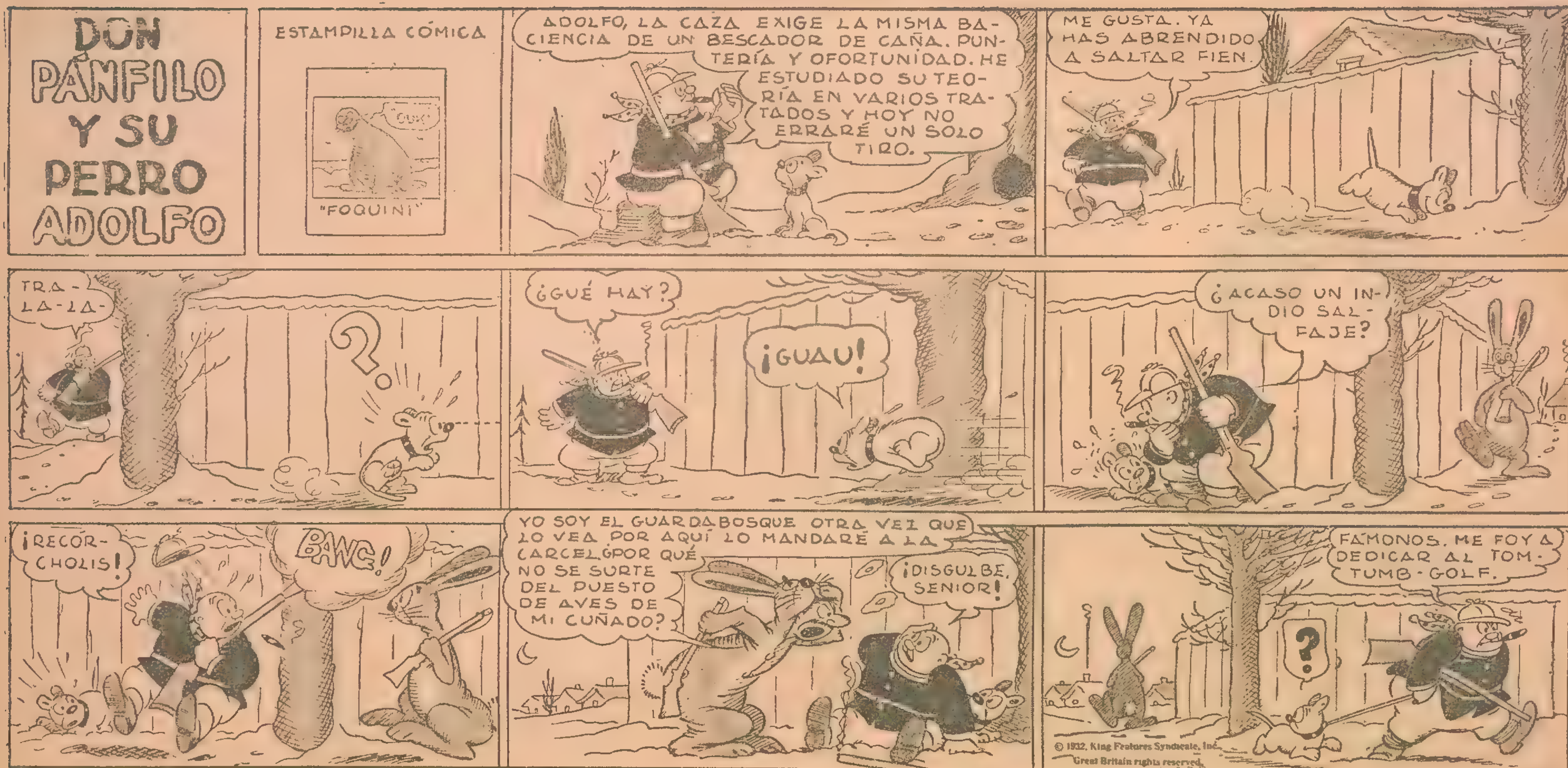
El señor Jay coligió que la señora de Royelm había tenido tanto éxito en sus deberes como secretaria y dama de compañía de lady Mottisfonte, que ésta, tornándose excéntrica con los años la había trocado dama de compañía amiga, y así había continuado hasta que había ocurrido algo desusado.

Jorge, escuchándola atentamente, vió las lágrimas que en este punto empañaron los grandes ojos de su primera cliente.

Su desgracia había sobrevenido cuando llegaron de visita a casa de lady Mottisfonte, el hijo de la primera esposa de su marido, el capitán Manfredo Noone, y su esposa Lente.

Ambos eran gente magnífica, no careciendo de nada, excepto de dinero. Eran en realidad pobres, aunque vivían bastante bien con la renta que la anciana lady Mottisfonte le pasaba a Manfredo.

(Continúa en la página siguiente)



El señor Jay, que había oído hab'ar de Manfredo Noone, se sentó un poco más tieso en la silla cuando Rosmunda Royelm lo mencionó.

Tanto el capitán como su esposa se habían mostrado encantadores con la reposada dama de compañía, durante tres días. Luego, en el cuarto día, habían sido robados anillos por un valor de veinte mil libras de la colección de alhajas preciosas que lady Mottisfonte había heredado de su esposo.

Es una desventaja para el dueño de una magnífica colección de alhajas que éstas puedan ser empaquetadas en un espacio extremadamente pequeño y sin mayores dificultades.

El señor Jay comprendió esto y se inclinó hacia adelante, intensamente interesado.

— ¿Por un valor de veinte mil libras esterlinas, señora de Royelm? ¿Y fueron recuperadas?

— Sí.

Jorge elevó las cejas.

— ¿De veras? ¿Quién las recuperó?

— El capitán Manfredo Noone—contestó la señora de Royelm.

— ¿De veras? Esto va bien. ¿Fué arrestado el ladrón?

La señora de Royelm hizo un gesto negativo con su preciosa cabecita.

— No.

Jorge frunció el entrecejo.

— ¿No? Eso es raro. ¿Dónde encontró las alhajas el capitán Noone?

— Las halló escondidas en el forro de mi necessaire, en mi dormitorio, señor Jay.

— ¿De veras?

Aún con los ojos empañados por las lágrimas, la dama se sonrió débilmente.

—Yo no robé esas alhajas, señor Jay. Pero, en apariencia, es como si lo hubiese hecho.

— En efecto.

— El capitán Noone y su esposa explicaron a lady Mottisfonte dónde habían hallado las alhajas, y yo fuí despedida de mi empleo. Lady Mottisfonte se negó a verme.

— ¡Despedida! — profirió Jorge, y su mente se devanó a la pesca de un fundamento para un juicio.

La señora de Royelm se inclinó hacia él.

— Señor Jay; yo fuí despedida, por escrito, inmediatamente. Sin embargo, lady Mottisfonte quiso ser bondadosa. Escribió esto.—Y le entregó una carta.

Jorge la leyó. Su rostro rubicundo, descarado, se ponía cada vez más grave al leerla.

"¡Criatura, criatura! Has roto mi corazón cuando comenzaba a quererte tanto, yo, una anciana sola, sin amigos que la amen o en quienes confiarse. Comenzaba a gustar el sonido de tu risa en esta vieja casa y a despertarme temprano de mañana aguardando tu llegada a mi dormitorio, al aclarar el día, y a que me besaras y me sirvieras el té, conversando un poquito, sentada a mi lado. Querida mía, ¡lo siento tanto! ¡Estoy tan triste! Hoy mismo había resuelto pedirte que trajeses a tu hijito aquí, a mi lado. ¡Hubiéramos sido tan felices! Y ahora ha sucedido esto. ¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué no confiaste en mí para que cuidase de tu porvenir, Rosmunda? Frecuentemente te dije cuán amarga y desvergonzadamente son engañados los ricos y cuánto deben cuidarse, pero jamás quise darte a entender que no te protegería a ti y a tu hijo del futuro en todo lo concerniente a asuntos de dinero. Leí en un libro que alguien pude llegar siempre al corazón de una persona. Eso me parecía ridículo, hasta que tú llegaste, y te metiste en mi corazón, y te hubiese dado todo. No puedo soportar la idea de que tú me robaste cosas que guardo como recuerdo de mi amado esposo. El era tal como yo. Hubiese hecho cualquier cosa por ti, Rosmunda, si te hubiese conocido. Estoy muy vieja y con corazón destrozado. Toma esto; adiós.

Ana Mottisfonte."

Cuando el señor Jay alzó la vista hasta Rosmunda, ésta le alargó cinco billetes de cien libras cada uno.

— Eso es lo que lady Mottisfonte me mandó con la carta. La señora de Noone me lo entregó, y al final me besó. No sospechaba yo que haría eso. En seguida me dijo: "Querida, lo siento muchísimo", y se retiró para decirle al chauffeur en qué tren iba yo a partir.

El señor Jay asintió con la cabeza, contemplando los billetes.

— Comprendo — dijo.

— ¿Comprende? Me alegro que lo comprenda — dijo la señora de Royelm.

Jorge notó que había un brillo en sus ojos empañados.

— Yo *no* robé esas alhajas, ni soñé jamás hacerlo. Amaba a lady Mottisfonte porque la veía tan sola y tan sin ventura, y porque es tan bondadosa como ninguna. Yo la quería como ella a mí. Sea como sea, aquí están las quinientas libras, señor Jay, porque usted puede probar a lady Mottisfonte lo que yo no he podido hacer.

— Este es un asunto de extrema gravedad, señora de Royelm — le dijo. — Faltaría a mi deber si no le dijese con franqueza, que debo considerar este asunto con mucha paciencia y seriedad. Usted desea, por lo que puedo colegir, ser rehabilitada.

Se ensimismó un momento, y continuó:

— Es un caso difícil y delicado el suyo. No se lo encargaré a ninguno de mis empleados. Me ocuparé en persona del asunto.

Hizo una pausa como para darle oportunidad a la dama de agradecerle sus solicitudes.

— Dígame—continuó—sin sospecha que alguien puso esas alhajas en su necessaire.

— Sí.

— ¡Ah!

— Sospecho, estoy segura mejor dicho, aunque no tengo ninguna prueba, de que son el capitán Noone y su esposa quienes lo hicieron.

— ¿Acaso para ahogar el afecto que lady Mottisfonte sentía por usted?

— Sí.

— Eso es una maldad—musitó Jorge.

— Son gente muy mala, señor Jay. Son, y siempre lo han sido, terriblemente extravagantes. Están hasta el cuello de deudas, aunque lady Mottisfonte los ha salvado una y otra vez. Ella me lo dijo. Creo, en realidad, que están desesperados. No hacen ningún posible por vivir con la generosa renta que lady Mottisfonte les pasa. Casi toda ella desaparece en las carreras. Han tenido dos años malos de juego.

Jorge asintió con la cabeza.

— Bien; por cierto que ese es un motivo posible—dijo haciendo un apunte. — Posiblemente lady Mottisfonte les había dejado entrever que tenía intenciones de adoptar legalmente a usted y a su hijo.

La señora de Royelm no había caído en eso, aunque estaba de acuerdo en que era muy posible.

Jorge le hizo muchas preguntas antes de darse por satisfecho. Aún se quedó sentado en profunda meditación durante un largo rato después que ella se hubo retirado. Se sentía completamente sin ideas cuando se levantó para irse a almorzar.

— Escondidas en el forro de su necessaire, y todo lo que puede decir es que el hombre que las encontró probablemente las puso allí. ¡Hum! Esta, por supuesto, es la explicación más vieja del mundo. Sin embargo, si las mentiras son viejas, también lo es la verdad. De todos modos debo tomar alguna decisión. Tendré que avisparme y ocuparme de lleno.

III

Pero por más esfuerzos que hizo, al cabo de los cinco días siguientes no había adelantado absolutamente nada.

La había entrevistado media docena de veces, haciéndole cada vez preguntas más penetrantes; había estado varias veces en Mottisfonte Manor, donde había logrado ver, una vez a la distancia, a lady Mottisfonte, sentada en la terraza con el capitán y su esposa, hablando reposadamente; pero no había podido comunicarse con ninguno de ellos. Gastó dinero para invitar al mucamo al bar, pero no recogió detalle alguno de utilidad. Cuando se presentó decididamente en la mansión solariega de los Mottisfonte fué informado por el susodicho mucamo de que lady Mottisfonte no estaba bien y no recibía a nadie. Ni tampoco la señora de Noone. Se dirigió a la finca del capitán, cerca de Epsom, y anunciándose como un caballero con un excelente proyecto para ganar a las carreras, presentó el susodicho proyecto al capitán, que le replicó ásperamente:

— Su proyecto es estúpido. No parece usted conocer más que los principios elementales de las carreras. Mejor es que se largue. Está perdiendo su tiempo y el mío.

Jorge observó el rostro del hombre, y no tuvo ninguna dificultad en clasificarlo como peligroso.

Pero eso no lo llevaba adelante en su empresa. Ni tampoco se le presentaban asuntos nuevos de que poder ocuparse, dando aquel al olvido.

Cada vez que ella iba a su escritorio para averiguar qué progresos hacía, Jorge se veía obligado a confesar que en vez de adelantar retrocedía. A él le agradaba más Rosmunda cada vez que

(Continúa en la pág. 55)



CHARLAS FEMENINAS

Por MESEC TUBAT

QUE SIRVA DE EJEMPLO

Yo admiraba a una mujer bella y elegante. Un día me dijo: "¿Qué edad me calcula usted?" Yo, sinceramente, dije: "Treinta años." Tenía una madurez admirable, fresca la piel y la boca, tersa la frente, flexible el talle, esbeltas y ágiles las piernas..., y veinte años más de lo que yo le calculé y ella representaba.

En cierta ocasión me atreví a preguntarle de qué medio se había valido para ser hermosa a la edad en que todas las mujeres están ya marchitas. Me dijo: "Es que yo no he padecido de las tres tribulaciones que envejecen; que destruyen el alma y destrozan la piel. El tedio, el odio y el amor mal entendido. No sufrí del tedio, terrible mal que seca el espíritu y marchita a las mujeres. El tedio es la puerta abierta a todas las tristezas y es el conductor directo a la mala salud, porque el tedio ataca la digestión y entorpece la circulación de la sangre.

"Véase que la gente distraída en las cosas alegres o en la labor y el trabajo, posee siempre mejor salud higiénica que el aburrido, presa del tedio, que arrastra la vida de un descontento a otro.

"No he sabido odiar, no porque mi corazón no se sienta lo suficientemente fuerte como para guardar en él un sentimiento tan grande y peligroso, un arma de dos filos como es el odio; es que yo no lo he querido sentir, ni albergar por amor a mi juventud, porque el odio imprime en el semblante huellas inequívocas de vejez y de decrepitud. Porque la ausencia del odio contribuye grandemente a la salud corporal, a la tranquilidad de alma y al sueño reparador.

"La mujer que quiera curarse del odio, que imponga a su mente la certeza de que el odio es el más grande de los enemigos de la belleza y de la juventud.

"La tercera cosa, la más poderosa: he amado mucho, he amado siempre, buena, mansa y plácidamente. He amado hondo, mas sin tragedias, sin dramas, sin celos ni acaparamientos.

"He hecho del amor una grande y bella cosa, un culto; lo he respetado profundamente; lo he cuidado con gratitud y el amor no me ha abandonado nunca...

"Estas son las causas morales, las razones de alma que han salvado mi juventud corporal; son las que yo más recomiendo; a pesar de ello, voy a regalarle a usted el secreto que complementa mi prolongada frescura, es el secreto científico que mi abuela me transmitió y que consiste en: ...(aquí una sencilla receta).

"A los setenta años mi abuela representaba treinta. Bailaba y viajaba, repartía risa y alegría. Se casó con un hombre de treinta y ocho años, no desmereciendo en nada junto a él. — Y terminó diciendo: — Si usted quiere, ensaye..."

Y yo estoy pensando que en cuanto disponga de una hora diaria haré el tratamiento, ya que para el tedio me falta tiempo, y para el odio, fibra.

LA CONSTANCIA DEL HOMBRE

Otra vez lo he dicho: en amor el hombre es más constante que la mujer. La mujer, por mil causas, suele variar cayendo en la inconsecuencia. Lógico es que así sea, porque ella, como el hombre, tiene derecho al porvenir, con la diferencia que el hombre puede lograr por sus propios medios un porvenir brillante, en tanto que a la mujer le están cerradas muchas de las puertas que a él conducen: la industria, las profesiones, las especulaciones, etcétera, etcétera. Si la puerta del trabajo está para ella abierta, sólo se le reservan los sitios pequeños y los destinos mediocres en las oficinas, donde no son los sueldos reducidos los que calmarán su afán de porvenir, su anhelo de bienestar. Es el miedo al porvenir lo que complica siempre en el amor la elección del marido, es ese mismo miedo quien la hace tornadiza e inconsecuente.

Entre un pretendiente y otro, debe ella pesar los valores y medir las ventajas. Debe dar cabida a su gusto personal y cabida a su preocupación del más allá. Debe, también, fomentar su orgullo, porque sin duda alguna hay hombres que enorgullecen y hombres que deprimen. Hay los que ofrecen una condición social superior, otros que disminuyen la que ya se posee. Hay hombres ilustrados que levantan la cultura de la mujer, otros incultos que junto a la mujer realzan su propia incompetencia. Hay mujeres, y con ellas estoy yo, que quieren al hombre siempre superior a ellas, en todo sentido, porque ellas tienen el instinto de que aquél que no lo es, llegará el momento en que su plano de inferioridad contra el de superioridad de ella, tornará deslucido su matrimonio.

La mujer, pues, es inconstante, porque vacila y vacila en la elección; porque debe consultar muchos puntos, que no son precisamente el amor. En cambio, el hombre toma por compañera aquella que más le gusta, y rara vez cambia, porque para eso tuvo a su favor el amplio derecho de elegir.

¡Pobres mujeres, que están obligadas a pedir al amor un poco de lógica comodidad de vivir, un poco de garantías para el porvenir y otro poco de amparo para los hijos! ¿Cómo no han de ser vacilantes e inconstantes, si deben mirar tantos intereses juntos y esperar del hombre tantos favores y garantías?

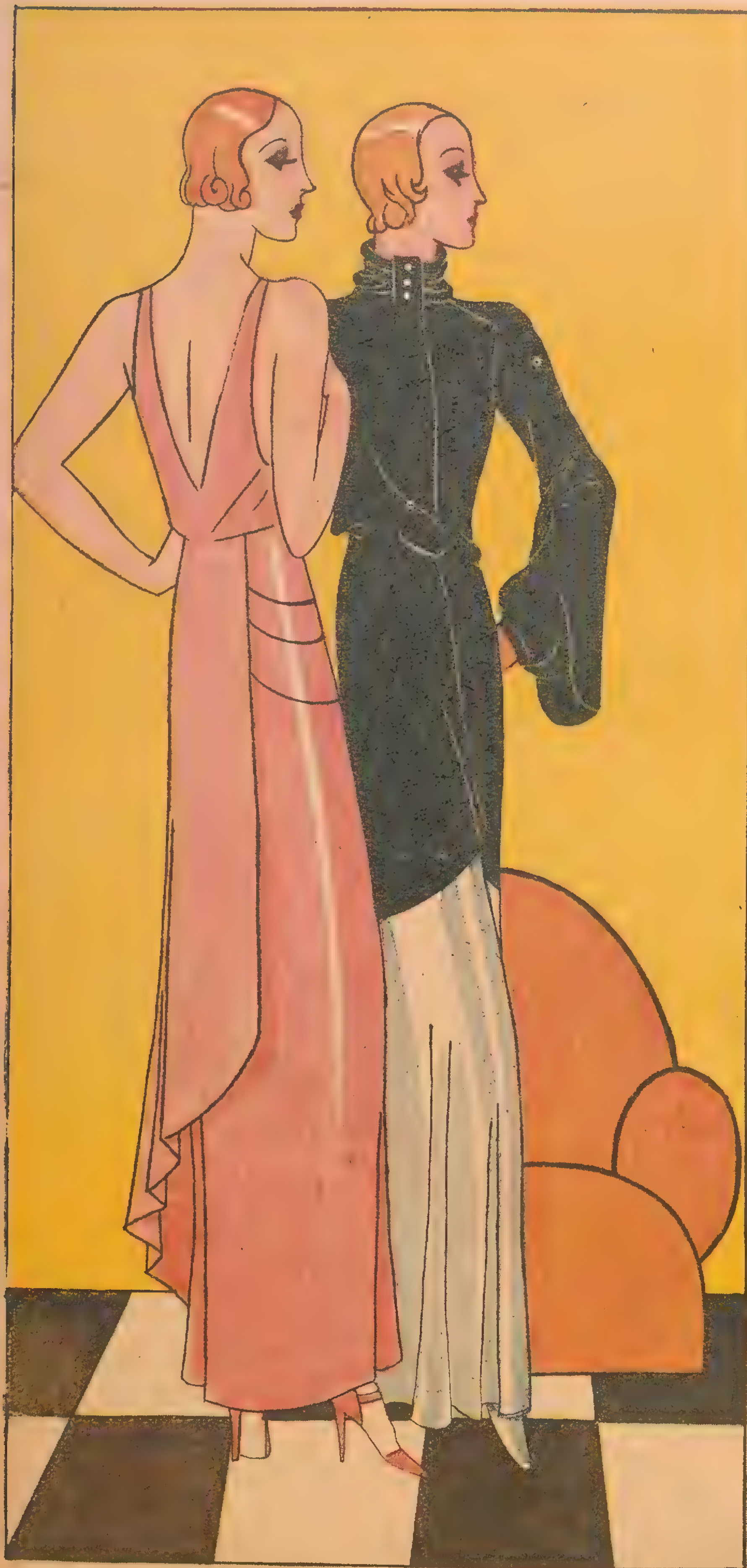
Un hermoso ejemplo a favor de los hombres acaba de ocurrir en Norte América. Una pareja se amó en la juventud; él tenía diez y nueve años, ella catorce. Se casó ella con otro, y él permaneció soltero, adorándola en respetuoso silencio. A los setenta años ella quedó viuda; el consecuente enamorado le dijo que aún no la había olvidado, que sus sentimientos no habían cambiado, y ella aceptó el homenaje a tanto amor y tanta constancia, casándose de nuevo con quien supo esperar ¡setenta y cinco años!... ¡Magnífico amor! ¡Extraordinaria consecuencia!

Colores VIVOS y LINEAS SUELTAS

Blusa de djersaboukly adornada con nervaduras bordadas. Las mangas van terminadas en jersey cotelet lo mismo que la cintura.

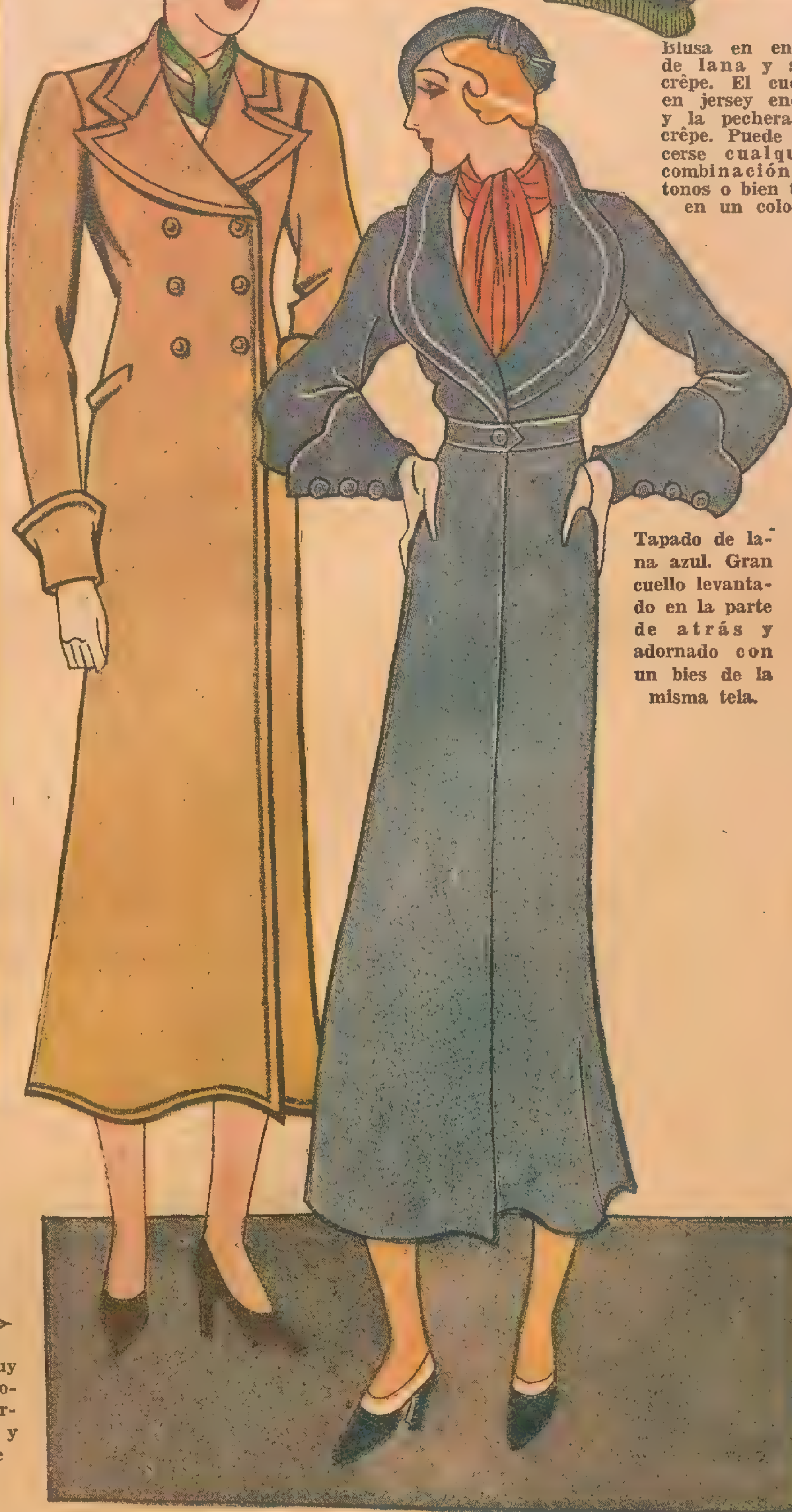


Blusa en encaje de lana y seda crêpe. El cuerpo en jersey encaje y la pechera de crêpe. Puede hacerse cualquier combinación de tonos o bien toda en un color.



Elegantísimo traje de noche, confeccionado en crêpe romain de color rosa. La elegancia de este modelo radica precisamente en la sobriedad y sencillez de su línea.

Salida en terciopelo de color negro. Cuello alto drapeado, sostenido adelante por una tira adornada con botones. Conviene seleccionar un terciopelo bien souple.



Tapado de lana azul. Gran cuello levantado en la parte de atrás y adornado con un bies de la misma tela.

Tapado de corte muy moderno, confeccionado en umea, adornado con bolsillos y una doble fila de botones.

nos IMPONE LA MODA

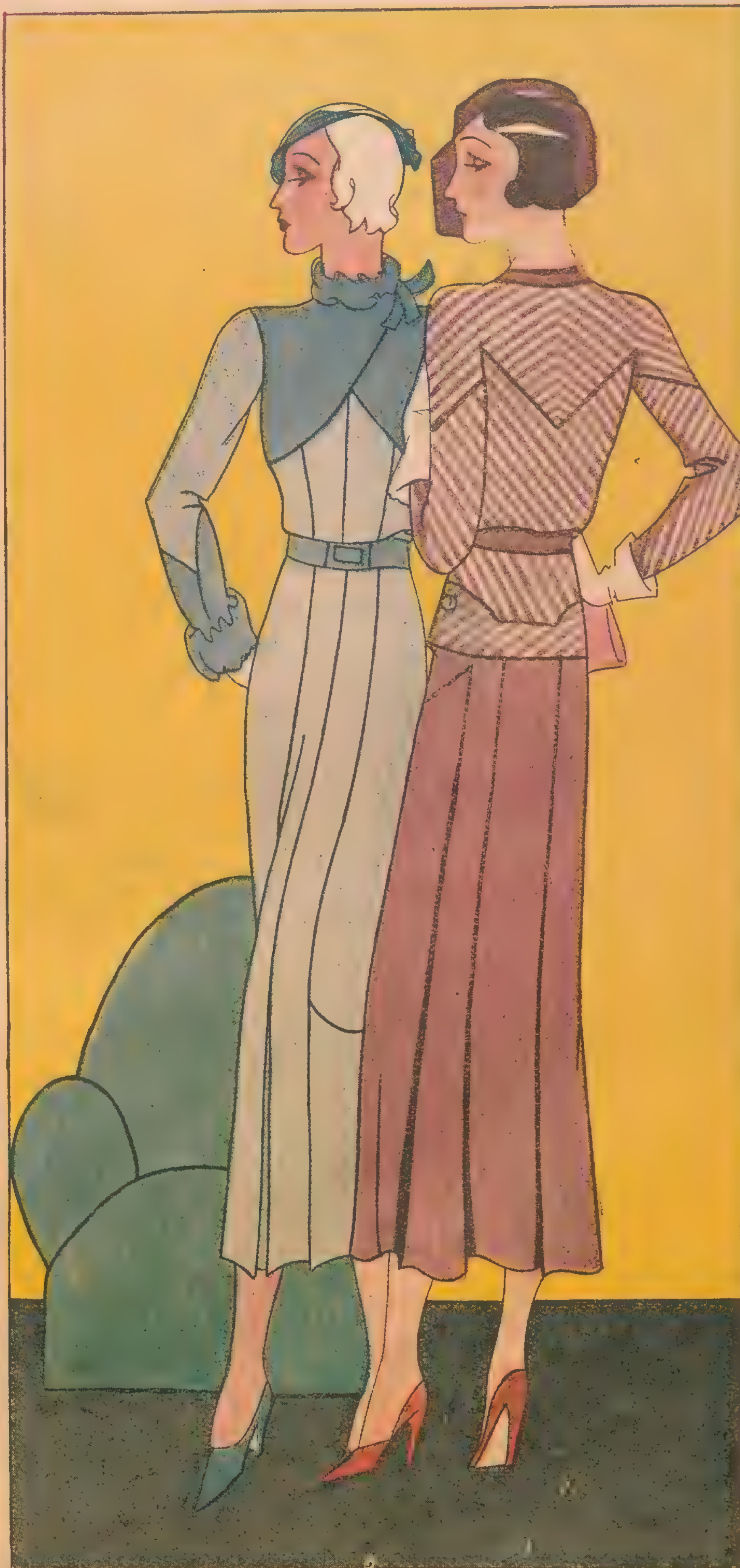


Original blusa en shantung. El escote y la cintura trabajados con tiras del mismo género.



Este bonito vestido resulta muy chic y atrayente confeccionándolo en género jersey de lana, siendo de recomendar la combinación de colores amarillo y beige. Obsérvese que la blusa se prolonga en una écharpe.

Vestido de tarde en peralta adornado con recortes oblicuos y asimétricos. La hebilla irá en el mismo tono del vestido.



Práctico y juvenil vestido en género sinellic, se ejecutará en dos tonos. La línea recta caracteriza a este vestido, que, sin embargo, el corte especial de la pollera en su parte inferior le proporciona cierta amplitud.

Elegante conjunto con saquito de jersey diagonal. El vestido también de jersey, en el mismo tono, pero liso. El saquito adornado con un canesú y tiras diagonal. El jersey a que nos referimos es el plissetis que este invierno estará de gran moda.

CORREO CINEMATOGRÁFICO

Por KING

Confieso que de todas cuantas cartas recibo ninguna respira tal cantidad de inocencia como la que proviene del señor que quiere ser actor de cine. Es el individuo que pone en lo que escribe la sinceridad máxima de que es capaz, ya que nadie como él se entrega tanto y con tal espontaneidad. Pero no vayan ustedes a creer que pienso hacer aquí la crítica de su sinceridad, de su espontaneidad. ¡Nada de eso, pues tales condiciones son en un hombre tesoro harto valioso para que me atreva a menospreciarlo con la irónica intención de mis palabras! Voy, en cambio, a referirme a él desde el punto de vista cinematográfico a que me obliga la calidad de esta página. Decía, pues, que el señor que quiere ser actor de cine es franco, y, en efecto, así lo es. Además, su candidez es tal, que hasta tiene calculado el tiempo que tardará en filmar su primera película, los miles de dólares que ganará en un mes (y digo "dólares" en lugar de decir "pesos" porque a él no le interesa el cine nacional. ¡Sólo Hollywood lo verá triunfar!) y las veces que se dará el gustazo de saberse famoso, admirado y aplaudido por todo el mundo. Vive y se alimenta de ilusiones porque sueña despierto. No pregunta si existe la posibilidad de triunfar ni qué es necesario para hacerlo. Le basta con sus sueños de muchacho joven. Le basta con entrecerrar los ojos y verse en Hollywood, rodeado de directores, de fotógrafos, de actrices... Cree, de buena fe que todos los que no comparten sus aspiraciones son unos ignorantes, incapaces de comprender el porqué de sus aspiraciones. Y lo peor, aunque en muchos casos resulta ser lo mejor, es que es audaz tan sólo con el pensamiento, valiente siempre que sus proyectos no alcancen un grado de adelantamiento cercano a su realización. Sin embargo, es feliz. Audaz a la manera del famoso Quijote cervantino, caballero en el brioso corcel de sus rosadas ilusiones, alegre, sincero, emprende dor... ¡joven, en una palabra! Cree firmemente que la carencia de condiciones artísticas, de dinero, de facilidades y la abundancia de toda clase de inconvenientes se estrellarán irremisiblemente contra la barrera formidable de su voluntad. Por las noches, cuando la almohada ofrece blando lecho a ese cerebro cargado de ideas atrevidas, el señor que quiere ser actor de cine vive por unos minutos la realidad de sus sueños, piensa en la gloria, en la fama, en las riquezas... y vive un mundo aparte, un mundo al que quisiera entregarse por entero. Y aunque la realidad es otra, él no la comprende porque se rebela ante la idea de no vivir esa otra vida, llena de ilusiones, de esperanzas y acariciando pensamientos deliciosos que quizá, por serlo tanto, nunca se verán realizados.

HE AQUI, POR ORDEN DE MERITOS, LAS DIEZ MEJORES PELICULAS EXHIBIDAS EN HOLLYWOOD EN 1931, SEGUN LA OPINION DE LOS CRITICOS:

1º. — **CIMARRON**, con Richard Dix e Irene Dunne.

2º — **LA CALLE**, con Sylvia Sidney y William Collier.

3º — **CHINGOLO**, con Jackie Cooper y Mitzi Green.

4º — **MARIDO Y MUJER** (versión inglesa). Aquí la veremos en castellano, con Conchita Montenegro y George Lewis.

5º — **FRUTA AMARGA**, con Marie Dressler y Wallace Beery.

6º — **EL CUARTO PODER**, con Adolfo Menjou y Mary Brian.

7º — **SED DE ESCANDALO**, con Edward G. Robinson y Marian Marsh.

8º — **LUCES DE LA CIUDAD**, con Charles Chaplin y Virginia Cherrill.

9º — **ALMA LIBRE**, con Norma Shearer, Lionel Barrymore y Clark Gable.

10º — **EL PECADO DE MADELON CLAUDET**, con Helen Hayes y Lewis Stone.



CLARA BOW, la inquieta pelirroja de la pantalla.



JANET GAYNOR, que reaparece en "Marianita" con Charles Farrell.

Sí; esos amores de **BEN LYON** con **MARYLIN MILLER** fueron ciertos, pues durante un tiempo llegó a creerse en la posibilidad de que ya estuvieran casados. Pero luego terció **BEBE DANIELS**, que a la sazón acababa de romper su compromiso con el célebre corredor Charles Paddock, y tras de hacerle dos caídas de ojos a **BEN**, se lo llevó al Registro Civil. En cuanto a **CHARLES CHAPLIN** últimamente se murmuraba que estaba de novio con la actriz Sari Maritza, cosa que, según parece, no es cierto, porque, en cambio, se asegura que el bufo está comprometido con su secretaria Mizzi Muller. Ya ve usted las cosas raras que ocurren en Hollywood. **CHAPLIN**, un hombre que en Europa se permitió el lujo de rechazar invitaciones de grandes personalidades, ahora trabaja de novio de una vulgar dactilógrafa...

a **Augusto.**

HOOT GIBSON nació en Tekamah (EE. UU.), el 21 de julio de 1892. FRED THOMSON en Montreal (Canadá), el 28 de abril de 1888 y murió el 24 de diciembre de 1928. ART ACORD, en Stillwater (EE. UU.), el 19 de febrero de 1890, y murió el 4 de enero de 1931. Del chiquilín **BUZZ BARTON** lo único que puedo decirle es que nació en **Gallatin (EE. UU.)**, hace aproximadamente diez y siete años. Y a juzgar por las preguntas que me hace, parece ser usted **muy aficionado** a las películas de cow-boys, ¿no es cierto?

a **Un vaquero.**

MITZI GREEN trabaja en los estudios de la Paramount **y nació en Nueva York (EE. UU.), el 22 de** octubre de 1920. **JANET GAYNOR** se pronuncia **Yánet Geinor** y **JACKIE COOPER, Yáquie Cúper.** Y para la próxima cámbiese el seudónimo, porque **soy** muy supersticioso...

a **13.**

Esa poesía que usted me envía sería, **a mi** entender, muy buena si no tuviera el defecto de estar dedicada a **GRETA**. En cuyo caso opino que semejantes versos son horribles... **A NORMA SHEARER, MARIE DRESSLER, JOAN CRAWFORD, GRETA GARBO, RAMON NOVARRO, BUSTER KEATON, LIONEL BARRYMORE, STAN LAUREL y OLIVER HARDY: Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.**

a **Harry.**

¿Que si yo me enojo porque me interroguen ustedes? ¡De ninguna manera! ¡Y muy al contrario, pues si no tuviera lectores que me hicieran preguntas, tendría que cerrar la página e ir a engrosar las filas de los desocupados, cosa que, a la verdad, me haría muy poca gracia!... ¿Si **CAROL LOMBARD** es rubia naturalmente? ¡Naturalmente que sí! A **RAMON** y a **GRETA** escríbales a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. A MARLENE DIETRICH**, a **Paramount Publix Studios, Hollywood, California.**

a **La b. durmiente del b.**

JOSE BOHR tiene, en efecto, el proyecto de filmar varias películas más aparte de **Hollywood, ciudad de ensueños,** de la misma manera que yo tengo el proyecto de ser, dentro de poco, millonario, o usted el de ser algún día tan famosa como Greta Garbo. Pero como todo esto no deja de ser un simple grupo de proyectos, lo más fácil es que yo no deje nunca de hacer acrobacias monetarias todos los fines de mes, que usted continúe con las ganas de emular a Greta y que **BOHR**... nos imite a nosotros. Es cierto que **MONA MARIS** es novia del director Clarence Brown, pero no hay compromiso todavía. **IMPERIO ARGENTINA** es soltera, y **La ley del harén** me ha parecido de regular para abajo. Y le digo esto por no decirle que me ha parecido mala...

a **Tutankhamon.**



LIONEL BARRYMORE, que actúa con su hermano John en "Grand Hotel".



WILLIAM FARNUM, que en vano lucha por conquistar nuevos laureles.



MARIAN MARSH, hermosa y atractiva, pero muy poco artista.



JOHN BARRYMORE, que acaba de filmar "Arsenio Lupin" con Lionel.

Eso de que aborrece usted todas las películas que no son norteamericanas, me parece muy mal. Precisamente dentro de poco tiempo se nos vendrá una avalancha de películas muy buenas, que en Estados Unidos mismo han obtenido gran éxito, lo que tal vez le hará cambiar de parecer. Y esto sin contar con que en Inglaterra hay ya construídos varios grandes estudios en los que se filma con gran entusiasmo y con grandes elementos, tanto artísticos como técnicos. Aquí, las porteñas, tienen un concepto muy bueno de **JOAN CRAWFORD. ANNA Q. NILSSON** se halla actualmente en Hollywood, donde posiblemente logre filmar.

a **Una olavarriense.**

Lamento no poder publicar esa foto de **GRETA** para "recreo de la vista de todas sus partidarias" como usted dice, porque me consta que las garbistas **no necesitan una foto de GRETA** para verla. La llevan siempre en la imaginación. Hasta cuando duermen...

a Ranita.

Estudios Ariel, Boedo 51, Capital; **S. A. C. H. A. Manzanera**, Tucumán 1460. A **ANITA PAGE** remítale la siguiente carta, incluyendo veinte centavos oro en estampillas: **Dear Anita: as I am one of your best fans down here in Buenos Aires it should be a pleasure to me to have one of your photos. Why don't you send me one? I hope you will. Yours truly** (firma), y en el sobre coloque esta dirección: **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.**

a **Loca con tornillos.**

Estimada clienta: yo también, en los lejanos días de mis primeros balbuceos cinematográficos era, como usted es hoy, un inocente y tiernecillo cronista que aún creía en la sonrisa de **NANCY CARROLL**, en los ojos claros de **GLORIA SWANSON** y en las piernas color carne de **MARLENE DIETRICH**. ¡Pero el tiempo, que no repara en purezas ni en inocencias, me ha enseñado unas cosas terribles! Y hoy es el día que no creo en nada. ¡Soy un descreído completo! ¡No me convencen los ojos cándidos de **MARY BRIAN**, ni los ademanes humildes de **LILLIAN GISH**,

...ni la sonrisa celestial de **JANET GAYNOR**! ¡Sospecho de la jira a Europa que juntos hicieron **LUPE VELEZ** y **JOHN GILBERT**, de la estrecha amistad que une a **MARLENE** con su melenudo director, de los treinta mil dólares imaginarios que **CONSTANCE BENNETT** gana por semana y de la seriedad de **BUSTER KEATON**! En concreto: soy un descreído. ¡De veras! De ahí, entonces, que pocas veces hable bien de la personalidad de **GRETA GARBO** y de ahí, entonces, que siempre evite hablar de **MARLENE**...

a **Lola Lane.**

★ Las últimas noticias que tengo de **CHARLES FARRELL** y **JANET GAYNOR** son que, luego de filmar juntos **Delicious** (sin nombre en castellano), se han tomado un breve descanso, si así puede llamársele a vivir con sus respectivas mitades. Puede verlos en Marianita. De esas actrices teatrales nada puedo decirle porque no son de mi especialidad.

a **33 ?**

★ De **WILLIAM WALLING** he dicho en otra oportunidad que no poseo datos, que, por otra parte, no interesarían, ya que no actúa más en la pantalla. De **WILLIAM FARNUM** puedo decirle que **nació en Estados Unidos el 4 de julio de 1876. Mide m. 1 74,** ojos celestes y cabello castaño. Su última es **Un yanqui en la corte del rey Arturo,** con **WILL ROGERS.**

a **Dactilógrafa.**

★ **CONRAD NAGEL: Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California. CHARLES FARRELL: Fox Studios, 1401, N. Western Ave., Hollywood, California.** A ambos remítale la siguiente carta: **Dear sir: since the day I saw you in one of your pictures I became one of your most devoted fans. Here you have many fans because you are certainly one of the most known stars. There is something I want to ask you. I am anxious to have one of your lovely photos. Will you be so kind as to send it to me. Thanking you very much in advance I am yours truly** (firma).

a **Lilita.**

★ En nombre de los colaboradores de esta revista y en el mío propio, reciba usted nuestro agradecimiento.

a **Chichi.**

★ ¡Otra hija más! ¡Ahora me explico por qué entre las chicas porteñas tengo tan poca aceptación en materia de amores! ¡Como para quererme con el cargamento de hijas y nietas que me he echado! ¡En fin! ¡Sólo me consuela la idea que no tengo que alimentarlas, porque si no!... **OLGA BACLANOVA** se ha retirado temporalmente del cine, un poco por razones de idioma y otro poco por dedicarse a cuidar a su hijita. Le agradezco el dibujo que me ha enviado y en el que usted se ha pintado muy bonita, mientras que yo parezco un ogro. ¡Ya veo que físicamente las lectoras tienen de mí un concepto horrible!

a **Hijita de King.**

★ Presenté sus versos a un redactor amigo, quien, después de leerlos, se quitó los anteojos, me puso una mano en el hombro, sonrió, y me dijo: "Amigo King. Me satisface saber que, además de lectoras curiosas, tiene también lectoras poetisas. Dígale a la autora de estas cuartetas que no están del todo mal, que hay en ellas buenos pensamientos y mejores intenciones. Pero que carecen de una cosa: la medida. Porque ha de saber usted, estimado prosista cinematográfico, que el metro es en la poesía algo..." Y a continuación me empaquetó una serie de cosas raras sobre la rima, el ripio y la medida. Me nombró a Homero, a Virgilio y acabó por nombrarse él mismo. De todo lo cual lo único que pude sacar en claro fué que sus versos no serán publicados porque les falta metro. Usted sabrá qué es eso. Yo no. En cuanto a su idea de hacer una encuesta entre **MARIA LADRON DE GUEVARA** y **CARMEN LARRABEITI,** no creo que tuviera éxito, por carecer ambas de suficiente popularidad. En efecto, a **ERNESTO VILCHES** lo despidieron de esa gran casa de comercio que se llama Hollywood. Y hasta su próxima.

a **Rubia mendocina.**

★ Esta lectora, al principio de su carta, me dice: "...no necesito ninguna información cinematográfica. Por el momento no tengo ninguna duda que aclarar...", y seis líneas más abajo pregunta: "...dígame, ¿cuántos años le parece que tendrá **REGINAL DENNY?**" ¡Y aquí es donde me convenzo más que nunca de que jamás lograré comprender a mis lectoras! Por eso es que no sé si decirle que **Reginal cumplirá 41 años el próximo 20 de noviembre** o no decirle nada... ¡De veras que no sé qué hacer!

a **Heldita.**

★ Cuando el rostro de los artistas se va viendo cada vez más grande en la pantalla, lo que por regla general se acerca a ellos es el objetivo, aunque suele también ocurrir que el actor viene caminando y acercándose cada vez más a la máquina, lo que provoca esa ampliación tan desmesurada. El importe del producido por las películas extranjeras aquí, queda en Buenos Aires. Todos los modelos de cartitas en inglés que yo reproduzco pueden ser enviadas invariablemente a un actor o a una actriz, con sólo tener en cuenta esto: si es a un actor, en el encabezamiento se pone **Dear Sir,** y si es a una actriz **Dear madame.** A **MARY ASTOR** escríbale a **Radio Pictures Studios, 780 Gower Street, Hollywood, California,** y a **MARYLIN MILLER,** a **Warners-First National Studios, Burbank, California.** En cuanto a eso de la colocación de nombres en castellano a las películas norteamericanas, corre por cuenta y gusto de los gerentes o jefes de publicidad de las sucursales cinematográficas que aquí tenemos. Esos nombres son cambiados por diversos motivos. A veces porque la traducción de los títulos da como resultado una frase que en EE. UU. significa mucho, pero que aquí no da idea de nada; otras veces porque son demasiado largos; otras porque son de un mal gusto a toda prueba y casi siempre porque no se adaptan al ambiente nuestro. Para mayor claridad le citaré el caso de **Alta Traición,** cuyo título en inglés era **The patriot** (El patriota). El film llegó aquí y se le llamó **Alta Traición,** como hubiera podido llamársele **El zar loco El déspota, Fidelidad patricia** u otro nombre cualquiera que estuviera de acuerdo con el desarrollo de la película, ya que para eso las autoridades de las diversas compañías tienen autorización de llamarlas como lo crean más conveniente.

a **Domingo Cutri.**

★ **RONALD COLMAN es inglés, de Richmond, donde nació el 9 de febrero de 1891. Mide m. 1.75, ojos castaños y cabello obscuro.** No está divorciado de Thelma Raye, sino simplemente separado desde hace varios años. En resumen: dos personas que estuvieron de acuerdo en ponerse de desacuerdo sin que nadie se mezclara en lo acordado...

a **E. Lolunto.**

★ A **GRETA GARBO** escríbale a **Metro Goldwyn Mayer Studios, Culver City, California.** Y déle saludos de mi parte.

a **Aquiles Perz.**

★ Sí; **RAMON NOVARRO** es católico, y en tiempos ya bastante lejanos quiso hacerse monje, pero más tarde él mismo se encargó de quitarse esa idea de la cabeza. Tengo entendido que le agradan mucho las mujeres inteligentes aunque sean feas, a pesar de lo cual le aconsejo que no dé crédito a esos supuestos amores suyos con **GRETA GARBO. A MARY PICKFORD** no creo que volvamos a verla en la pantalla, y es muy posible, en cambio, que nos venga a visitar en compañía de **DOUGLAS FAIRBANKS,** su esposo. **POLA NEGRI** ha vuelto a las parrantes dispuesta a luchar por reconquistar sus glorias pasadas, mientras que **MARY PHILBIN** parece haberse retirado. ¿Que **MAURICIO CHEVALIER** se ha comprometido con **JEANNETTE MAC DONALD?** Sí. Se ha comprometido a hacer otra parlante con ella. Pero nada más...

a **Salomé.**

★ A **JOAN CRAWFORD** remítale el siguiente modelo de carta: **Dear madame; would you be so kind as to send me one of your photos? I am one admirer of yours and should like very much to have one. Thanking you for your kindness. I remain yours truly** (firma). E incluya veinte centavos oro en estampillas.

a **Loca por Joan.**

La RECOMPENSA

Un cuento dramático de JUAN M. PRIETO

APARTADA del corral de álamos que rodeaba las casas, en un rancho de quincho y paja brava, como a un animal pestoso, los últimos patrones de Ombú Seco tenían a Salustiana, la vieja sirvienta que por disposición del difunto dueño no podían arrojar al campo sin entregarle parte de la herencia. Aquel capítulo del testamento era claro; decía así: "Dispongo que mi hija Mari Carmen y mi hijo político, su esposo, Julián Barrancosa, cuiden y mantengan a su lado, como a un miembro de la familia, sin hacerle faltar nada, ni obligarla a nada, a Salustiana Cuevas, criada en Ombú Seco, y que durante cincuenta años trabajó a nuestro servicio sin recibir otra paga que algunas chucherías y la confianza y el cariño grande que le dispensábamos. De no estar conformes con lo antedicho, deberán entregar a la nombrada un tercio de mi fortuna..."

Así cumplían ellos la voluntad del muerto.

La vieja Salustiana no podía acercarse a las casas ni para pedir un auxilio; Julián Barrancosa se lo tenía prohibido, y Mari Carmen, según su propia expresión, sentía asco de aquella vieja sucia que se pasaba los días acariciando a los perros.

Le mandaban la comida, es decir, las sobras de la cocina, por un peón que las más de las veces se la tiraba junto a la puerta.

—¡Eh, vieja! Aquí tiene.

Salustiana se agachaba para tomar el plato del suelo, y el peón, sonriendo, decía:

—¡Pucha que le da trabajo agacharse! ¡No sé pa qué Dios deja vivir a los viejos! Debían morirse todos; con eso no se perdería nada y habría un alivio más.

Los ojos hundidos y lacrimosos de la vieja se iban hasta la cara del mozo con indignación; después, iban apaciguándose hasta mostrarse resignados, y Salustiana, con el plato que le temblaba entre las manos y el alma entre los labios, respondía:

—Ansí es; cuando yo era moza...

—Ya empieza a macanear, vieja; me voy, que l'aproveche; áhi tiene los perros...

Se iba el peón, la vieja entraba al rancho seguida de los perros, sentábase en un cajón, ponía el plato sobre las rodillas y comía, comía la sopa si era puchero; si era asado, debía conformarse con chuparlo y tirar la pulpa, si antes no se la arrebataba un cuzquito lanudo que, apoyando las patas delanteras en el muslo de Salustiana, se alzaba hasta lamerle el plato.

Muchas veces su comida diaria se reducía a la galleta ensopada en el mate cocido que le traían por la mañana.

Pasábase el día mirando hacia las casas, buscando con la vista a los hijos de Mari Carmen, que solían aproximarse a ella sólo para apedrearla con terrones y gritarle:

—¡Vieja bruja! ¡Vieja bruja! ¡Vieja bruja!

A pesar de esto, Salustiana extendía su diestra, los llamaba con la mano y sonreía; quería atraerlos junto a ella con esa sonrisa de vieja que hendía su rostro como un tajo sobre la carne charqueada, donde apenas se veía el rojo negruzco de las encías.



No los llamaba de palabra por temor a Mari Carmen. Si ella la oía, iba a resultar chico el campo para contener tantos gritos. Ya habíanla amenazado con darle una paliza y sacarla de allí si miraba mucho a los chicos.

En esa ocasión Mari Carmen había dicho:

—Esta vieja bruja es capaz de ojearme las criaturas; pero ay d'ella como se m'enfermen. ¡Es mejor que l'agarre una rueda de carreta!

Y Julián:

—Mirá, vieja 'el diablo, tené cuidao en lo que hacés; si no, vas a probar la lonja del chicote y vas a dir a la calle.

Claro que esto de echarla no lo harían nunca, pero Salustiana ignoraba e ignoraría siempre el porqué. Sabía que por voluntad del muerto la tenían a ella, mas no sabía a qué precio; así, ante las amenazas, bajaba la cabeza humillada y agradecida de que la mantuvieran en tanto venía la muerte a buscarla.

Sentada como de costumbre, a la puerta del rancho, teniendo entre las rodillas la cabeza de aquel cuzco lanudo que le robaba la comida del plato, Salustiana miraba hacia las casas, casi sin ver otra cosa que bultos; personas y caballos, autos y coches.

Su mano temblona pasaba acariciando la cabeza del perro como si la modelara.

En la estancia estaban de fiesta, había venido el cura y bautizado al último de los Barrancosa; las risas y los gritos de los invitados demostraban que los festejos habían entrado en su punto álgido.

Ese día no fueron las sobras de la cocina las que le dieron (¡había que hacerse ver!), y le mandaron dando gritos al peón, para que todo el mundo se enterara, con un pedazo de corderito al asador, un plato de arroz con leche y unas empanadas que no llegaron a ella porque el encargado de llevárselas se las comió, diciéndose:

—Pa los dientes que tiene la vieja, con el olor le sobra...

Sintió que el perro quería escapársele de entre las rodillas, y la anciana murmuró con pena:

—¿Tamién vos?... ¿Tamién vos querés dirte a la fiesta? ¿Me dejás sola?... Vení, pichicho, vení; no seás como los hombres; vení...

Siguió con la mirada al cuzco, quiso llamarlo con silbidos; pero los silbidos eran menos que soplos en su boca.

Y se quedó sola, sola a cien pasos de una multitud de hombres y mujeres, como una sombra más a la sombra del rancho, pensando tal vez que están menos solos los muertos.

Un rato, y la alegría de unos gritos infantiles la sacaron de ese estado; allí cerca, jugando con el perrillo, estaba el segundo de los

El drama de la ingratitud es este cuento de honda emoción, cuya protagonista es una de esas pobres viejas que han consumido su vida al servicio de un hogar ajeno, y que ya en el ocaso de la existencia, ven con dolorosa amargura que los seres por quienes tanto padecieron son los que más hostiles se muestran con ellas.

hijos de Mari Carmen, un varoncito como de seis años, vestido con un trajecito nuevo, a la marinera.

Al verlo, Salustiana comenzó a temblar fuertemente; la emoción agitábala al extremo de que temía caer si trataba de incorporarse; jamás había tenido tan cerca a un hijo de Mari Carmen.

Quiso llamarlo, pero no pudo; la palabra se desvaneció en su boca como en la de un enamorado. Tendió los brazos hacia él, y el niño, inconscientemente, huyendo del perro, se refugió en ellos. Y todas las frases que no querían salir de los labios de la vieja se condensaron en esta palabra de ternura:

—¡Hijito!...

El purrete recién entonces abrió bien los ojos, y, asustado, miró a Salustiana; en seguida trató de escapar de entre aquella osamenta revestida de piel que, al estrecharlo con tanta fuerza, le pareció a él que iba a matarlo.

—¡Perdón, vieja!... ¡Vieja bruja, perdón! ¡No me coma, no!

Salustiana lo besaba, llenándolo todo de saliva y de lágrimas.

—No, m'hijito, no; yo soy tu máma, tu máma grande.

Los gritos del niño atrajeron la mirada de algunos convidados curiosos y la presencia de Mari Carmen.

—¡Ah! ¡La vieja asquerosa!...

Corrió para arrebatarle el niño, seguida de Julián; éste descolgó un largo arreador de la rama de un árbol.

Algún invitado le cortó el paso.

—No; ¿qué v'hacer?

—Nada... Tiene razón... Pero esta vieja me v'a matar un hijo... ¡Es la recompensa!

Salustiana dejó que el chiquilín escapara de entre sus brazos. Sin moverse del cajón que le servía de asiento, sonreía feliz; ahora a ella también le había tocado algo de la fiesta, el corazón le bailoteaba de alegría, lo sentía dentro del pecho agrandarse hasta asfixiarla. Mari Carmen, frente a ella, con el hijo tomado del brazo, mirándole la cara, la cubría de insultos.

—¡Vea cómo le ha babeao la cara al chico,



—¡Vea cómo le ha babeao la cara al chico, vieja sinvergüenza! ¡Vea cómo lo ha puesto, vieja idiota!

vieja sinvergüenza! ¡Vea cómo lo ha puesto, vieja idiota! ¡Si da asco de tocarlo!... Después que está besando los perros todo el día, me lo besa a m'hijito. ¡Ah, asquerosa!...

Mari Carmen se mostraba más indignada que nunca. Se dijera que todo el odio que le inspiraba la infeliz anciana estallaba en esos momentos, en que sus ojos echaban rayos de rabia. Nunca había sentido por la vieja una chispa de afecto, y, por el contrario, ella era la que atizaba la antipatía que sentía su marido por la desgraciada. Las palabras más duras salían de sus labios y caían como golpes sobre aquel guiñapo humano, que la miraba con profunda angustia, nublados los ojos por la amargura de las lágrimas.

Mari Carmen levantó la mano sobre la cabeza de Salustiana.

—¡No me pegués! ¡No, no!

Pero Barrancosa, que sólo a duras penas podía contener la rabia, incitó a su mujer.

—¡Pegále! Te ha perdido el respeto, hasta te tutea; ¿qué es eso?

Entretanto, la mano de Mari Carmen bajó sobre Salustiana; los brazos de la vieja pararon el golpe sobre la frente.

—¡No me pegués!... Soy tu... ma...

No pudo terminar la palabra, pues como herida por un rayo rodó al suelo. Había sufrido tanto, que no pudo resistir ese terrible vejamen de verse golpeada por esa mujer que no era una desconocida para ella. ¡No! ¡Qué había de serlo! La muerte le había como tapado la boca con la mano para que no hiciera la terrible revelación, el gran secreto de su vida... ¡Mejor así, que se llevara a la tumba lo que nunca había querido revelar a nadie!

Asustados, los presentes llamaron a un convidado que era el médico del pueblo.

Éste diagnosticó.

—Está muerta; un síncope. — Y para que lo entendieran los que lo circundaban, añadió:

—Un ataque al corazón. La mejor muerte a que se puede aspirar cuando se es viejo; lástima que ahora...

Barrancosa comprendió.

—¡Ah!... No es nada, doctor... Por una... ¡No faltaba más! Si no la hubiéramos visto morir, hubiéramos continuao la fiesta, ¿no es así? Pues entonces, como si no hubiera pasao nada, olvidemos este mal rato; a lo menos, hasta que anochezca van'acompañarnos.

Quedó la vieja sola estirada en el catre; ni los perros quedaron cerca de ella porque los peones los espantaron para que no aullaran.

Por la noche Mari Carmen mandó un peón para que le encendiera una vela; pero el viento que entraba por las rendijas del quincho se la apagó, y el mozo huyó asustado; nadie se atrevió a acercarse de nuevo hasta el día siguiente.

EL MISTERIO DE...
(Continuación de la pág. 5)

se en el cuarto de Daisy e imprimirle sobre el cuello esa marca?

Darío puso un dedo sobre sus labios y miró a su alrededor antes de responder. Por primera vez, su voz no fué la del hombre escéptico y descuidado, y pareció velarse por un temor inconfeso.

— Jorge, yo "quisiera" poder sospechar de Marka...

— ¿Qué dices?

— "Quisiera", pero no puedo. Anoche el cuarto de Daisy estaba cerrado con tres vueltas de llave y con cadena, y las ventanas están a siete metros del suelo. ¿Me comprendes ahora, Jorge? Ninguna criatura humana puede entrar en aquel cuarto.

Redi bajó la mirada y evitó la de su amigo.

— Jorge, te conjuro, habla. Tú sabes; lo siento. Y si no sabes, adivinas. Dime lo que piensas, dime qué significa esta historia. O deja que nos marchemos: nuestros nervios no nos sostienen más...

El arqueólogo hizo un gesto evasivo.

— No puedo decirte nada, Darío. No creerías, ni comprenderías. Lo que pienso, lo que sospecho, está fuera del alcance de la comprensión humana. Se necesita haber vivido como yo, año por año, en el umbral del misterio, haber caminado hasta las puertas cerradas de lo Desconocido y de la Muerte, haber tratado de entrever en un suspiro todo aquello que está prohibido para comenzar a comprender...

— Explícame.

— No puedo, ya te lo he dicho. Quizá si conservas algún recuerdo clásico de nuestra lejana juventud, recordarás una frase de Platón: "Los hombres están prisioneros en el fondo de una gruta obscura, y ven pasar ante ellos, sobre los muros, sombras, los recuerdos de la verdad eterna." Nosotros no sabemos nada, Darío: ésta es la única verdad de la que podemos estar seguros.

La puerta se abrió violentamente. Daisy entró vibrante, nerviosa, excitada. Marka la seguía, tranquila, impasible, con la mirada ausente.

— Jorge, vengo a preguntarle lo que tengo derecho a saber, como huésped y como amiga. Lo que ha sucedido anoche — la joven se llevó la mano al cuello — no puede terminar así... Tengo miedo, ¿me comprende, Jorge? Tengo miedo, miedo de algo peor. Alguien me odia aquí, y ese alguien...

La joven se interrumpió bruscamente. Entonces, con un esfuerzo, Darío habló:

— Seamos prácticos, Jorge. Aquí suceden cosas anormales, y tú eres ciertamente el primero en desear que sean esclarecidas. Hagamos una pesquisa. Telefoneemos a la policía.

Entonces la voz metálica de Marka sonó fría e irónica.

— La policía de los hombres de Occidente no descubrirá nunca el secreto del signo del Toth.

Dos días transcurrieron. Cediendo al ruego de Jorge, Darío y Daisy habían resuelto quedarse en la villa. Pero la sombra de una continua e inexplicable preocupación pesaba sobre todos; ponía nerviosa a la joven actriz, exasperaba a su esposo, perturbado en el tranquilo gozo de los honestos placeres en los cuales se deslizaba su vida, ahondaba la arruga cada vez más profunda sobre la frente de Jorge, absorto en un pensamiento fijo y alucinante que la modestia mental de sus huéspedes no le permitía explicar.

Aquella noche estaban los tres nuevamente reunidos en el salón del piso bajo que daba al jardín rodeado de densas sombras: el café humeaba en las tazas. Y la conversación languidecía; parecía que cada uno acechaba, en torno de sí, el zurrido de una presencia desconocido.

— ¿Qué hace Marka? — preguntó Darío.

— ¿Te interesa esa pequeña mona? — dijo Daisy iracunda.

— La vi bajar al jardín — dijo Redi. — También ella está más inquieta que de costumbre: parece una gatita que siente el huracán. La he interrogado, me ha respondido con monosílabos y los labios apretados. Quizá tengan ustedes razón... Será mejor irse a una playa, a una gran posada, para terminar mis vacaciones de una manera más a la... ¡Oh! ¡Oh!

Jorge Redi se interrumpió bruscamente y miraba una consola, en el ángulo del salón. Se levantó, se aproximó al mueble y lo examinó de cerca.

— ¿Qué sucede ahora? — preguntó Saffi, perezosamente.

Jorge había abierto el arca.

— Sucede..., sucede que alguien ha estado en este cuarto y ha abierto esta arca, de la cual sólo yo tenía las llaves. Hay allí dentro una colección de piedras trabajadas y de amuletos que encontré en las tumbas del antiguo reino de Lidia.

Rápidamente, confiando en su memoria, Jorge hacía el inventario de los objetos. Se enderezó y miró a sus amigos, asombrado.

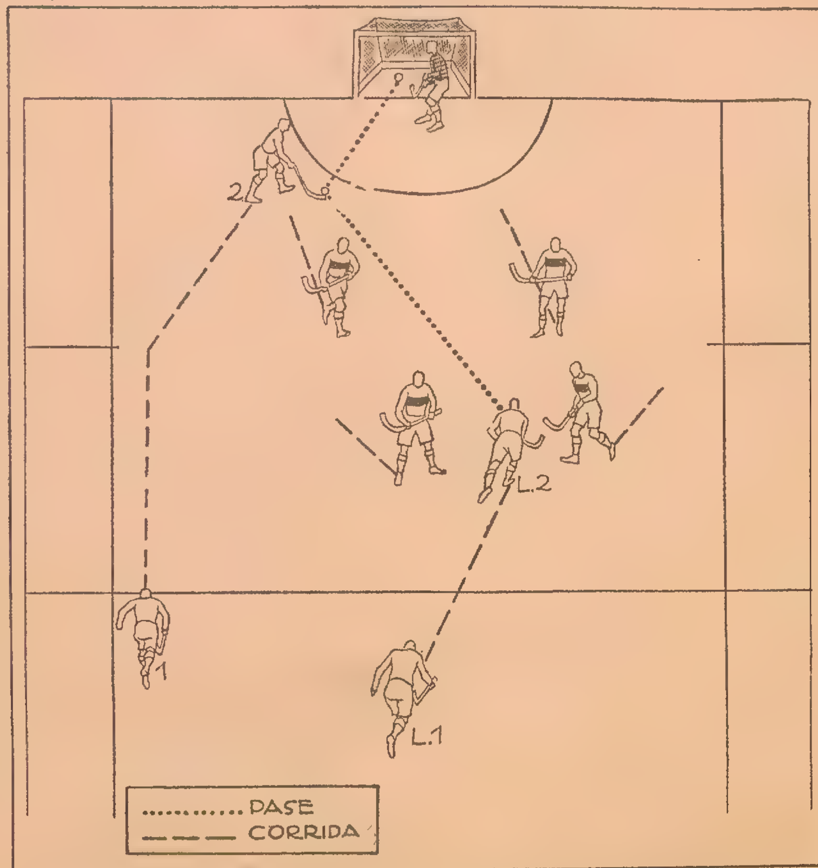
— Es extraño. Falta un anillo. ¡Oh! Nada muy importante, por lo que puedo conjeturar. Un anillo extraño, sí. Una especie de cornalina transparente que hallé bajo un arco sepulcral: alrededor de las incripciones tenía unos garabatos arcaicos que no he podido hasta ahora descifrar, pero que descifraré.

Jorge Redi cruzó los brazos sobre el pecho.

— No les he dicho nunca la entera verdad, amigos míos. Quizá es tiempo de que lo sepan y que traten de comprenderla. Esta podrá tranquilizarlos, porque sabrán que si en esta casa hay alguien que puede temer algo, soy únicamente yo... Desde el día en que mis indagaciones en el Turkestan me llevaron sobre la pista de las necrópolis donde duermen desde miles de años atrás los reyes de las últimas dinastías de Lidia, he tenido allí la sensación precisa de ser espiado, seguido, circundado por una red invisible de misterio y de insidia. Allí viven todavía, alejados de todo contacto con el mundo civilizado, separados por una barrera de montes insalvables, prisioneros voluntarios de un pasado fabuloso, los descendientes de un pueblo que fué el depositario de los "secretos de los hombres"... Así se llaman, en el Turkestan, las revelaciones que precedieron en un centenar de siglos a la ciencia moderna, los misterios de lo sobrenatural, de los cuales tal vez sonríe nuestra escéptica inexperiencia; pero son, probablemente, más llenos de verdad eterna que todo cuanto nosotros sabemos o creemos saber. ¿Qué pensarías, Darío, si te dijera que creo poder demostrar que los caldeos y los asirios, estos gigantescos bárbaros de la historia bíblica, conocían la virtud del radio?

Darío hizo un gesto de estupor incrédulo. Daisy escuchaba con ojos sorprendidos.

— Y bien — continó Jorge, — tengo hace tiempo, repito, la certeza de ser perseguido, espiado, amenazado... En Adalia, cuando iba a embarcarme, un santón del Daghestan se me aproximó, me rozó entre el gentío y me susurró: "Hombre, hay cosas que el Asia no se deja arrancar por Europa. ¡Tenga mucho cuidado! Y no escarnezca el signo del Toth." Cuando me di vuelta para preguntarle qué era lo que quería decir, el hombre había desaparecido entre la multitud. Y aún no había llegado a Londres, cuando sobre mi escritorio, sobre el escritorio de mi cuarto cerrado con llave hacía tres años, había un dibujo trazado en el polvo con un dedo,



MI JUGADA FAVORITA

Por WILLIAN CHARLES LEECH

El hockey es uno de los deportes que es practicado entre nosotros por elementos de ambos sexos. Hay dos entidades que lo dirigen, una para varones y otra para mujeres, y sus campeonatos adquieren a cada temporada que transcurre mayor interés, por cuanto en la actualidad ya no son solamente los miembros de la colectividad británica quienes lo juegan, sino que también el elemento criollo se ha interesado por este deporte, que es en verdad uno de los que ofrecen como espectáculo, momentos de intensa emoción y escenas agradables y de interés.

Es un juego vivaz, de acciones muy rápidas, tanto que los partidos son controlados por dos jueces, y en su estructura tiene mucha analogía con el football, puesto que el terreno y la cantidad de jugadores en cada equipo son los mismos. Difiere en la pelota que es de madera y debe ser impulsada merced a un fuerte golpe que se le aplica con un palo semejante a un cayado, y combinando los jugadores, tratan de conquistar el tanto, por lo cual es preciso hacer pasar la pelota por entre los postes de una valla menor que la que se usa en football, pero con idénticas características.

Uno de los jugadores que más se ha destacado por sus condiciones y conocimientos del juego, es el joven británico Willian Charles Leech, quien desde 1922 se halla radicado entre nosotros y milita en las filas del Buenos Aires Hockey Club. Jugador internacional en diversas ocasiones, le correspondió capitanear en 1929 y 1931 el equipo de extranjeros, en el clásico match que anualmente se realiza con los argentinos. También integró el cuadro que en 1929 se midió con los chilenos. Como centro halfback está considerado como el mejor y más científico que en la actualidad existe para desempeñar dicho puesto.

Recientemente inaugurada la temporada, hemos creído oportuno entrevistar al mencionado jugador y solicitarle un relato de la jugada que más le agrada efectuar durante la realización de un partido.

El nombrado sportsman, accediendo a nuestro pedido, ha escrito lo siguiente:

"Mi posición en el equipo es el centro de la línea media, y para desempeñarse con eficacia en ese puesto, es preciso actividad constante y atención perenne sobre todos los movimientos de los delanteros rivales. Se comprenderá entonces, que es difícil tener una jugada favorita, pues tal posición, que viene a ser el eje del conjunto, exige defender como los backs y atacar como los forwards, y para ello es preciso aprovechar cuanta oportunidad se presente, a fin de cumplir con éxito esa doble misión que, por otra parte, no deja tiempo por la acción vivaz del juego, para realizar las jugadas que uno desearía ejecutar. Sin embargo, dentro de los recursos de un centro halfback, siempre hay tácticas que dan buenos resultados, y en muchas ocasiones he usado con éxito una jugada que por lo mismo podría ser mi predilecta.

"Cuando me encuentro en medio del field y recibo la pelota, trato de llevarla mediante un dribbling hacia adelante y en dirección al costado derecho del campo. Al avanzar varios metros en esta forma, atraigo la atención de los rivales hacia dicho costado. Entonces aplico a la pelota un fuerte shot en dirección al corner opuesto de la cancha, en donde deberá tomarla el delantero izquierdo, que compenetrado de las intenciones de mi jugada, entrará en poder de la pelota, y el avance así llevado, le ofrecerá muchas probabilidades para poder conquistar el ansiado tanto.

"Esta es la jugada que siempre me ha reportado ventaja, especialmente cuando mi citado compañero ha sabido interpretar la intención de la acción por mí realizada."

el triángulo con el círculo que encontró sobre su cuello Daisy, y que por fortuna ha desaparecido...

Redi calló. Nadie hablaba en el salón, y Darío sentía correr por las venas un pequeño escalofrío. Volvió la mirada hacia la ventana y se estremeció. A través de las cortinas, Darío veía algo. Extendió la mano hacia el conmutador y se extinguió la luz en el salón. Entonces en la abertura de la tela emblanquecida por la luz de la luna que surgía, comenzaron a discernirse, en el jardín, dos formas humanas.

En pie, junto al espaldar de rosas amarillas, Marka hablaba animadamente con un hombre. Su pequeño cuerpo nervioso se entallaba en la túnica y dibujaba el perfil de estatua. El rostro del hombre no se percibía. Era alto, hercúleo, solemne; llevaba sobre las espaldas algo que caía detrás en pesados pliegues.

Darío tocó la mano de Jorge y susurró:

—Pero ¿no ves, Jorge? Es un vendedor de alfombras turcas. Se ve que tu protegida tiene grandes relaciones...

Jorge tuvo un leve sobresalto y miró a su amigo.

—Alfombras turcas, ¿has dicho? ¿Sabes lo que puede significar un vendedor de alfombras turcas en mi casa?

Darío se encogió de hombros. Empezaba a sentirse cansado de la gravedad misteriosa de Jorge, de sus silencios, de sus preocupaciones. Toda su naturaleza sencilla, tosca, alegre, de hombre habituado a conocer y a amar únicamente las realidades plásticas de la vida, se rebelaba contra la atmósfera de la casa, y de todas las cosas buscaba la justificación y la explicación más vulgares y acomodaticias.

—Escúchame, Jorge. Aquella mujer está por jugarte una mala partida. ¿Qué siginifican estos coloquios misteriosos con un desconocido? Y si te desvalijaran la casa?

Jorge hízole señas de callar. De súbito la muchacha se había arrodillado y besaba la mano del vendedor de alfombras. Un momento después, el hombre había desaparecido, sumergido en la sombra, como un fantasma.

—¡Escúchame, Jorge! — volvió a decir Darío, decidido. — Antes que sea demasiado tarde, echa de esta casa a esa muchacha.

Una voz, la fría voz metálica de Marka, parada en la puerta, resonó:

—No hay necesidad, hombre. Me voy.

Jorge Redi se había levantado y fué al encuentro de la mujer.

—¡Marka!

—Detente, señor. Es la tercera hora de la luna. A esta hora — ¿recuerdas? — las muchachas van a regar los rosales sobre la calle de Mackar Dazj, en memoria de los grandes reyes muertos. Ya es tiempo de que te hable, señor. Así la mujer blanca no tendrá más miedo...

Instintivamente, Daisy había retrocedido. Los ojos de Marka parecían mirarla con inmensa compasión; en cambio, al posarlos luego en Darío, se llenaban de desilusión y de tristeza. La mujer se volvió al arqueólogo.

—¿Recuerdas lo que encontraste allí, entre las viejas piedras? Tú has buscado en todas las tumbas, has abierto los sarcófagos seculares donde reposan los reyes que tuvieron en su puño el mundo y que conocieron todos los secretos de los hombres. Tú, hombre blanco, has profanado el inmenso pasado de mi gente. Pero nosotros te hubiéramos dejado buscar y tomar todo..., hasta..., hasta que...

Marka lanzó una carcajada estridente. Redi se colocó ante ella.

—¿Hasta que...?

—¿Sabes, señor, qué cosa has encontrado tú? ¿Sabes qué cosa tuviste en tus pobres manos de sabio presuntuoso? ¿Lo sabes? ¿Sabes qué cosa era, qué cosa es el anillo que yo he sacado de aquella consola, y que ahora, a salvo, en manos de aquel que ha sido enviado, está de regreso a la tumba de Lidia, de donde lo has recogido?

Anonadado, turbado, Jorge Redi callaba.

—Te lo diré yo... Hubo un día en Lidia un rey más grande que cualquier rey de la tierra, el bueno y sabio rey Gige. Poseía el anillo que hace invisible y que permite pasar por cualquier parte y hacer cualquier gesto sin ser visto. Aquel anillo tú lo encontraste, pero no has sabido ni podrás saber qué era y para qué servía. Entonces aquellos que custodian los "secretos de los hombres" me pusieron sobre tu camino para que te siguiera y te lo quitara. ¿Has entendido ahora, señor?

Ninguno de los tres osó interrumpir a la joven. Del jardín venía el débil eco de los grillos, en la noche de luna.

—¿Has entendido? Pero yo sé servirme del anillo de Gige, yo, última descendiente de los sacerdotes que se transmitieron de generación en generación las palabras que acuerdan el poder alucionante. Y yo he cedido a la tentación...

La sombra de una inmensa amargura velaba el rostro de la muchacha.

—He sido una pobre mujer, señor. He creído..., sí, he creído amar a este hombre que llegó a tu casa, he odiado a muerte, como sabemos odiar nosotras, mujeres de Oriente, esta pequeña y necia vanidosa que lo domina y lo manda. Fuí yo quien le imprimió sobre su garganta el signo del Toth, fuí yo la que trajo el miedo a esta casa, fuí yo...

Marka se interrumpió. Ahora la luz de la luna investía de pleno su persona sútil y parecía una estatua sobre un pedestal de sombra. Retrocedió hasta la puerta y extendió el brazo desnudo hacia Daisy.

—Pequeña señora, esta noche tu debías morir. Pero el mensajero de mi gente ha venido. Yo he olvidado y tú estás salvada. No traten de seguirme. No me pregunten nada. Marka desaparecerá porque el reclamo de su raza es más fuerte y porque un día, quizá, el reino de Lidia volverá a dominar el Oriente, ahora que hemos restituído el anillo milagroso de nuestros reyes. Adiós.

Antes de que Redi pudiera detenerla, Marka levantó la cortina. Salió. Se oyó su paso ligero sobre los cascajos del camino, luego nada más. Sonaron las once en todas las campanas de Kent.

Darío levantó los brazos en alto, con un gesto de alivio. Daisy se estrechó a él, reconciliada, aturdida. Sólo Jorge, con la cabeza entre las manos, pensaba.

De improviso, en el fondo del cuarto, un brusco estallido los hizo sobresaltar, ponerse de pie, con el corazón en la garganta. Volviérorse. Sobre el gran pedestal de encina, la estatua del dios Toth había oscilado y se había caído bruscamente al suelo, como empujada por una mano invisible y rota en mil pedazos. Sólo los ojos — los ojos de amatista — continaban brillando, con una especie de fosforescencia maligna...

FIN.

CUENTO PARA LOS NIÑOS

El NIÑO que QUISO ser HOMBRE

Por H. S. MUÑOZ

DESPUÉS de una reprimenda de su mamá, Tobocito salió a la puerta de calle y, sentándose en el umbral, rompió a llorar desconsoladamente.

Pasó una vecina del pueblo y, deteniéndose a su lado, le preguntó:

—¿Por qué lloras, Tobocito?

—Lloro porque mi mamá me reprendió —fué la respuesta.

—Si te ha reprendido tu mamá, habrá tenido sus motivos para ello — y siguió su camino.

Tobocito no cesó de llorar. Su llanto, desconsolado, hizo que se detuviera otro vecino que pasaba por allí.

—¿Qué te pasa, Tobocito? ¿Te duele algo?

—No.

—Entonces...

—Es que mi mamá me reprendió.

—¡Bah! ¿Por eso lloras? Eres un mentecato — y siguió también su camino.

Las palabras despectivas del vecino le desesperaron más. Y siguió llorando, más ruidosamente todavía. Tenía tan velados los ojos por las lágrimas que no vió que alguien se detenía a su lado. Era un hada, de cabellos tan rubios como el oro, ojos como soles y toda cubierta por unas gasas sutilísimas.

—Tobocito, ¿por qué lloras así?

Era tal dulce y tan desconocida la voz, que Tobocito se restregó rápidamente los ojos y miró como encantado a la preciosa aparición.

—Y, ¿quién eres tú que me lo preguntas?

—Soy el hada que todo lo puede. Dime la causa de tu llanto, que yo trataré de remediar tu situación, devolviéndote la alegría.

—¿De veras? — exclamó Tobocito, incrédulo.

—No lo pongas en duda.

—Pues entonces, hada divina, te diré por qué lloro. Mi mamá acaba de reprenderme porque en la escuela obtengo siempre malas clasificaciones.

—Y, ¿por qué obtienes malas clasi-

(Continúa en la página 49)





"Este es el fruto del roble: la bellota, que lleva en si todos los elementos para la formación del nuevo ejemplar."



"Se toma una maceta y se llena de tierra negra y bien mullida. Previamente se coloca un cascotito en el agujero que está en el fondo."



"Luego se efectúa el hoyito, que no debe ser mayor de dos veces y media el largo de la semilla que se ha de introducir en la tierra."



"Una vez listo el hoyo, se coloca la semilla, que es cubierta con la tierra. La operación termina con el apisonamiento de la tierra que está en la maceta."

Cada Niño Argentino Debe Plantar un Roble



"No todas las semillas están en condiciones de germinar. Por eso ha de elegirse bien la bellota, sin que ofrezca ninguna deficiencia. Sólo así se logrará éxito."

En los últimos diez años la República Argentina importó madera de roble por valor de 50 millones de pesos. Eso no está bien en un país con tierras tan aptas para los productos forestales. Debemos reconquistar toda la platita que se nos ha ido afuera. El Ministerio de Agricultura dice que eso es muy fácil: si cada niño en edad escolar planta una bellota de roble por año, nada más que una bellota, nuestro país podrá recuperar los 50 millones gastados. Hasta llegaríamos a exportar roble. El ministerio está difundiendo esta enseñanza en las escuelas. He aquí al ingeniero Arnoldo M. Lutscher realizando una demostración práctica en la escuela Antonio Devoto, de la capital.



Aprovechemos la lección del profesor y pongamos en práctica lo que acaba de enseñarnos. Quiero comprobar cómo nace todo un árbol de una semilla tan chiquita...

EL FENOMENO *de la*

HE AQUI *el* RESULTADO *de la* DIFERENCIA *que* EXISTE

¡EL LADO DERECHO NO ES

La Naturaleza no es tan sabia ni tan perfecta como se pretende. De otra manera no existirían tantos seres deformes y contrahechos. Ni aun en la especie humana que, a juicio de sí misma, concentra la suma de perfecciones, puede contarse con tal virtud en absoluto. Ni todas las mujeres son por igual dechados de gracia y belleza, ni todos los hombres lo son de varonil gallardía. Abundan, en uno y otro sexo, los seres que no tienen mucho que agradecer a la madre Naturaleza, si se les compara con aquellos ejemplares selectos que son el tipo modelo de la especie.

Pero hay otro aspecto físico menos explorado hasta ahora que, sin embargo, denuncia visiblemente tal circunstancia. Es la falta real de simetría en algunas partes del cuerpo humano que ofrecen todas las apariencias de lo contrario. No es fácil, por ejemplo, percibir a simple vista, que el rostro humano es perfectamente asimétrico en los dos sectores laterales.

No cuenta ya como un mal pensamiento, aquello de atribuir "dos caras" a los individuos afectados de ciertas fallas morales. Está comprobado que "dos caras", malas o buenas o mixtas, las tenemos todos sin excepción, o por lo menos, que el lado derecho de la cara es, por lo general, bastante distinto del izquierdo.

De la evidencia de este curioso e interesante fenómeno dará una idea la serie de fotografías que se publican en esta página, y que pertenecen a personas bien conocidas. La fotografía natural de cada uno, va acompañada de las dos formadas por la unión invertida de las de cada mitad del rostro.

Seguramente muchos de nuestros lectores se resistirían a aceptar la realidad de esta curiosidad facial, de no verla comprobada con el incuestionable e infalible argumento fotográfico que ilustra estas líneas.

Desde luego que, admitiendo que en la expresión del rostro se reflejan las condiciones del espíritu, la comprobación del fenómeno que ofrece la asimetría del rostro, llevaría a muy curiosas observaciones sobre la doble psicología de las personas; pero no es nuestro propósito presentar el caso bajo una faz científica puramente empírica, sino simplemente dejar su aspecto pintoresco librado a la amena conjetura del curioso lector.



GENERAL AGUSTIN P. JUSTO



LADO DERECHO



LADO IZQUIERDO

Ni el fenómeno de la asimetría facial falla en la persona de nuestro presidente, el general Agustín P. Justo. Si bien es de los casos en que, por curiosa coincidencia, se descubre mayor "concordancia" entre las facciones laterales de su rostro. Puede fácilmente advertirse la circunstancia elocuente y sintomática de que la fotografía formada por la repetición adaptada del lado derecho, nos da la impresión amable y pacífica del ingeniero civil que vive en la ilustre personalidad del primer magistrado; mientras que la foto formada por la adaptación del lado izquierdo, donde se aloja el templado corazón, no obstante conservar la sonrisa típica del flamante hombre público, confirma la agudeza y la robustez de su temple militar.



CARMEN LAMAS



LADO DERECHO



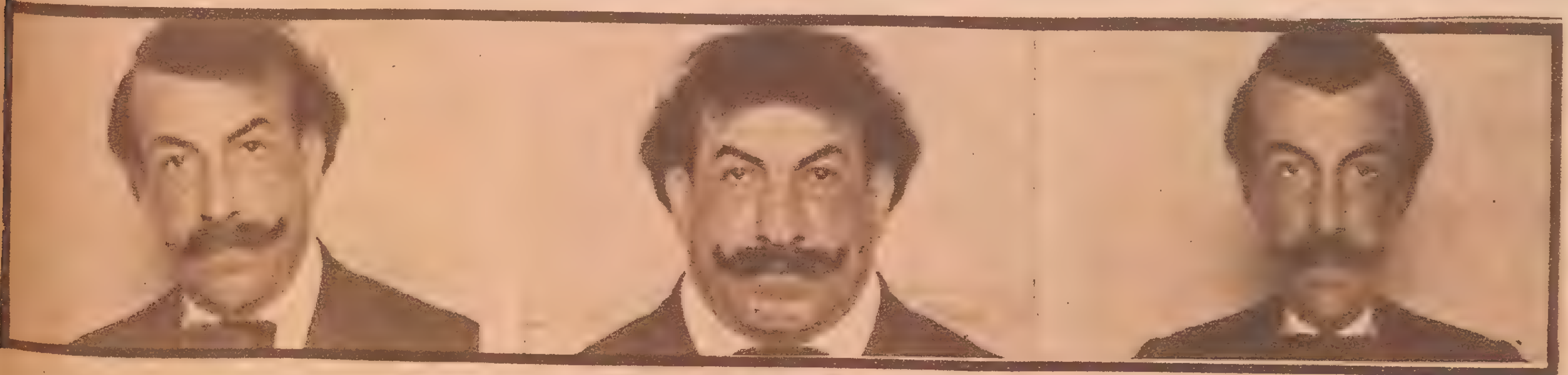
LADO IZQUIERDO

No hay carita, por perfecta que sea, que resista a la experiencia. ¿Quién se imaginaría que Carmencita Lamas, la aplaudida "vedette" del teatro Nacional, tiene un perfil derecho, si no en discordia, en disidencia con el izquierdo? Salva en las dos fotografías la unidad espiritual de la linda y graciosa cancionista, su miradita picaresca e insinuante que domina el cuadro, en todas sus proyecciones. Si hay en realidad un matiz diferencial entre la fisonomía del lado izquierdo y la del derecho, está en la desproporción del eje del óvalo facial que produce un contorno pesado en el primero y delicadamente estilizado en el segundo, sin detrimento del gracejo juvenil que domina en todas las zonas. ¡Ah! Está también en la afición de la artista a las manzanas, localizada en el lado derecho.

DOBLE FISONOMIA

ENTRE *las* DOS MITADES *del* ROSTRO HUMANO

IGUAL QUE EL IZQUIERDO!



DOCTOR ALFREDO PALACIOS — **LADO IZQUIERDO** — **LADO DERECHO**

En el caso del doctor Alfredo Palacios, el mismo fenómeno ofrece particularidades sorprendentes. Si no conociésemos sobradamente la línea recta de su espíritu, la diferencia acentuada de su doble fisonomía podría dar motivo a divertidas suspicacias, por cuanto, como puede advertirse, la conformación del lado izquierdo presenta a Palacios en un aspecto que ni el mismo interesado sospecha; el de un propio tipo burgués apenas disimulado por el desaliño capilar. Tal aspecto aparece desvanecido en cambio, en la configuración del rostro por repetición del lado derecho, más avenido con el despejo idealista del leader y brioso legislador socialista.



SOFIA BOZAN — **LADO IZQUIERDO** — **LADO DERECHO**

—¿Dos caras?... ¡Valiente cosa!... —se dirá despreocupadamente la aplaudida primera actriz del teatro Sarmiento. —¡Estamos acostumbradas a tener tantas, las mujeres del teatro!... —Conformes. Pero lo que nunca se habrá imaginado la graciosa cancionista criolla, aun después de haberse visto muchas veces al espejo, es que el espigado y fino perfil izquierdo de su agraciado rostro anduviese tan en desacuerdo con el mofletudo derecho. Lo evidente que resulta de las fotos es que en ninguno de los dos casos, de tener la cara perfectamente simétrica a base de cualquiera de los dos lados, podría haber presumido nuestra popular actriz, el gesto picaresco y la gracia cautivadora que luce en la linda cara que Dios le ha dado, con todas las imperfecciones asimétricas denunciadas por el objetivo.



DOCTOR M. SANCHEZ SORONDO — **LADO IZQUIERDO** — **LADO DERECHO**

En los políticos, como en la gente de teatro, la doble cara tiene la atenuancia y el justificativo de la profesión. Esto, sin embargo, no resta interés gráfico al ejemplo del caso que nos ofrece la fisonomía del doctor Matías G. Sánchez Sorondo. Las líneas de su rostro, de la más aparente regularidad, reservan en su desdoblamiento, como puede verse, aspectos muy pintorescos y muy diversos, que, sin embargo, se complementan. Nótese cómo la candorosidad del rostro un tanto infantil que resulta del acoplamiento de las dos mitades a base del perfil izquierdo, está compensada en su faz integral, por el aspecto mefistofélico que presenta su rostro construído a base del perfil derecho. Admiradores e impugnadores del batallador legislador, tienen en este caso particular, tema para deducciones ajenas al sentido estético.

LOS NIÑOS SANOS

Reiniciamos la publicación de las fotografías de los niños sanos, que nos han sido remitidas por nuestros lectores. Con ello nos propusimos realizar una galería en la que figuren todos aquellos cuyo buen estado de salud es algo así como una garantía del entusiasmo de sus padres por criarlos sanos y rozagantes.

Como suman varios cientos las fotos que obran en nuestro poder en espera de turno de publicación, nos complacemos en anunciar que éstas irán apareciendo poco a poco en la presente página, por lo que les encarecemos a los interesados un poco de paciencia por la larga espera consiguiente.



Miguel A. Pertuzzo, de la capital. Tiene ocho meses y pesa diez kilos y medio. Ha sido criado, hasta la fecha, con lactancia natural, y nunca ha estado enfermo.



Abel Raúl Durán, de la capital. A los ocho meses de edad pesaba diez kilogramos. Es alimentado con el pecho materno.



Rosa Ema Barroso, de la capital. Aquí aparece al cumplir los siete meses de edad, siendo su peso nueve kilos. Es criada por la madre con resultados muy satisfactorio.



Luisito de la Vega, de Córdoba. Cuenta siete meses y pesa ocho kilos. Se está criando artificialmente con leche pura y comiditas livianas. Su salud es excelente.



Nydia María Huber Pallud, de Santa Fe. A los trece meses su peso era de trece kilos y medio. Es alimentada con lactancia natural.



Hugo Gerardo Cabrera, de Santa Fe. A los cinco meses de edad pesa nueve kilos, doscientos gramos. Es alimentado con el pecho materno.



Manuel César Ruesjas, de Tucumán. Aquí aparece a la edad de tres meses, y su peso es de siete kilos y medio. Es alimentado con lactancia natural.



Alicia Olga Aguirre Pace, de Bahía Blanca. A los cinco meses pesaba ocho kilos, cuatrocientos grs. Es criada por la madre con el mejor resultado



Italo Américo Canalis, de Colonia Cello. Santa Fe. Tiene cuatro meses y medio y pesa diez kilos y medio. Su alimentación es el pecho materno.

MENÚ
PARA TODA LA SEMANA

En nuestro propósito de contribuir a hacer menos pesadas las tareas de las amas de casa, en lo que a las comidas se refiere, continuamos en este número la publicación de nuestro menú diario para toda la semana. Seleccionado con el mejor criterio, estamos seguros que ha de resolver satisfactoriamente este problema, que es, sin duda, uno de los más engorrosos de cuantos se plantean en todos los hogares.

MIERCOLES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Sopa a la cazadora. Riñones de ternera a la francesa. Lomo de vaca mechado. Fruta.	Sopa de crema. Pescaditos fritos con tomate. Tortilla de arvejas. Bananas con almíbar.

JUEVES

Almuerzo	Comida
Cima rellena. Arroz con pesto. Pierna de cordero con papas. Berenj. a la napolitana. Duraznos al natural.	Macarrones al jugo. Pollo a la real. Filet de pejerrey. Budín de leche.

VIERNES

Almuerzo	Comida
Jamón cocido. Sopa de verduras. Pato a la normanda. Dulce de damascos.	Sopa a la reina. Asado con ensalada. Salpicón. Fruta.

SABADO

Almuerzo	Comida
Atún en escabeche. Arroz a la milanesa. Carne de vaca estofada. Huevos rellenos. Flan de limón.	Merluza a la genovesa. Milanesas con papas fritas. Coliflor con salsa blanca. Bananas glacé.

DOMINGO

Almuerzo	Comida
Lechón asado. Costillitas a la villeroy. Repollo a la vienesa. Huevos al plato con jamón. Ensalada de frutas.	Lengua de vaca con legumbres. Croquetas de papa. Espinacas con huevos duros. Fruta.

LUNES

Almuerzo	Comida
Fiambre. Sopa de dedalitos. Bifes con salsa de tomate. Hígado de cordero saltado. Compota de manzanas.	Mondongo a la genovesa. Costillitas asadas. Coliflor al gratín. Manzanas deliciosas.

MARTES

Almuerzo	Comida
Berberechos al natural. Albóndigas de bacalao. Tomates rellenos a la turca. Ternera con salsa. Fruta.	Sopa de arroz. Asado con ensalada. Tortilla de papas. Queso y dulce.

EL PLATO DEL DOMINGO

REPOLLO A LA VIENESA

Se quitan las hojas duras a un repollo grande y se cuece en agua y sal. Se escurre y pica menudamente. Se corta como 120 gramos de buen tocino veteado, en tiritas muy finas, y se fríe en la sartén con un poco de manteca, se añade una cebolla picada menudita, y se hace dorar. Se espolvorea con una cucharada de harina y se le dan unas vueltas. Se agrega el repollo. Se moja con dos cucharadas de caldo, se sazona con sal, pimienta y moscada.

Que cueza lentamente unos 20 minutos. Luego se arregla en la fuente lo mejor posible y se le rodea con rebanaditas de pan bien frito.

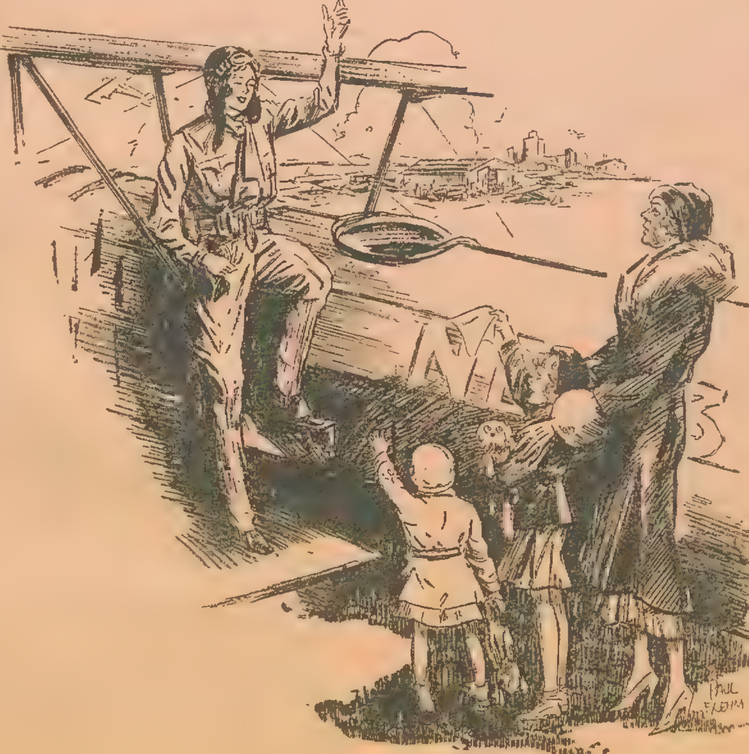
MEDITE USTED SOBRE ESTE PROBLEMA DIARIO

La madre que se fué al cielo

Por MISIA REMEDIOS

El otro día en un aeródromo cercano a la capital presencié una escena que trastornó un tanto ciertos conceptos sociales y psicológicos heredados de mis antepasados, y que no son privativos míos, sino, más bien, comunes a todos los individuos civilizados y especialmente a los del sexo femenino.

Me hallaba, como digo, en el campo de volación. Era un día de sol, muy sereno, muy claro. Contemplaba embelesada el cuadro de ordenado apresuramiento que caracteriza aquellos sitios. A cada momento un aparato ascendía, y subía, y subía, impávido el piloto, casi siempre hombre joven. A cierta altura comenzaban las evoluciones, los deslizamientos, los planeos, los tirabuzones, "looping-the-loops semejantes a locos saltos mortales y una serie interminable de pruebas de acrobacia aérea que ponían el corazón en la boca de los espectadores profanos como yo... Otros aparatos volaban en línea recta, y se alejaban, blancos y raudos como palomas mensajeras.



A poco andar, a cada momento, bajaban de la altura los pájaros humanos y un ejército de mecánicos, peones ayudantes corría a recibirlos, a auxiliarlos, y los pilotos abandonaban el volante y su asiento, tranquilos, serenos, como si, simplemente, se hubieran paseado en la forma más cómoda y agradable posible. Sólo traían los rostros cubiertos con un poco de polvo, pero todos sonreían satisfechos.

De repente aparecieron en el campo de ascensión, sacados de un hangar, varios monoplanos pequeños. Se trataba de aparatos que debían disputar una carrera de corta duración y de velocidad. Entre los que debían pilotearlos avanzaba una mujer trajeada con un "overall" similar a los de sus adversarios masculinos, pero terminado con femenina coquetería. Era una joven bella y rubia. Así vestida me recordó el traje que Sarah Bernhardt y sus imitadoras después, lucía encarnando el papel del "Aguilucho" en el famoso drama de Rostand.

Cuando se preparaba la "piloto" a subir a su monoplano, se volvió y sus ojos buscaron algo entre las filas del gentío. Tres hermosos y rollizos querubines corrieron hacia ella, tendiéndole las blancas manecitas.

—¡Mamita! ¡Mamita! ¡Ten cuidado, mamita, no te vayas a caer! — exclamaron.

La joven los estrechó contra su pecho y besándolos repetidas veces se despidió:

—¡Adiós, hijitos! Mamita se va a las nubes, pero no tardará en volver.

Confieso que me quedé estupefacta. ¿Era posible aquello?... Sí; sí lo era, porque los nenes gritaban:

—¡No te vayas a lastimar, mamita!... — pero no había angustia ni temor en las voces infantiles.

Realicé una rápida labor de reajuste y orientación mental para comprender aquella nueva variedad de madre hasta entonces desconocida para mí. Había algo sorprendente y hasta un sentimiento de temor en la contemplación de aquel velívolo que iba perdiéndose en el alto cielo mientras los tres nenes de cabelleras rubias como el oro y como el trigo permanecían absortos contemplándolo.

En mi cabeza había un "maremagnum". Me costaba trabajo coordinar las ideas. Veía a una madre meciendo un niño y cantándole:

"Arrorró, mi niño,
arroró, mi sol..."

Y seguía viendo a esa madre; la veía colocar el niño en la cuna y escapar a subir a un auto.

¡Locura!... ¡Aquello era locura! No podía ser; aquel concepto novísimo de la maternidad no se ajustaba a los cánones establecidos.

Fuí reponiéndome, y trancurrido el primer momento de reacción natural producida por el hecho que acababa de presenciar, me fué dado examinarlo con mayor calma y tuve que convenir en que debía resultar interesantísimo y hasta magnífico poseer una madre semejante a la que acababa de buscar la altura.

Es indudable que los más anticuados de nosotros y dominados por ideas más conservadoras nos resistimos instintivamente a aceptar todo aquello que las violente; no podemos alegar razón alguna para vituperar a la madre ultramoderna, producto de la era mecánica y de la cual no se puede esperar que siga el mismo camino rutinario de sus antecesoras.

Se podrá preguntar qué sentimiento de responsabilidad podrá tener aquella madre que dejó a sus niños en el aeródromo mientras ella se remontaba al espacio; en qué forma se maneja su casa y qué clase de felicidad impera en ella.

Para responder será menester tener en cuenta que la maquinaria moderna, eléctrica sobre todo, ha reducido los quehaceres domésticos tanto que las amas de casa actuales tienen infinitamente menos trabajo que sus antecesoras. Es razonable suponer

(Continúa en la pág. 61)

¡ILUSIO

Indudablemente, no hay cosa que afecte tanto moralmente como crear ídolos y forjarse ilusiones, y que éstos se vengan al suelo convertidos en ceniza. Este cuento sentimental gira alrededor de este tema, y su desenlace, lógico y oportuno, es por lo mismo desconsolador y amargo para algunos de sus protagonistas.

• •

DELFINA se llegó hasta la puerta del cuarto de baño.

— Por favor, querido Ernesto, no silbes, que no puedo concentrarme.

Y volvió hacia la cama, sobre la que tenía una pila de trajes en desorden. Para Delfina era siempre un problema elegir su traje de noche, y sobre todo cuando no conocía el gusto de sus invitados. Claro que de los invitados que le interesaban: "los caballeros".

Eligió un traje crema y delante del espejo se lo probó.

— Con mi pelo queda bien; pero en conjunto es demasiado juvenil.

Volvió a dejarlo sobre la cama. Su Ernesto estaba ahora cantando. Ya debía saber ella que si le prohibía silbar, cantaría.

Los baños musicales eran una de las costumbres cansadoras de Ernesto, que, como es natural, ella no conocía antes de su casamiento.

— Creo que ahora no me porto mal — le dijo Ernesto desde el baño, con aire alegre.

Delfina suspiró. Pedirle a Ernesto que dejara de cantar después de haberle prohibido silbar, le parecía que era provocar un disgusto, y esto, más que nada, llevaba rápidamente al divorcio. Delfina volvió a la puerta de baño.

— ¿Te gustaría, querido, que me pusiera un traje verde?

Esperó un instante, y oyó la voz de Ernesto:

— Te prefiero de amarillo; creo que ya lo sabes de sobra.

Delfina volvió hacia sus trajes, pensativa. "Debía haber recordado — pensó — que Ernesto me diría que me pusiera un traje amarillo." ¡Era tan sentimental Ernesto! . . . ¡Ella lo adoraba a su manera; pero al cabo de tres meses de matrimonio ya estaba cansada de sus silbidos y sus cantos, y de que la hiciera vestir siempre de amarillo, por el sólo hecho de haberla conocido así.

Delfina se quitó el robe de chambre y se puso el traje verde, que le agradaba. "Después de todo — reflexionó, — hombres como Leo de Live se interesan más por una que por sus trajes." Ya había ensayado cómo coquetearía con él, cómo trataría que su voz le fuera simpática.

Pasó el peine por sobre el cabello, tratando de apartar los rulos de su frente. **¡Leo de Live!** Parecíale mentira que Eduardo Gómez lo trajera a comer esa noche. Su preocupación era si alguna vez llegaría a conocerlo. El destino había sido siempre tan caprichoso para con ella, que no le había resultado posible conocer aún a Leo.

Por ejemplo, la vez que ella había aceptado la invitación de Emma Iturbe para pasar una semana en su casa, llegó a la casa precisamente cuando Leo debía ausentarse a la ciudad y hacía ya dos horas que había partido. Después fué el baile en lo de Carrera. Luis Carrera habíale asegurado que Leo iría, y ella, que se había puesto un magnífico traje de lamé, fué recibida con la noticia de que Leo no concurriría.

Delfina, mientras se peinaba, pensaba: "Jamás ningún otro hombre que Leo de Live me ha llenado tanto la imaginación"; y es que en él había algo de incitante: lo demostraban sus poemas elegíacos; le atraía también su reputación. Decíase que Leo de Live no miraba nunca a mujer que tuviera menos de cincuenta años, y cuanto más feas eran, más le gustaban.

— Leo — le había dicho Eduardo Gómez — mira a las damas de la aristocracia como madres poderosas. Hablando de su desgraciada juventud, cuenta cómo a la edad de nueve años fué echado de su casa por su padre borracho, y cómo pasó la noche sobre un árbol de la plaza.

— ¡Cómo me gustaría conocer a ese hombre! — había contestado Delfina.

— ¡Qué tontería! Tú ya tienes a Ernesto — le había contestado Eduardo.

Pensaba ella, que era Eduardo el primero en observarle, que sus amigos se habían extrañado con su casamiento. Ellos, sin duda, habían esperado verla comprometerse con un hombre de más figuración, tal vez con el hijo de algún noble o burgués.



Ernesto entró en la sala y saludó a Ida. Delfina observó que oprimía la mano de su amiga más de lo necesario.

Ella misma se sorprendía de la manera tan tonta como se había enamorado de Ernesto.

Después de tres meses de matrimonio estaba ansiosa de hacer algo que los recompensara a ella y a sus amigos de ese disgusto; pero de hacer algo espectacular; de tener una inocente pero interesante intriga con Leo de Live, a quien solamente le interesaban las ancianas aristocráticas.

¡Cómo le gustaría poder decirle a Luis Carrera: "Si supieras qué bien besa Leo!".

Oyó a Ernesto andar en el cuarto de baño; estaba silbando "Yo no sé qué me han hecho tus ojos". Aunque ese vals no le agradaba, no tuvo ella el suficiente valor para hacerlo callar. Podía ser generosa con Ernesto, ahora que, irrevocablemente, había decidido ponerse el traje verde, lo mismo que por la mañana se había sentido también generosa cuando Eduardo Gómez le había dicho

NES!

que llevaría esa noche a cenar a Leo de Live.

Sí, había accedido sólo por favorecer a Eduardo, que había insistido frente a Ida Varalla para que ésta asistiera a la comida.

—Querida, *debes* venir. Eduardo va a venir también y va a traer a Leo de Live.

—Bueno, iré, aunque tengo mucho dolor de cabeza.

Delfina sabía perfectamente que eso del dolor de cabeza era solamente una excusa que había puesto Ida; y no podía ella darse cuenta cómo Eduardo, que era tan perezoso en aventuras, corría detrás de Ida por toda la ciudad. Tenía grandes ojos celestes, pero una voz poco simpática; sin embargo, era una buena chica.

Eduardo estaba perdido por ella, y cuando Delfina le preguntó a Ida:

—¿Qué piensas de ese muchacho?



UN CUENTO DE BARBARA HEDWORTH

—Parece bueno —le contestó ella, mirándolo a él sin mayor entusiasmo.

Al salir Ernesto del baño le dijo:

—¡Estás adorable, querida! —y se acercó para besarla; pero Delfina se retiró.

—Por favor, querido, ten cuidado, que recién termino de pintarme.

—¿Conque damos una fiesta esta noche? —preguntó Ernesto frunciendo el ceño. —Y, ¿son muchos los invitados?

—No. Vendrán solamente Eduardo, Ida Varalla y...

—¿Ida Varalla? ¿Esa chica de cabellos de oro, que tiene algo de Madonna y del cuadro de mi madre, hecho por Cherry Ripe? Me gusta.

Delfina pensó: "¡Ya lo creo que te gustará!", y continuó enumerando a sus invitados.

—Y también vendrá Leo de Live.

—Nunca he oído nombrarlo. ¿En qué trabaja? —preguntó Ernesto, mientras se alisaba los cabellos.

—Es el poeta de más boga del momento. Acaba de publicar un libro: "Tierra y polvo".

—Odio a la poesía, pero odio más a los poetas.

Ernesto sorprendió una mirada de Delfina por medio del espejo. Palideció porque sabía lo que significaba; lo que quería decir cuando ponía los ojos obscuros, y también conocía en Delfina la expresión de su boca. Los amigos le habían prevenido: "¡Cásate, si te gusta; pero ya verás!"

—Me alegro mucho de que esa chica de Varalla venga.

—Lo hice por Eduardo —dijo ella, a punto de salir de la habitación.

En seguida oyó Ernesto que Delfina saludaba con amabilidad a su amiga, que llegaba.

—¡Querida Ida! ¡Tanto bueno por aquí! ¡Qué puntual eres!

Delfina preparó un cocktail y se lo sirvió a Ida, diciendo:

—Es muy suave; no te va a dañar.

—Y agregó, tras una breve pausa: —Eduardo está loco por ti... Toma un cigarrillo...

—Muchas gracias; no fumo.

—Como quieras —y como sin darle importancia: —Te estimaré que seas *amable* con Eduardo, querida Ida.

Las largas pestañas de Ida se entornaron.

—¡Oh; lo seré!

—Tal vez te pida que te cases con él. Es muy rico y conoce una enormidad de gente interesante.

Las mejillas de Ida se sonrojaron un poco.

—Por ahora no tengo deseos de casarme —dijo con suavidad.

Delfina respiró hondamente, y se sirvió otro cocktail.

—Bueno —murmuró pensativa.

—No creo —prosiguió Ida— que haya muchas posibilidades de ser feliz casándose.

—¡Quién sabe! Es claro que uno no debe perder la libertad —dijo Delfina.

—En efecto; todos debemos ser libres —aprobó Ida al sorber su cocktail.

—Sin embargo, ese es un detalle que puede resolverse al casarse.

Y pensó que, en efecto, Ida era la criatura más inocente que había conocido. *"Tiene cara de bebé.* ¡Y pensar que al tonto de Ernesto le gusta mucho, y que Eduardo se casará con ella si ella quiere!..."

—Bien, querida; no te casarás. Lo único que quería era advertirte esto, acerca de Eduardo —y después de una pausa agregó: —También vendrá Leo de Live. ¿Te lo dije?

—Sí —contestó Ida dulcemente.

—No creo que este hombre te agrade mucho. Es sumamente moderno.

—Así he creído siempre que era. ¿Tú lo conoces bien?

—No; pero pronto lo conoceré —le respondió Delfina con gesto de triunfo. —No debes permitir que te corteje —y agregó afectuosamente: —Si Leo de Live se toma demasiadas libertades contigo, le pediré a Ernesto que te lleve a ver sus colecciones.

Se levantó y empezó a pasearse por la sala; eran las ocho, y Eduardo había prometido llegar a esa hora. De pronto se sobrecogió, al pensar que Leo, acaso, no viniese. A lo mejor cualquier bagatela lo detenía por ahí y le impulsaría a componer uno de esos poemas que tanto gustaban a la gente.

Ernesto entró en la sala y saludó a Ida. Delfina observó que oprimía la mano de su amiga más de lo necesario. Eso le agradó, porque si él oprimía demasiado la mano de Ida, no podría objetarle a ella que hiciera otro tanto con la de Leo de Live.

Sonó el timbre de la puerta, y Delfina sintió que toda la sangre de sus venas le subía a la cara. Casi temblaba cuando en el "hall" oyó dos voces de hombre.

—Por aquí, Leo; conozco el camino.

—Muy bien. Solamente por costumbre prefiero que me anuncien.

—Aquí estamos, Eduardo. ¿Cómo estás?

Delfina se sintió feliz de poder controlar su voz. Sonreía a Eduardo mientras sus ojos buscaban ávidos una figura delicada que se adivinaba detrás de éste.

Leo de Live era un hombre pequeño, con ojos verdes claros y labios descoloridos. Notó que llevaba anteojos y que los sujetaba con una cinta de seda. "Es como yo me lo había figurado", pensó. Y le dijo a Eduardo:

—Preséntanos.

Leo de Live se acercó a ella y maquinalmente le besó la mano. Le pareció a Delfina oír algo así como: "¡Qué encantadora idea la de invitarme a cenar!"

De pronto se acordó ella que Ida se hallaba sentada cerca del fuego. Volvióse a llamarla.

—Ida... Ida...

Pero ya estaba ella llegando junto al grupo que formaban. Leo de Live hizo un rápido movimiento hacia Ida.

—¡Ida! ¡Mi querida Ida!

—¡Querido! —dijo ella dándole la mano, que el poeta besó con pasión, repitiendo:

—¡Ida! ¡Mi buena Ida!...

Delfina preguntó, atontada:

—¡Cómo! ¿Se conocen?

Y entonces Ida, sonriendo con esa candidez de niña que los hombres llamaban "de Madonna", y que hacía recordar a las obras de Cherry Ripe, contestó tranquilamente:

—Sí. Nos conocemos bastante bien. Leo se divorció de mí hace apenas seis meses.

Mientras tanto, Leo la acercó hacia sí:

—Y quiero que vuelvas a mi lado —le dijo; —que vuelvas olvidándolo todo.

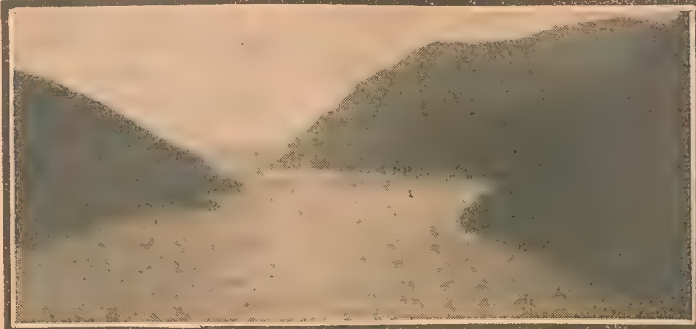
En ese momento el gong cortó su voz. Delfina se encaminó rápidamente hacia el comedor. Eduardo estaba terriblemente emocionado.

Cuando se sentaron a la mesa, sólo dos semblantes resplandecían de felicidad. Los demás aparecían mustios, doloridos. Y es que, lejos de saborear las mieles de su ilusión, experimentaban la amargura de la derrota.

LOS PULMONES DE LA *República Argentina*

Una nota de GONTRAN ELLAURI OBLIGADO





La toma de Alta Gracia, uno de los parajes más visitados por el turista que se allega a la aristocrática villa.

Un aspecto del maravilloso lago del dique San Roque, la obra magna de la ingeniería nacional.

LAS Sierras de Córdoba, con su evocadora belleza típica, con su clima ideal y sus alegres ciudades, villas y pueblecitos, que se asientan coquetamente en sus faldas, en sus mesetas y en sus valles,



Vista parcial de la pintoresca "Villa García", que es el lugar predilecto de los veraneantes del litoral.

han atraído siempre poderosamente, y de una manera especial en el último quinquenio, la atención de los moradores de los grandes centros urbanos del país y también — ¿por qué no decirlo? — de las naciones limítrofes, que en el deseo lógico de dar una tregua a sus actividades, después del desgaste de energías a que obliga la vida intensa, agitada y febril de las urbes populosas,



La recta de Calera, donde se efectúan las grandes carreras automovilísticas.

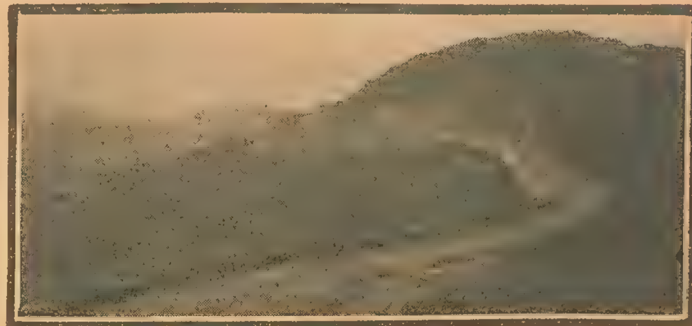


Contraluz desde el famoso puente del río Cosquín.

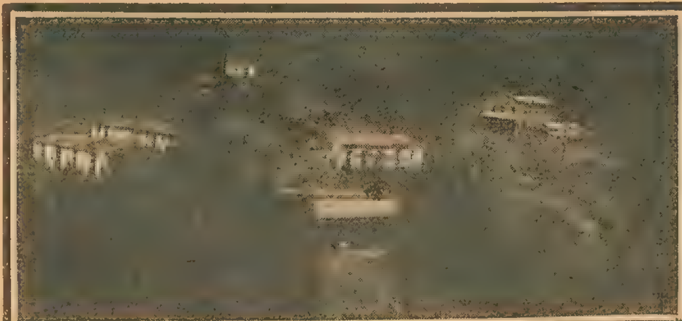
encuentran en las serranías cordobesas lugares donde la tregua de que hablo se traduce en exquisitas y tonificantes temporadas veraniegas.

De todos los ámbitos de la república, y particularmente de las ciudades del litoral, región ésta que en razón de su situación geográfica, con sus extensas y verdegueantes llanuras casi vírgenes; con su sol calcinante, con sus ventarrones "pamperos", que enceguecen y contristan el alma, acuden todos los años innúmeras caravanas de familias que en los pueblos y en las villas cordobesas hallan el punto terminal del éxodo a que las obliga el estío con sus temperaturas elevadas al máximo.

Los hombres laboriosos, los que trabajan todo el año, encuentran un premio a sus fatigas en las sierras de Córdoba, pletóricas de rincones agrestes, de bosques umbríos y cuajados de robustos y empinados álamos, nogales corpulentos e infinita variedad de arbustos de vegetación espontánea, exuberante; de arroyos de aguas espejeantes y ambarinas, que diz son milagrosas por sus propiedades medicinales; de aire puro, de excelentes baños naturales y



Trozo del camino a las Sierras Chicas, que recorre el viajero ávido de emociones.



"Casa Bamba", uno de los lugares históricos de las serranías cordobesas. Está sobre la línea de los ferrocarriles del Estado.

de cómodos y elegantes hoteles y graciosas y pintorescas casitas de recreo.

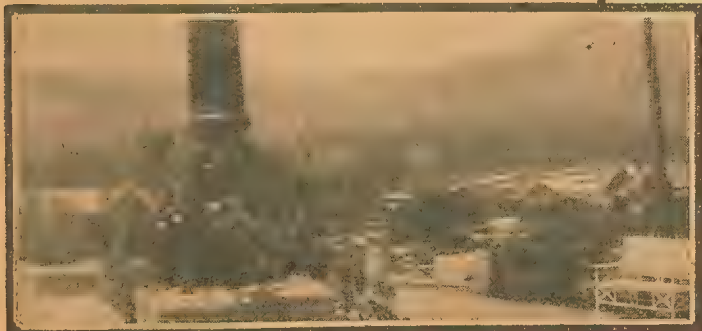
La acción inteligente y bien encaminada de los gobiernos cordobeses ha hecho que los puntos veraniegos de la provincia satisfagan ya en un todo las exigencias del turista, que ha empezado — justo es declararlo— a encontrar en los paisajes serranos las bellezas de los paisajes suizos, y en sus villas las comodidades que se requieren para hacer agradable la estada en estos parajes.

Una extensa red ferroviaria y de caminos excelentes cruzan las sierras y unen entre sí las innumerables poblaciones serranas, facilitando las comunicaciones que se efectúan rápidas, en cantidad incontable de trenes, ómnibus y automóviles, desde los cuales puede contemplarse y admirarse el paisaje en toda su esplendente magnitud de grandeza incomparable y casi tropical.

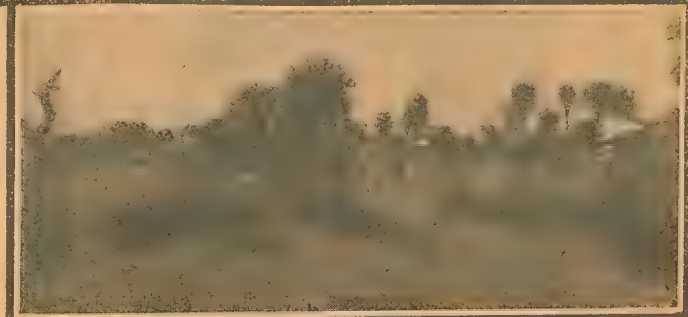
De ahí que las Sierras de Córdoba sean, en justicia, ahora celebradas dentro y fuera del país, por su impar belleza y por las fortificantes cualidades de su clima, "el almacén de oxígeno de los argentinos".

Y cual ya lo dijera un ilustrado viajero y escritor nacional, don Carlos Octavio Bunge:

"En las Sierras de Córdoba el tiempo transcurre como un idilio. Es aquello un paraíso antes del pecado y sin la serpiente. Como que allí se olvidan las ingratas preocupaciones de las tareas profesionales, se acallan los pequeños res-



El celebrado "Cerro Pan de Azúcar", la altura máxima de las Sierras de Córdoba, visto desde la terraza del "club" de la villa del mismo nombre.



Efecto de luna en la "Pampa de Achala", donde Hugo Wast ha bordado el argumento de su novela "Desierto de Piedra".

quemores de la aristocrática vanidad, aduérmense los sentimientos de emulación y las rivalidades, y hombres, mujeres, ancianos y jóvenes, pobres y ricos, todos parecen disfrutar de sus vacaciones escolares. Siéntense otra vez niños. La férula del maestro y el rigor de la disciplina, las luchas de la riqueza, la preeminencia o la gloria, el mundo, en fin, está lejos, muy lejos, oculto tras la recortada línea del horizonte, más allá del inmenso encaje de gasas azules, tan azules como su cielo perennemente diáfano, que forman las imparangonables serranías cordobesas, apellidadas con acierto y sin exageración: *Los pulmones de la República Argentina.*"

EL NIÑO QUE QUISO SER HOMBRE

(Continuación de la pág. 40)

ficaciones? ¿Es que no te gusta estudiar?

— No, no me gusta estudiar — respondió Tobocito francamente. — Más aún, no me gusta ser niño.

— ¿Y por qué no te gusta ser niño?

— Porque es una vida muy dura la nuestra. Pero tú debes saberlo, hada divina, porque también habrás sido niña alguna vez.

— No; yo no he sido niña jamás.

— ¡Ah! ¡Qué suerte has tenido entonces! Pues nuestra vida de niños es muy dura. Tenemos que obedecer a nuestros padres, estudiar, irnos a dormir temprano y no podemos alcanzar ninguna de las cosas que deseamos y de las cuales disfrutan todos los hombres.

— ¿De modo, entonces, que quisieras ser hombre?

— ¡Ah!, si pudiera serlo, me consideraría el ser más feliz del mundo.

— Si tanto deseas ser hombre, yo puedo colmar tu deseo. ¿Pero estás seguro de que no te arrepentirás después?

— Segurísimo..., segurísimo.

— Bien. Esta noche acuéstate como de costumbre y mañana amanecerás en otra casa, convertido en lo que tanto deseas: en hombre.

Si alguna vez Tobocito se sintió contento y feliz, jamás se sintió tan feliz y contento como en ese instante.

Y se acostó deseando vivamente que amaneciera el nuevo día.

El hada que todo lo puede no le había engañado. Al día siguiente amaneció en un lecho distinto al suyo, convertido en un hombre con toda la barba. Al mirarse al espejo y verse transformado, sintióse satisfecho y feliz.

Estaba aún frente al espejo, haciendo toda suerte de visajes, cuando oyó en la puerta de su habitación unos golpes dados con los nudillos. Fué a abrir y se encontró con una mujerona desgreñada que traía dos chicos famélicos de la mano.

— Somos tu mujer y tus hijos — le dijo la mujerona — y tenemos hambre.

— Tenemos hambre, papá — gimieron los chicos a coro.

Tobocito se sintió angustiado. El pasado se había borrado de su imaginación. Ahora era sólo eso: un hombre del montón. Tenía mujer e hijos y no tenía trabajo. Era, pues, necesario salir en seguida a buscarlo, a ganar con qué dar de comer a esos inocentes que le reclamaban el pan a gritos.

— Yo os traeré qué comer; es mi obligación — dijo. — Esperadme.

Y salió precipitadamente. Después de mucho correr logró que lo tomaran en una herrería. Lo pusieron al yunque, a que machacara hierro candente, y este trabajo le fatigó tanto que no pudo continuar. Y fué despedido.

Pudo entrar luego a trabajar en un banco, pero no lo admitieron porque no sabía leer. Era ése un empleo envidiable, pero su aversión al estudio cuando era niño se lo hizo perder.

Como no conseguía trabajo ni dinero y su mujer y sus hijos clamaban angustiosamente, tuvo miedo de regresar a su hogar. Y durmió por las noches en el quicio de las puertas, y pasó mucha hambre. Pero esto no le desesperaba tanto como ver que había hombres que vestían bien, fumaban buenos cigarros, comían opíparamente y eran amados.

Impotente para luchar contra la vida por carecer de preparación, energías y voluntad, tuvo una idea de loco: la de suicidarse. Se encaminó a un paso a nivel y esperó la llegada de un tren para arrojarse debajo de sus ruedas.

En el momento de hacerlo, se le presentó el hada que todo lo puede y lo contuvo.

— Detente, tonto, ¿qué vas a hacer? ¿No sabes que esa vida que tú quieres quitarte no es tuya, sino de Dios?

Tobocito guardó silencio avergonzado. El hada continuó:

— Cuando eras niño querías ser hombre; pensabas que basta serlo para conseguirlo todo, y eso no puede ser más erróneo. Para ser hombre, lo primero es prepararse de niño. Aprender, hacer ejercicios para tener fuerzas y saber dominar la voluntad para huir de las malas tentaciones y no ser débil ante las buenas. En el mundo hay muchos hombres derrotados, para quienes no existe ni felicidad, ni salud, ni fortuna, ni amor. Y ellos tienen la culpa por haber sido rebeldes como tú cuando niños. ¿Qué deseas ahora?

Tobocito, el hombre derrotado antes de empezar la lucha, no titubeó:

— Quiero que me conviertas otra vez en niño. Te prometo ser bueno, obediente y estudioso, y prepararme lo mejor posible para ser hombre.

— Bien. Esta noche acuéstate donde quieras, que lo demás corre de mi cuenta.

Así fué. Al día siguiente Tobocito se despertó en su camita de siempre, al dulce contacto de los labios de su madre, que le daba un beso en la frente.

Este cuento, muy moral por cierto, solía contárnoslo nuestra pobre mamá, sentados todos en torno de ella, durante las largas esperas a que nos obligaba nuestro adorado papá, en las frías noches del invierno.

El pobre hubiera querido librarnos de tal espera, pero su afán de traernos el pan de cada día y la felicidad le obligaba a trabajar sin descanso, más de lo que podía. Por nuestra parte, no queríamos nosotros acostarnos sin antes darle un beso en la frente y las "buenas noches", y es así que muchísimas veces, al regresar, nos encontraba a todos dormidos, reclinados en la falda de nuestra nunca bien alabada mamá, que, desbordante de cariño, nos cubría con sus manos de seda y nos acariciaba con sus ojos de paloma.

FIN

LAS QUE BAILABAN, BEBIAN y SATURADO de REZOS

UNA NOTA DE



En la capilla del "Buen Pastor" rezan las reclusas junto a la hermana de caridad, bien lejos del ambiente de disipación en que muchas de ellas vivieron, cuando se dejaron arrastrar por los engañosos encantos de una vida de falsa alegría.

LAS RUIDOSAS Y ALEGRES ANTESALAS

ESTE es un mundo casi esotérico, de una seducción tan íntima y secreta, que sólo la perciben los iniciados, después de mucho tiempo. Nadie todavía ha logrado descifrar el obscuro enigma. Escritores y artistas extranjeros nos han hablado vagamente del *misterio del tango.* ¿El tango es realmente el alma esotérica de Buenos Aires, el que pone en las noches porteñas voces de sirena, risas de locura, imágenes de ensueño, ansias de pecado?

El asilo del "Buen Pastor", que adquirió dolorosa actualidad en el pasado período revolucionario, ofrece un espectáculo desolador: encierra entre sus rejas todo lo más doloroso de la miseria femenina. El cronista ha logrado franquear su puerta, vedada a los hombres, y ha recogido en esta nota una impresión palpitante del drama que viven las recluídas, mujeres que, a solas con su conciencia, evocan, entre el murmurio claustral de los rezos, la vida que dejaron afuera. Verá el lector, así, cómo es la prisión del "Buen Pastor" por dentro, sorprendida por el cronista.

El cronista, antes de internarse en el sombrío mundo de las que sufren, lloran y esperan entre rejas, ha querido visitar su ruidosa y alegre antesala: los dancings, los bares y restaurantes nocturnos. Vistos objetivamente, estos lugares no tienen nada de trágicos ni de prohibidos. Son espaciosos salones, llenos de espejos, de mesas y de luces, donde una multitud bulliciosa y alocada, baila, come, bebe y ríe, despreocupada de todos los problemas que atormentan y obsesionan a la humanidad. Cualquiera diría que la vida de estas graciosas y ágiles muchachas, de bocas pintadas y profundas ojeras, es una perpetua fiesta. Por otra parte, ante estas apasionadas siluetas que se deslizan en el círculo hechizado de "La Cumparsita", o que hacen alarde de su elasticidad deportiva en la gracia sincopada de un fox-trot, nadie sospecharía verlas al día siguiente vistiendo el morado uniforme de las presidiarias, sometidas al suplicio de un silencio erizado de acusaciones de sus conciencias y aprisionadas tras las implacables rejas de los más angustiosos recuerdos, peores que todas las cadenas y cerrojos.

El camino entre la loca bacanal y la temida prisión, lo recorren estas desgraciadas muchachas de muy diversa manera y por muy distintos motivos.



Las menores que fueron abandonadas por sus padres aprenden un oficio en el "Buen Pastor", para que en el día de mañana, cuando abandonen el establecimiento, puedan ganarse honestamente la vida, sin caer en la terrible pendiente del vicio.

Lo cierto es que en la aturdida existencia de estas chicas que bailan, beben y ríen — cuyo ambiente y perfiles típicos han popularizado las famosas escenas de *clubs nocturnos* de innumerables películas — hay un trance que temen y evitan con horror: la prisión de "El Buen Pastor".

¿COMO ES LA PRISION DE "EL BUEN PASTOR"?

No es empresa fácil traspasar las puertas de "El Buen Pastor". La entrada está absolutamente vedada a todo hombre. El portero y el agente de policía, al servicio del establecimiento, permanecen siempre en el zaguán, sin franquear jamás la puerta. Los empleados policiales entregan las detenidas en el mismo umbral, sin penetrar en el establecimiento. Sólo tiene puerta franca el viejo capellán, que va todas las mañanas a decirles misa a las recluídas y prestarles sus servicios espirituales de confesor y predicador.

La madre superiora, suprema e inapelable autoridad de esta cárcel — ya enterada de la misión



En el patio del establecimiento las recluídas conversan en las horas de recreo, y acaso evocan las noches en que eran locas mariposas de cabaret, o recuerdan su primer paso en la carrera del delito, aquel que fué el capítulo inicial de la novela dolorosa de su vida.

REIAN, VIVEN AHORA en el SILENCIO del "BUEN PASTOR"...

JOAQUIN LINARES

periodística que nos lleva a "El Buen Pastor", — se halla de pie, tras la reja del locutorio, con las manos metidas en las amplias mangas de su hábito. Con exquisita amabilidad nos dice:

— Pase usted...

Y tras el cronista se cierra nuevamente la puerta que da al mundo y sus vanidades.

— Venga por aquí... — nos ordena una monja corpulenta (la hermana portera), de cara pálida y espesas cejas, ojos pardos, tristones, y cuyas manos nerviosas agitan un manojo de llaves.

Atravesamos el primer patio — pequeño, lleno de plantas y cubierto de enredaderas, — al que se abren las puertas de la capilla, del despacho de la superiora y de una amplia sala donde hay un altar de la Virgen y que sirve de oratorio. Nos sorprenden el silencio, la pulcritud y la pobreza que reinan allí. Seguimos por un breve corredor y desembocamos en otro patio más extenso, con piso de baldosas rojizas, en torno al cual se ven las dependencias de las prisioneras. La superiora nos va dando minuciosos detalles sobre el funcionamiento y utilidad de todas las dependencias que visitamos.

— Esta es la cocina... — nos dice. — Las viandas las preparan las mismas recluídas, bajo la dirección de la hermana cocinera.

En el interior vemos tres o cuatro muchachitas vestidas de blanco, que revuelven los guisos, y sonríen.

— Allá, señor... — nos indica la superiora — están los lavaderos y las piezas de aseo.

Recorrimos luego el dormitorio de la planta baja: un agran salón, desmantelado y triste, con muchas camas blancas, en hilera. Allá, al fondo del patio, hay otro salón largo, con bancos y mesas de madera — sin manteles — y platos y jarros de hojalata. Es el comedor. Arriba, en la planta alta, hay otro dormitorio y una extensa sala para labores, con bancos y mesas también de madera. Todas estas dependencias, con sus grandes ventanas de rejas de hierro — como las cárceles — tienen aspecto de tugurios míseros, a pesar de su limpieza. En un costado del patio, a la derecha, se alza una gruta adornada con flores y enredaderas, en cuyo interior se ve una imagen del Buen Pastor conduciendo a la oveja descarriada de la parábola.

Al aparecer nosotros en el patio, se hallan las recluídas en la clase de labores, en el salón de la planta alta. Por entre los barrotes de la reja vemos algunos rostros trágicos, anhelantes, macilentos, resignados, de jovencitas, mujeres maduras, viejas, que nos observan con curiosidad.



En una gruta adornada con flores y enredaderas se halla la imagen del "Buen Pastor" conduciendo a la oveja descarriada de la parábola, y que parece que está allí como para proteger a las infelices pecadoras que equivocaron el camino.



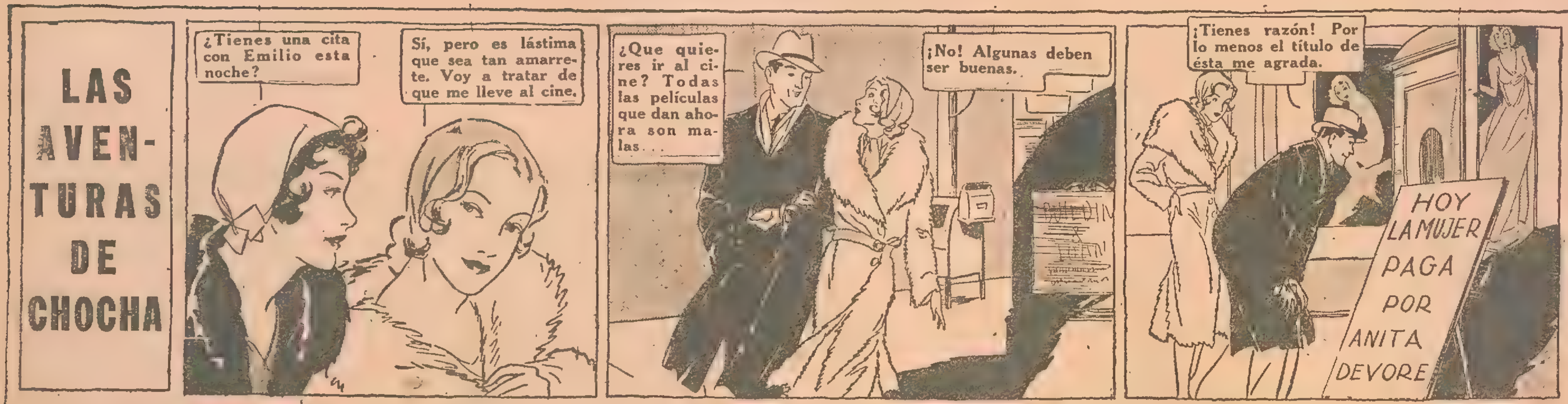
Nótese el rostro impresionante de esta asilada que cose a máquina. ¿Qué drama es el de su vida? ¿Qué viento malo la abatió y la arrastró luego como una hoja seca por un camino desierto? Cose, como sus compañeras de infortunio, y quisiera olvidarse de que tiene un pasado.

LA VIDA EN LA PRISION: ORACIONES Y SILENCIO

Penetramos en el salón de labores. Junto a un altarcito con una Virgen, ante la cual arden algunas velas, vemos sentada a una monja morena, con anteojos y de aspecto bondadoso, que vigila a las prisioneras y dirige sus trabajos, en completo silencio. El espectáculo es desolador. Todo lo más doloroso de la miseria femenina está aquí. Chiquillas apenas adolescentes, de ojos



¡Cuántas de esas alocadas mujeres que vemos reír en los cabarets, embriagadas de alcohol y aturdimiento, van a parar al "Buen Pastor" a purgar la culpa de querer beber demasiado aprisa la copa de la vida!



soñadores, turbados ahora por una lacerante inquietud, que fugaron de sus hogares tras un mal amor; otras jovencitas lúgubres, pálidas, atormentadas, que hartas de soportar la espantosa miseria de sus hogares, se lanzaron a todos los peligros y afrentas de la calle; viejas vagabundas, pordioseras, presas de la suciedad y la embriaguez; ladronas, mecheras...

"El Buen Pastor" o Asilo de San Miguel es un lugar de tránsito. Las prisioneras no pueden permanecer aquí más de treinta días. Si son sólo contraventoras mayores de edad, cumplen los días de arresto que se les ha impuesto y luego se las pone en libertad; si son menores fugadas o entregadas al vicio, se las tiene aquí recluídas, hasta que el juez de menores se hace cargo de ellas; si han cometido algún delito, permanecen aquí en custodia, mientras el juez no ordene su traslado a la Cárcel de Encausadas, al iniciarles proceso.

La vida en esta prisión se compone

de rezos y de silencio. Después del almuerzo les dan una hora de recreo en el patio grande. Pero ninguna juega. Carecen de la alegría y de la inocencia que requieren los juegos.

LA QUE ASPIRABA A ESTRELLA DE LA DANZA

Es una muchachita de aspecto apicarado. Nariz respingona, ojos claros, melena rebelde, aire "cachador". La morada bata — que es el uniforme presidiario — se ciñe a su cuerpo armonioso y leve con natural elegancia.

— No sé cómo estoy aquí — comienza diciéndonos. — No me acuerdo de nada. Mala suerte... Me parece ver entre sueños el formidable escándalo que hicimos en un bar de la calle Corrientes, a la madrugada. Estuvimos bailando y bebiendo toda la noche... Volaron sifones, copas, sillas. Luego me pareció oír la Asistencia Pública en la puerta. Sospecho que me van a encerrar por un rato largo... Mala suerte...

— ¿Y cómo ha llegado a esta situación?

— ¡Yo soy artista!...—contesta con orgullo.—Bailo en un teatro. Fuí alumna de la escuela de baile del Colón. Pero llegué un poco tarde... Ya la danza clásica no "engrupe" a nadie... ¡Si estuviéramos en los tiempos de Nijinsky y de la Pavlova! Y después de todo, ¿qué hay? Todas las estrellas se han hecho a puro escándalo...

LOS NOVIOS TIENEN LA CULPA...

La llamaremos la "Payasa". En realidad, esta mujer se ha escapado de un sainete. Nunca hemos visto nada tan chusco. Tiene cara de clown. Cuando gime parece que se ríe de oreja a oreja. Es una sirvienta gallega, de treinta y tantos años, que ya la han traído aquí varias veces, a causa de los novios, pues todos le salen "chorrus", como ella dice. Pero oigámosla:

— ¡Ay, ay, ay!... ¡Qué desjraciada soy! El condenau me salió chorru otra vez... Lo conocí el dominju pasadu en las rumerías. Claru, eu soy tan elejante, tan seductora, que en sejida s'enamoró de mí... Me diju que eu era su Jreta Jarbo... y que íbamos hacer una pilícula toda llena de besus... El rapaz tenía una pinta de malevu qu'enloquecía... ¡Y cómo bailaba el tanju, madre superiora! Tuvimus un éxitu locu en las romerías. Que bailen solus... ¡solus!, jritaban todos alrededor nuestru. Y nos tiraban flores, nos tiraban manises, cáscaras de bananas... ¡Ay, eu estaba de metida! Pero una cosa no me justaba. ¡Era de curioso el tipo! Siempre me prejuntaba si tenía plata y dónde la juardaba... Si los patrones tenían en casa mucho ventu... y dónde ponían las alhagas. Y anoche, que lus patrones se fueron al tiatru, m'hizo abrirle la puerta... ¡Pero les guro que éu no estaba en combinación con él! ¡El condenadu me enjañó! La policía dice que eu me conchavu en las casas pra robar... ¡Y eso no es ciertu! ¡Es que todos los novios son chorrus!

LA COMPAÑERA DE LA SUICIDA

Los sufrimientos la han envejecido. No es bonita. Facciones vulgares. Morena, ojos negros. Aire abúlico. Concurría todas las noches a un bar galante de la calle Paraná. Una noche, tres jóvenes "en tren de farra" la invitaron a su mesa. Después de comer y beber en abundancia, le dijeron que buscara una compañera y que todos juntos irían a bailar y a rematar la alegre fiesta a un departamento de la calle Santa Fe. Entonces ella llamó por teléfono a una amiga de diez y siete años.

— Es una muchacha muy rara... — nos dice. — Cuando la vi entrar en el bar, tuve el presentimiento de que algo ocurriría... ¡Pero estábamos tan alegres! Ya sabe usted lo que pasó después en aquel departamento de la calle Santa Fe. Mi amiga reía, bailaba y bebía como una loca. Nunca la había visto así. De pronto se ponía seria... y le daba por llorar. En una de esas, pidió un pijama para estar más cómoda..., y se fué a la pieza de al lado para ponérselo y cerró la puerta con llave. Era en un cuarto piso..., y se tiró de cabeza por el balcón. Se la llevaron moribunda al hospital... ¿Yo qué culpa tengo?... ¿Verdad que a mí no me pueden hacer nada?...

NO HAY PEOR CORRUPTOR QUE EL HAMBRE

Se acerca ahora una muchachita de cara graciosa y ojos grises que nos sonreía en el salón de labores. A ésta la ha perdido irremediablemente la miseria. Trabajaba de empaquetadora en una tienda. Ganaba cuarenta pesos por mes. La echaron. La madre es viuda con cuatro "purretes" más. Vivían de la caridad de los vecinos y conocidos. Una vida horrible de privaciones. La muchacha se cansó un día de padecer hambre y miserias y se fugó con el primero que le mintió amor. Esta es la segunda vez que se escapa de su hogar. Pero ahora la madre no quiere que se la entreguen y ha pedido al juez que la haga encerrar en un reformatorio hasta la mayoría de edad. Esta perspectiva enloquece a la jovencita. ¿Qué será de esta pobre vida?

—Anoche no pude dormir de bronca... — nos decía con su lenguaje típico. — Tendida en la catrera, pensaba: ahora estará la muchachada en la milonga... Copetines, fumando, riendo... ¡Ni se acordarán de esta desgraciada! Y veía las mesas, los palcos, las luces... y oía los bandoneones, la jazz-band, las risas, los chistes, todo el rumor alegre del dancing... Y ahora me quieren encerrar hasta los veintidós años... ¡No! ¡Yo me fugo!

FIN

LA PISTA FALSA

(Continuación de la pág. 27)

El asesino de Juan Carlos fué la costurera señora de Pérez. Juan Carlos la había engañado prometiendo casarse con ella, y como él no cumplió su promesa, la costurera buscó la forma de darle muerte, y de hacer recaer las sospechas sobre otra persona. Sabía que el artista siempre tenía sobre su mesa hojas de afeitar, y como ella también acostumbraba a usarlas para abrir ciertas costuras, esa mañana se dirigió al dormitorio del dentista, armada de una navaja y llevando además una hoja de afeitar. Como su prometido no había respondido a sus caricias, y se había enojado porque había ido a molestarlo, la costurera empuñó la navaja y le asestó un golpe que lo hirió en tal forma que su muerte fué instantánea. Luego sacó la hoja de afeitar y la ensució en la sangre, dejándola tirada en el piso, para que la policía la encontrara y sospechara del artista. Después se dirigió al baño, lavó cuidadosamente la navaja y regresó a su habitación. Como vimos, las sospechas recayeron efectivamente sobre el artista, y la señora de Pérez no fué molestada para nada.

FIN

¡ESPIAS!...

(Continuación de la pág. 27)

nada más quebró la monotonía de aquel encierro riguroso.

Terminó el viaje y emergieron en aguas territoriales alemanas, a la entrada de las fortificaciones del canal de Kiel.

Mientras esperaban, fueron los espías objeto de mucha curiosidad de parte de varios oficiales. Uno de ellos les habló en inglés, preguntándoles por su nacionalidad, después de lo cual se volvió a los mirones y les dijo en alemán:

— Son dos americanos traidores. Ya están vendiendo a su patria.

Apareció el príncipe y les indicó que lo siguieran. Fueron llevados a presencia de un general que hablaba inglés con soltura.

— Entiendo — les dijo el militar — que ustedes han salvado la vida de su alteza real. Alemania estará perpetuamente en deuda con ustedes. Mientras permanezcan aquí, bajo mi protección, pueden estar seguros de toda clase de atención a su comodidad personal y protección.

Todos sonrieron y se inclinaron, y el príncipe se despidió de ellos y los dejó. No volvieron a verlo.

El general les dijo:

— He designado un oficial para que los atienda y les sirva de intérprete. Voy a hacerlo llamar.

Apretó un botón eléctrico y a poco llamaron a la puerta. Un oficial entró y el alto jefe los presentó:

— ¡El capitán Schmidt!

"El Coronel" y el "Ingeniero" se miraron sorprendidos: ¡el capitán Schmidt era el oficial que se había expresado en forma insultante sobre ellos!...

FIN

El estilo INCAICO en los platos DECORATIVOS



Ofrecemos en este número un nuevo motivo para decorar platos de adorno. El procedimiento no puede ser más sencillo, ya que sólo se trata de calcarlo sobre un plato de madera a propósito y luego pintarlo de acuerdo al modelo. Esta vez el motivo es en estilo incaico; estilo que está adquiriendo mucha difusión entre los aficionados a las artes decorativas, y, sobre todo, entre las niñas que tienen especial interés en realizar labores de embellecimiento para el hogar. Afortunadamente, la llegada del frío se presta mucho para realizar estos trabajos de paciencia junto al fuego en la salita confortable.

PARA LAS MADRES

PROPIEDADES DE LAS VERDURAS

Es cosa muy sabida que las verduras tienen propiedades medicinales, tonificantes y digestivas. Vamos a complacer a usted con respecto a su pregunta sobre las propiedades de ciertos vegetales.

El apio es muy recomendado para el sistema nervioso y para el reumatismo.

Las cebollas, sin son blancas y se comen crudas, curan el insomnio.

Los espárragos son un gran purificante de la sangre.

La zanahoria sirve para abrir el apetito.

Las espinacas, los ajos y las cebollas ejercen una benéfica influencia sobre los riñones, activando la circulación.

La lechuga puede emplearse para refrescar el organismo.

Las aceitunas son un excelente estimulante de la digestión.

Esta misma respuesta la hacemos extensivas a otras lectoras que nos han preguntado algo semejante.

Cdo. a "Irpina", de Mercedes, Bs. As.

LOS FOMENTOS Y APLICACIONES

Las compresas húmedas, pero que han permanecido en agua hirviendo, son muy recomendadas para la limpieza de la piel. Estas compresas, cubiertas con un tejido impermeable, tienen el poder de derretir la materia grasa de la piel que no ha podido eliminarse con tratamientos fríos.

Debemos advertirle que este sistema de fomentos, como asimismo las cataplasmas, deben sólo usarse en los casos de inflamación de la piel, y si se producen costritas sobre ella. Y también le advertimos que la duración de estos fomentos ha de ser relativamente breve, para evitar el posible peligro de la flaccidez y maceración de la piel.

Cdo. a "Ella", de Bernal.

MUJER, ¿NO SIENTE USTED UN ESTREMECIMIENTO DE TIERNA EMOCION CUANDO CONTEMPLA A UN NIÑO QUE LA MIRA CON SUS OJOS PLENOS DE SUAVES E INOCENTES ENCANTOS? QUIERA Y PROTEJA A ESE NIÑO.

PARA CORREGIR LAS OREJAS

Ese defecto de su nenita, de tener las orejitas demasiado abiertas, proviene, sin duda, de que usted, al acostarla, no se ha fijado que se las doblaba. Si no es ésta la causa del defecto, y ha nacido así, ese defecto es igualmente corregible, y le recomendamos lo remedie cuanto antes, porque no hay nada más feo que un niño con orejas "de burro", como dirían los demás niños burlándosele. Puede usted usar unos "reformadores" de género que se venden en las grandes tiendas, y verá cómo pronto se le corrige esta deformación.

Cdo. a "Señora Alberta", de Concordia.

Por "EL MEDICO DE GUARDIA"

LOS JUGUETES PELIGROSOS

SELECCIONE LOS JUGUETES DE SUS NIÑOS

Muchos de los accidentes que les ocurren a los niños podrían evitarse si no hubiera tantas madres confiadas o imprevisoras. En efecto, es corriente ver criaturas de muy escasa edad jugando con objetos de loza, como ser platos o tazas, o con utensilios de metal, algunos puntiagudos o cortantes.



Esas madres que les dan tales objetos a sus niños para entretenerlos, no se dan cuenta, sin duda, del grave peligro a que los exponen, ya que los objetos de loza son muy frágiles, y los cortantes o puntiagudos pueden herirlos y hasta vaciarles un ojito, como ha ocurrido más de una vez.

También merecen ser censuradas esas madres que dejan gatear a sus chicos, sin pensar que se agarran a todo lo que encuentran a mano. Son muchas las criaturas que han muerto abrasadas por el líquido hirviendo de una pava o el fuego de un brasero.

Otra mala costumbre es la de poner a los niños cadenitas en el cuello. Esto ha sido causa más de una vez de haberse causado heridas de cierta consideración. La cosa en verdad no puede ser más fácil, ya que el niño al verse la cadenita, o sentirla entre los dedos, empieza a tirar de ella sin darse cuenta, ni mucho menos, del daño que puede hacerse.

Y ya que estamos en tren de este género de advertencias, no queremos pasar por alto la tan importante de no darles objetos muy pequeños para que se entretengan, como ser bolitas, botones, soldaditos, dados, etc. Por referencias de los médicos de niños, sabemos que son innumerables los casos que se producen diariamente de criaturas que se han tragado algunos de estos objetos.

Insistimos, pues, en recomendar a las madres especial cuidado en los juguetes que les proporcionan a sus nenes. No basta conseguir entretenerlos; lo principal es saber entretenerlos sin que peligre un solo momento su salud o su vida.

UN GRAN PELIGRO

Nos dice usted que acostumbra a acostar a su lado, por la noche, a su nenito de tres meses, y nos pregunta si ello es perjudicial o no. Su pregunta, francamente, no deja de sorprendernos, ya que no es posible admitir que una madre no comprenda el peligro que entraña tal costumbre. La prensa diaria nos relata con harto dolorosa frecuencia casos de muerte de criaturas a las que han ahogado sus propias madres por acostarlas con ellas.

Sea invierno o verano, a los niños debe acostumbrárseles a dormir en su cunita. Duermen así mejor y molestan menos. Si usted cree que con la llegada del invierno pasará frío, abríguele bien; hasta puede ponerle una bolsita de agua caliente a los pies, para que le conserve el calor durante la noche.

Cdo. a "Lectora", de Ituzaingó (Corrientes).

LOS NIÑOS REBELDES PARA COMER

Son muchas las cartas que nos llegan preguntándonos cómo se puede hacer para que los niños no rechacen la sopa, cosa que es instintiva en ellos. Son muchos los procedimientos que pueden emplearse, pero no siempre el resultado es satisfactorio, ya que las sopitas son el plato insubstituible para los niños que recién empiezan a comer, y no permite muchas variaciones.

Sabemos que muchas mamás resuelven este problema con bastante buen éxito empleando los mil y un procedimientos de su invención, como ser: haciéndoles creer que en cuanto terminen de tomarla llegará la abuelita con muchos dulces, o que si la toman les regalarán un lindo juguete, o contándoles esos cuentos fantásticos que tanto les gusta, o bien fingiendo ayudarles a tomarla, o diciéndoles que sólo tienen que tomar dos cucharaditas, y equivocarse al contarlas, de modo que nunca sean las dos, o diciéndoles que dentro de la sopa hay un chiche, y que es necesario tomarla para poder encontrarlo, etc.

Créanos usted, señora, que en estos casos no valen tónicos ni medicinas, y que todo el éxito estriba en el ingenio de los padres. Ensaye esto que le recomendamos.

Cdo. a Elvira de Robles, de Olivos.

LA DENTADURA

El cuidado de la dentadura es algo muy importante. Los descuidos pueden ocasionar serias enfermedades, entre las cuales cabe citar la piorrea, que se difunde cada vez más en una forma por demás alarmante.

Como se sabe, la piorrea tiene como principio una intoxicación de las encías originada por los residuos de los alimentos que se meten entre las muelas y los dientes y que, al descomponerse, se desparraman por todo el cuerpo, produciendo trastornos y, a veces, graves enfermedades.

Para su buen gobierno, nos permitimos reproducir las indicaciones de un dentista europeo, de gran renombre.

1º Cepíllense los dientes después de cada comida, enjuagándose la boca con cuidado.

2º Si no se puede cepillar, enjuáguese solamente.

3º El cepillo que sea de un tamaño regular y no demasiado duro.

4º Cepíllense los dientes de arriba para abajo, tratando siempre de no cepillar la encía.

5º Guárdese el cepillo en algún desinfectante.

SEÑORA: EN LUGAR DE RECOGER ESE PERRO, BAÑARLO, ALIMENTARLO Y CUIDARLO, ¿POR QUE NO RECOGIO USTED ESE NIÑO QUE SE MORIA DE HAMBRE EN EL UMBRAL DE SU PUERTA?

6º El momento más importante de la limpieza es antes de acostarse.

7º Cepíllese toda la superficie de los dientes.

8º Hágase examinar la boca por un buen dentista, a lo menos una vez por año.

Si, como nos dice, su niña va a la escuela, en ella misma puede hacerse revisar la dentadura por el dentista, haciéndose arrancar aquellas muelas que ya no tienen curación y que son un perjuicio para su salud.

Cdo. a "L. de S.", de Rosario.

LOS DESARREGLOS INTESTINALES

Esos desarreglos intestinales que, según su carta, padece su nene, pueden obedecer a muchas causas. Pero, si como usted afirma, no emplea para criarlo más que el pecho, es indudable entonces que la causa proviene de que usted come verduras con exceso, sobre todo crudas y en ensalada. Si, en efecto, ésta es la causa, en su mano está ponerle remedio a ese pequeño mal que con el tiempo puede resultar grave.

Cdo. a "Pardiña", de Tolosa.

Señora: SEA USTED *una* COLABORADORA *de su médico*

HOJEANDO LOS ULTIMOS LIBROS

Comentarios de LUCAS GODOY

"Problemas de la Infancia"

Publicaciones del Museo Social Argentino. Buenos Aires. — Una de las secciones del Museo Social Argentino, titulada Comisión de la Infancia, organizó a fines del año pasado un ciclo de conferencias en torno a la infancia abandonada y sus problemas.



Nueve conferenciantes disertaron con tal motivo sobre las causas de la criminalidad en los niños y las medidas eficientes de protección destinadas a evitarla. Psiquiatras y médicolegistas, juristas y sacerdotes, educadores e higienistas colaboraron así sobre un tema concreto de una importancia enorme. Las contribuciones, por supuesto, no tienen un valor idéntico, y fuerza es declarar que el lector sincero se sorprende no poco de encontrar allí algunos nombres que nada hacía suponer. Pero así y todo, se desprende del conjunto una impresión de curiosidad inteligente y de dedicación tal vez fructuosa.

Si se compara, por ejemplo, la labor extraordinaria que ya tiene realizada los Estados Unidos con la indiferencia casi total que existe entre nosotros, no es posible ocultar un cierto sentimiento de humillación y de vergüenza. ¿Qué sabemos nosotros de esas "clínicas psicológicas" para la niñez que el doctor Healy ha desparramado en Norte América con un éxito increíble? ¿Con qué podemos comparar sus minuciosos estudios sociológicos, psiquiátricos, psicológicos sobre los niños, admirablemente clasificados en expendientes siempre al día? La desidia y la miseria de nuestra Alcaidía de Menores, en vez de corregir a los niños detenidos, no hace en realidad otra cosa que empeorarlos. Todo el mundo sabe estas cosas y desde hace mucho tiempo. Pero, ¿quién ha hecho algo para remediarlo? Cada año el juez Viale pronuncia un discurso que edita en un folleto...

Bienvenida por eso, la colección de conferencias que el Museo Social Argentino entrega a los estudiosos en un libro muy cuidado. Y bienvenida no sólo por lo que representa de promesa, sino también porque quizá consiga interesar a algunos en ese problema angustioso de la infancia abandonada y delincuente que preocupa en este momento a los estudiosos del mundo entero y que sólo había encontrado entre nosotros fuera de un estudio de Ingenieros, la atención siempre alerta del doctor Arenaza.

Norberto Piñero: "La paz del mundo"

Invitado por la Universidad de Pensilvania a escribir un artículo sobre la paz mundial, el doctor Noberto Piñero ha contestado con un libro...



El doctor Piñero pertenece a una generación en que esos gestos se repetían con peligrosa frecuencia. Da miedo pensar en la producción enormemente fácil de sus contemporáneos y en la soltura sorprendente con que llenaban bibliotecas. El mal, sin duda, no se ha curado ni se curará del todo. Siempre habrá escritores que piensen mientras escriben, y escritores para quienes el correr de la pluma sobre el papel les va aclarando y definiendo las ideas. Pero en los últimos tiempos la especie ha disminuído sensiblemente. La temperatura actual les es cada día más adversa, y sólo por una tenacidad vital extraordinaria son capaces todavía de ofrendarnos libros como "La paz del mundo".

¿Cómo resumirlos, condensarlos, reducirlos a fórmulas? Nos parece imposible. Todo lo que el doctor Piñero afirma es en realidad muy noble, muy generoso, muy sensato; pero nos produce al mismo tiempo la impresión de algo turbio, confuso, dicho a medias. La sensiblería declamatoria que fué en cierto momento el Evangelio de la burguesía liberal, sabemos hoy con bastante claridad adónde lleva. El mismo estadista que lanza al mundo las palabras más puras, equipa sus soldados para lanzarlos sobre el vecino, y de escuchar, por ejemplo, a los muy graves señores que se reúnen en Ginebra, parecería que el mundo vive la más dichosa de las épocas. Bien sabemos, por desgracia, que no es así. El aparente pacifismo oculta la agresión más brutal, y no es posible saber jamás qué es lo que hay de pérfido en la declaración candorosa de una gran potencia.

No queremos decir con esto, ni mucho menos, que detrás del doctor Piñero puede haber un feroz imperialista. Pero sí, afirmamos, que para ser pacifista hay que estar en un terreno político enormemente alejado del tranquilo refugio en que el autor de "La paz del mundo" ha compuesto copiosamente el "artículo" a pedido de la Universidad de Pensilvania...

LAS GARRAS... (Continuación de la pág. 40)

la veía, porque notaba en ella tanta energía.

— Algún día, señor Jay, todo se resolverá satisfactoriamente. Algo me lo dice.

Justamente después de la sexta conversación con la dama, Jorge se percató de que una idea le estaba aguijoneando; una idea tan nueva, que temió asustarse de que su mente la hubiera concebido.

Al día siguiente, magníficamente vestido, aunque muy a lo agente, se presentó en la casa de los Mottisfonte, donde fué recibido con cajas destempladas. Le dió entonces al mucamo una buena propina, y consiguió hacer unas cuantas averiguaciones.

Al otro día se presentó nuevamente. Ni el capitán Noone ni su esposa estaban en casa, y el mucamo lo hizo pasar.

Fué una señora muy amable aunque muy anciana y triste quien lo recibió. Pero Jorge no se había equivocado con respecto a ella. Podía ver que aún era una mujer capaz de tomar una decisión importante. Teniendo su tarjeta en la mano, lo invitó a tomar asiento.

— ¿Desea usted verme en nombre de la señora de Royelm? — le preguntó con voz suave.

— Sí, lady Mottisfonte; ¡si usted fuera tan indulgente que me escuchase!

— Le escucharé — dijo lady Mottisfonte, después de una pausa.

— La señora de Royelm ha sido muy mal juzgada en esta casa — dijo Jorge lisa y llanamente.

Lo sobresaltó un poco ver unas lágrimas en los ojos marchitos de lady Mottisfonte. Algo semejante a verdadero respeto le hizo callarse. Estaba contento por eso; porque lady Mottisfonte deseaba hablar.

— Siempre he pensado en eso, señor Jay. Mi corazón no dudó nunca, pero mi mente...

Calló un momento, porque en su corazón había un gran cariño hacia Rosmunda Royelm, y no quería enfrentarse con la lógica cruel de su mente.

— Si alguien, usted por ejemplo, pudiese probar que lo que me dice el corazón sobre Rosmunda es cierto y lo que me dice la mente es falso, le recompensaría tan bien, tan bien...

— Señora — dijo Jorge realmente conmovido. — No busco ninguna recompensa más allá de mis honorarios de costumbre; mi "Comisión". Nuestro código — el de los agentes — es estricto. *Eso* se arreglará a su debido tiempo. He venido a implorarle a usted que le dé a su corazón una oportunidad de refutar las conclusiones de su mente.

Lady Mottisfonte reflexionó.

— Si usted puede demostrarme que existe tal oportunidad, o que puede hacerse, señor Jay, la aprovecharía con gratitud.

— Eso es un poco difícil — le previno Jorge.

—Jamás he tenido yo miedo de hacerles frente a las dificultades — contestó lady Mottisfonte. — Por favor; explíquese.

Debió llevarle mucho tiempo explicarse, porque había pasado cerca de una hora cuando se levantó, y, saludando con profundo respeto, se despidió.

Lady Mottisfonte le vió marcharse, sonriendo significativamente. ¿Qué habían tramado entre los dos?

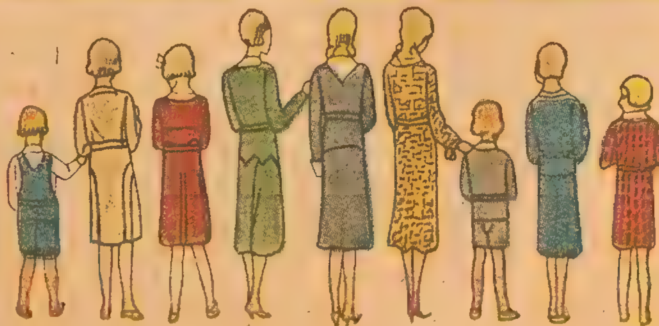
(Terminará en el próximo número)

Algunos SENCILLOS

1. — Modelo escolar en reps de tono rojo. Partes incrustadas en grandes dientes. Pliegues a ambos lados.

2. — Trajecito en dos piezas para niño. Blusa en piqué. Jumper de tiradores y pantaloncito en tejido.

3. — Modelo para escuela en lana color marrón. Partes añadidas formando arcos y abriéndose en pliegues.



4. — Vestido de escuela en chevron color obscuro. Cuello, corbata y botones en blanco y falda añadida en dientes.

5. — Modelo en bonito paño kasha. Irregular cuello claro de reps y corbata del mismo color y material.

6. — Hecho en jersey marrón con motas en rojo. Cuello en crespón y tejido. Falda godet y mangas largas.

7. — Modelo colegial con cinturón de cuero, falda con añadidos diagonales y cuello y puños en blanco y rojo.

8. — Modelo para niño en sarga con cuello piqué, cinturón de cuero y blusa jumper. Cuello y puños blancos.

MODELOS Infantiles

9.—*Vestido en punto de lana con guarnición de lencería. Falda añadida en arcos.*

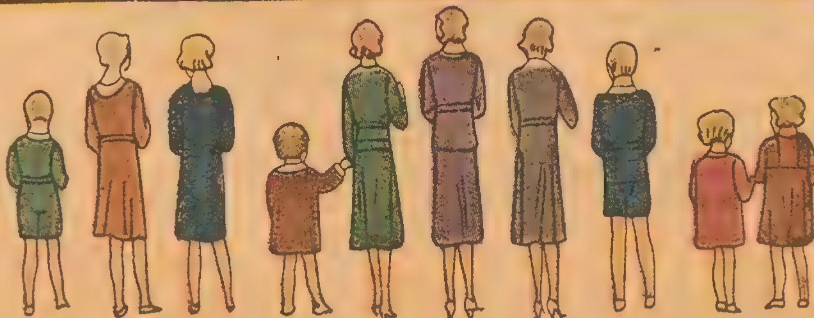
10. — *De una sola pieza. Hecho en tono verde con efectos claros de franela.*

11. — *Hecho en terciopelo marrón, para niñas. Guarnición clara en crespón de China.*

12. — *En tejido lana cuadrado, falda acampanada y cortada en diagonal. Mangas largas.*

13. — *Vestido totalmente de lana con chorrera de lencería. Cinturón y pliegues aplastados.*

14. — *Vestido jumper en reps. Pechera de seda piqué con falda plisada en su parte delantera.*



16.—*Vestido para niñitas en jersey de diversos tonos. Formado de una sola pieza con cuello y puños en blanco.*

17. — *Modelo para niño, en cheviot. Blusa larga, pantaloncito corto y corbata en rojo y blanco.*

18. — *Vestidito casaca en terciopelo con fruncidos. Cuello y corbatín en tono claro.*

15.—*Modelo escolar en marocain con cuello de lienzo con aplicaciones. Cuello y puños en tono claro.*

19. — *Vestido en lana para niñas de cinco a siete años. Pechera en crespón de China y mangas largas.*



ESTA de más ponderar la importancia de esta sección que venimos publicando semanalmente. Muchas veces el lector se habrá visto perplejo ante cosas aparentemente simples, pero que de momento no ha podido resolver. Toda consulta que se nos haga sobre los más diversos asuntos, trataremos de satisfacerla lo mejor que podamos. Cuantos se hallen en la duda respecto a cualquier motivo, diríjanse por carta a la dirección de MUNDO ARGENTINO, firmando con su nombre o seudónimo, y responderemos a la brevedad posible en forma sintética y clara.

LA DIRECCION.

LOS LECTORES QUE PREGUNTAN

LA CIENCIA DE PREGUNTAR

GABLO. — Registre el invento como de propiedad suya, en la Oficina de Marcas y Patentes que funciona en el Palacio de Justicia, Lavalle y Talcahuano, teléfono 38 Mayo 4224. Una vez hecho eso, busque un capitalista para explotar el negocio, si usted carece de medios para hacerlo.

● ●

E. S. SCHMIRTZLER. — No podemos responder a sus seis preguntas, por razones de espacio. Además, cada una de ellas encierra otras. Escríbanos nuevamente, sintetizando en lo posible.

● ●

DIE KATZE. — A propósito del uso de la diéresis o crema (que de los dos modos se llama); le advertimos que ese signo va sobre la "u" del digrama "gu" cuando ha de ser pronunciada la "e" o "i" siguiente. Ejemplos: pingüino, agüero. Algunos invierten la definición, diciendo que va sobre la "u" cuando ésta debe ser pronunciada. No se dirá entonces Blandengües como sostiene su amigo, sino Blandengues, ni águila, sino águila.

● ●

Los Andes.

MONTEROS (Tucumán). — En la forma que usted la formula, su primera pregunta es imposible contestar concretamente. 2º Los minerales constituyen la riqueza del territorio de los Andes. El oro, la plata, el alumbre, el azufre y los boratos son los más abundantes. Le damos este detalle. Las "borateras" o minas de borato están en manos del trust mundial de esa materia, que no las explota para evitar la baja de la misma, en sus precios. 3º La República Argentina es un país evidentemente rico en minerales. La mayor parte de sus riquezas, en ese sentido, permanente inexplotadas o deficientemente explotadas. Le espera un gran porvenir. 4º En cualquier buena librería encontrará usted un tratado de minería. Solicite en todo caso, catálogo a cualquier casa de esta plaza.

● ●

D. A. SUELDO. — No se dice "amémoenos", supongámosnos", sino "amémonos" supongámonos".

● ●

PRIMER AÑO DEL NORMAL (Quilmes). — Orfelinato, orfelino, etc., derivan de huérfano, es cierto, pero no se escriben con h, porque el diptongo "ue" de huérfano, se trasforma en la "o" inicial de los derivados. Lo mismo ocurre con óvalo, ovario, oval, de huevo; y con óseo, osamenta, osario, etc., de hueso. Es una regla general del uso de la "h".

● ●

UN CURIOSO. — Su pregunta es confusa. ¿Quiere usted saber el significado de las palabras o su origen? Consulte en el "Diccionario de la Academia Española" los términos transcriptos en su carta, y sabrá ambas cosas.

PIBE DE 17 AÑOS. — Tenemos entendido que esas compañías no podrían realizar las operaciones que realizan si no están aprobados sus estatutos por la Inspección de Justicia. Es el único informe que podemos ofrecerle sobre el asunto, objeto de su consulta, pues la índole de esta sección no nos permite aventurar juicios.

● ●

MONICA. — Esos barritos son debidos a impurezas de la piel, de la sangre, o a trastornos intestinales. Se extirpan sometiendo el rostro a baños de vapor y apretando luego suavemente el cutis con una toalla.

● ●

ESMERALDA. — En la sucursal de correos de su pueblo le darán ese dato.

● ●

JULIO S. (Lomas de Zamora). — El plural de maní no es manises, sino maníes. Su compañero tiene razón.

● ●

VIEJO SUBSCRIPTOR. — En cualquier geografía astronómica encontrará usted lo que busca.

● ●



Vegetación del Chaco.

DOS MAS DOS. — La riqueza más grande del Chaco son sus bosques y no sus plantaciones de algodón, que no pasan de ensayos.

● ●

JUANITA (Paraná). — Si usted tiene 15 años y su altura es de 1.63, descalza, debe pesar, por lo menos, de 60 a 64 kilos, y no 56. Está en deuda, pues, con su organismo.

RICHARD. — ¿Qué idioma conviene estudiar más, si el inglés o el francés? Depende, señor, de las actividades a que se dedica usted. El inglés tiene un área mayor de difusión geográfica, pero el francés es la lengua adoptada en las relaciones internacionales diplomáticas de los pueblos. Ambos son de suma utilidad, no solamente como elementos de cultura, sino por los beneficios de toda índole que aporta su conocimiento. Si usted se dedica al comercio, sin vacilar le aconsejaríamos que aprenda el inglés. En cuanto a cómo se puede hacer desaparecer una cicatriz dejada por una operación quirúrgica, la medicina estética ha llegado a resultados óptimos, en algunos casos. Si usted nos solicita un método de los llamados "caseros", le diremos que no existe ninguno...

● ●

COCINERA BOLIVARENSE. — El dulce de membrillo se hace así: Para que salga claro, debe cocerse el membrillo con cáscara, pelarlo y pasarlo por tamiz lo más caliente que se pueda, y no hacer mucha cantidad a la vez. Se pone en seguida al fuego, con igual cantidad de azúcar y membrillo, pesado crudo. Se revuelve constantemente, y para que resulte más fino, se le añade un poquito de agua colada, en que se haya cocido el residuo de carne y semilla antes de enfriarse.

En cuanto a la forma de sacarle el brillo a la ropa, es sumamente difícil. Moje la misma con un trapo húmedo y pásele la plancha. Las fricciones de alcohol suelen dar resultado.

● ●

UN SANJUANINO. — Las venillas rojas a flor de piel, de la nariz, no pueden ser extirpadas. Ni siquiera da resultados el método que usted menciona.

● ●

CRIADOR. — El primer caballo de raza que sirvió para la mestización, en el país, fué el que montaba el general Beresford, y que quedó como prenda de guerra, en el país, al ser derrotados los invasores.

EL ARTE DE CONTESTAR

DESMEMORIADO. — Juan Agustín García fué ministro de Relaciones Exteriores de Rivadavia.

● ●

AMIGO DE LA GEOGRAFIA. — Se calcula la población de Lisboa, en números redondos, en 500.000 habitantes. Coimbra tiene poco más de 100.000.

● ●

F. OZOGUREN. — La elección de armas, en el duelo, corresponde al ofendido.

● ●

ANGEL RAMOS. — Lamentamos no poder satisfacer su pedido. La índole de esta sección no lo permite.

● ●

GUALEGUAYENSE. — Lily Pons y Claudia Muzzio son dos cantantes de fama universal. Preferir una u otra es cuestión de inclinación artística y de gustos.

● ●

PREOCUPADA. — En nuestros números anteriores hemos evacuado su consulta.

● ●

PAQUITO (Rosario) y DALIA ELIZABETH (Leones). — Envíen sus colaboraciones a la Dirección de "Mundo Argentino", y en caso de que no sean publicadas, les serán devueltas, si así ustedes lo solicitan en la carta.

● ●



El Parque de Mendoza.

ESTUDIANTE APLICADO. — No discutan más. La población de Mendoza está calculada en 69.000 habitantes.

● ●

G. Y. — Ya hemos respondido a una pregunta análoga en nuestros números anteriores. En cuanto a los yacimientos de borato del territorio de los Andes, han sido comprados por el trust que los mantiene inactivos, para no provocar el abaratamiento de ese artículo. Dichos yacimientos son de los más importantes del mundo, y su explotación propendería grandemente a la prosperidad de esa zona del territorio argentino.

● ●

OJOS PARDOS. — Esta es la época, efectivamente, de las naranjas agrias que se prestan para hacer el dulce de esta fruta, en las condiciones que usted lo desea. Se prepara así: Se pelan, se sancochan con una bolsita de harina y se les cambia el agua hirviendo durante ocho días, apartándolas hasta que pierdan el agrio. Se hace luego un almíbar con libra y media de azúcar por cada libra de fruta, se echa en el almíbar muy claro y se le hace tomar el punto a fuego lento.

● ●

UN LECTOR VIEJO. — No hay ningún método para lo que usted desea.

AMIGO DE LAS JOYAS. — El célebre brillante "El Regente" de Francia tiene 136 1.2 caretes. En cuanto al descubrimiento de las minas de diamantes del Africa del Sur, fué debido al interés demostrado por unos aventureros ingleses que encontraron una serie de piedras preciosas en una bolsa de cuero, propiedad de una hechicera.

• •

TINA. — **La producción de trigo en la Argentina es muy superior a la de Italia.**

• •

C. R. FIGUEROA. — No podemos aconsejarle nada sobre el asunto objeto de su consulta. Puede usted recurrir a algún empresario teatral e interesarlo...

• •

VECINA DE BELGRANO. — ¿Una fórmula para hacer polvo de matar moscas? Mezcle 15 gramos de glucosa comprimida en polvo con 85 de ácido arsenioso. Estos polvos se echan en platos con agua o se esparcen sobre hojas de papel secante húmedo. Las moscas son atraídas por la glucosa y mueren al contacto de la mezcla.

• •

JUAN JOSE FRANCO (Frías). — Oportunamente tendrá noticias acerca de su novela "Amor puro de mujer".

• •

INTERESADO. — Escriba a la Dirección de la Escuela Navel, Río Santiago, y recibirá todos los datos a que se refiere en su carta.

• •

ORQUIDEA SALVAJE. — Una tiple no se diferencia en nada de una soprano. El registro de voz es aguda en ambos casos. Los españoles llaman "tiple" a lo que los italianos denominan "soprano". En cuanto a qué significa cantar en falsete, le diremos que así se le llama, vulgarmente, a la voz denominada "de cabeza". Este registro resulta sobre el "fa" agudo para las voces de tenor y las de "si" para las de soprano corrientes. Por lo general, las voces de mujer se forman en dicho registro, sobre todo, las de las tiples ligeras, destinadas a cultivar un género lírico, en el que la agilidad ha de sobreponerse a la expresión. Las voces de barítono y bajo poseen falsete como las demás, pero lo utilizan pocas veces, por ser de mal efecto, salvo en timbres excepcionales".

• •

LECTOR SOLITARIO. — En la "Escuela de la Armada" para usar su misma expresión, no se sigue "la carrera de carpintero". El de carpintero es un oficio que se aprende, generalmente, al lado de otro carpintero, practicando en su taller. Es la mejor escuela, y la que han seguido los mejores carpinteros del mundo, sobre todo, en los países donde es tradicional que el hijo aprenda el oficio del padre.

• •

INCREDULO. — Mendoza y San Juan son las dos grandes provincias productoras de vino del país. Pero también se fabrica en otras, como Salta y Jujuy. En cuanto a Santa Fe, se elabora en ella vino a razón de unos 10.000 quintales de uva por año.



¡HOLA!...

¿Con quién hablo?

Miguel Angel. — ¿Y qué querés, si no se me dió?

Federico. — A vos nunca se te da. Sos la yeta andando.

M. Angel. — Otro día, en lugar de darme la plata, la jugás por tu cuenta.

Federico. — Gracias por el consejo. Ya estoy tan escamado, que eso es justamente lo que pensaba hacer.

M. Angel. — Bueno, que te vaya bien. Metele al treinta y seis colorado.

Federico. — Chau. *(Al querer cortar, interrumpe una voz.)*

Lidia. — No corte, por favor.

M. Angel. — ¿A cuál de los dos se refiere?

Lidia. — A cualquiera.

Federico. — ¿Tiramos la monedita, che?

M. Angel. — No; esta "ganga" me pertenece. No te olvidés que me fué mal en el juego.

Federico. — Tenés razón. No sea que la monina me enyete el treinta y seis. ¡Que te diviertas! *(Corta.)*

M. Angel. — Estoy a sus órdenes, señorita.

Lidia. — Y yo también.

M. Angel. — Gracias; pero como fué usted quien pidió S. O. S., puede empezar no más.

Lidia. — ¡Jesús! ¿No puede una muchacha querer hablar con un desconocido?

M. Angel. — Una muchacha, si es joven y bonita, tiene derecho a cualquier cosa.

Lidia. — Yo soy joven, pero no bonita.

M. Angel. — Con lo primero, es de sobra. ¿Y usted entretiene sus ocios buscando interrupciones telefónicas?

Lidia. — Fué de casualidad. Llamaba a una amiguita, y se ligó.

M. Angel. — ¡Mire que yo soy el de la mala pata!

Lidia. — No ha de ser así para todo.

M. Angel. — No; para caminar la tengo buena. ¿Y cómo se llama, encanto?

Lidia. — Lidia.

M. Angel. — ¡Qué macanudo! Este... disculpe, ¿sabe?; pero se me escapó. Quise decir ¡qué hermoso!

Lidia. — No se asuste. Macanudo, ya es término de diccionario.

M. Angel. — ¡Qué "escribida" es usted!

Lidia. — ¿Y su nombre?

M. Angel. — Miguel Angel Benzi, para lo que guste.

Lidia. — ¿Qué es usted de la Chocha Benzi?

M. Angel. — ¡Caramba! Esto se pone interesante: hermano.

Lidia. — ¡No me diga! Si la Chocha es mi compañera de colegio.

M. Angel. — Es demasiada casualidad, señorita. Aquí hay "enjuague".

Lidia. — ¡Por favor, no se lo diga a su hermanita!

M. Angel. — Muy bien, no se lo diré; pero ahora tengo que irme.

Lidia. — ¿Le ha molestado?

M. Angel. — Interviniendo sólo tata Dios en el asunto, yo no me enojo nunca. Pero tengo que irme. Supongo que sabrá el número de la Chocha.

Lidia. — ¿Guardará el secreto?

M. Angel. — Prometido.

Lidia. — Hasta luego, entonces.

(Transcurre media hora.)

Lidia. — Es medio seco tu hermano.

Chocha. — Ya se acostumbrará. Hiciste mal en hablarle de mí. ¡Miguel Angel es muy desconfiado!

Lidia. — Descuida, se tragó el anzuelo.

Chocha. — Si hoy o mañana llegan a conocerse, jura, si es preciso, que yo no estaba enterada. ¡No te lo perdonaría nunca!

Lidia. — ¿Y en qué parará todo esto?

Chocha. — En lo que Dios quiera. Si te gusta Miguel Angel, tienes que ensayar ternuras, sinceridades, compañerismo. ¡Los necesita tanto mi hermano! ¡Y yo te quiero tanto, Lidia!

Lidia. — A sacarle los "burros" y la ruleta, ¿no es así?

Chocha. — Y todos los pequeños vicios, que no están arraigados, y que una mujercita como tú es capaz de arrancar. Te aseguro que eres el punto de mira de mamá.

Lidia. — ¿Ya llevo ventaja, entonces?

Chocha. — ¡Y grande! ¡Ojalá te guste Miguel Angel!

Lidia. — ¿Y si yo no le gustara?

Chocha. — Descarto la posibilidad. ¡Cómo puede ser de otra manera, queriéndote tanto mamá y yo! Le hemos hablado de ti durante la ausencia. Sabe que desde hace un año eres mi amiga. ¡Cuidado, corto, que ahí viene! Hasta lueguito.

Lidia. — ¡Rézale un padrenuestro a San Antonio, por favor! ¡Hasta luego, querida!

La TELEFONISTA INDISCRETA

SANJUANINO. — **El Instituto Geográfico Argentino funciona en la calle Moreno 1059. Teléfono 38 Mayo 6603.**

• •

LECTOR ASIDUO. — Consonantes fricativas son aquellas que causan un rozamiento de la corriente de aire que las produce con los órganos que las articulan. Ejemplos: "se", "fe". No preste, por otra parte, demasiado importancia a estas clasificaciones demasiado minuciosas, que, en realidad, no tienen ninguna utilidad práctica.

• •

CHECOESLOVACO. — Nos remitimos, para evacuar su repuesta acerca de las zonas climatéricas del país, a la opinión de una autoridad casi indiscutible en la materia, Franz Khun. Dice el mismo: "Dividimos el territorio en tres grandes regiones térmicas: la séptentrional o subtrópica, la central o media y la patagónica o templada. El Norte, hasta la línea trazada por el Sur de la provincia de Corrientes, siguiendo por Mar Chiquita y Córdoba hasta San Juan tiene en el verano temperaturas elevadas, con una media de enero de más de 25 hasta más de 30 grados, y con máximas absolutas muy altas. Las temperaturas extremas observadas alcanzan, por ejemplo, en San Juan a 45'5; en Santiago del Estero a 46; en Tucumán a 48. El invierno es benigno, seco, de mucho sol, y raras veces la temperatura en la noche desciende al cero. Es, pues, una región que permite el cultivo de especies tropicales, como la caña de azúcar, el algodonero, el arroz y el tabaco." Se refiere también en particular el geógrafo citado a las otras regiones, pero, por estar comprendidas la zona a que usted especialmente se refiere dentro de la transcripta, no creemos conveniente la transcripción total.

• •

ISLA VERDE. — La substancia para pegar, en las condiciones que usted la desea, no existe, pues en cualquier forma que se la emplee dañaría el material o la estética del sombrero.

• •

15 AÑOS DESPUES. — El viejo ombú de las barrancas de Belgrano desapareció. No recordamos si fué derribado por un rayo o no pudo soportar más el peso de sus ramas y desplomóse. En cuanto a la planta denominada "aromo del perdón", que está situada cerca de la estatua de Sarmiento, en Palermo, su historia es la siguiente: Junto a él se levantaba la antigua casa del tirano Rosas. Cuando la dinamita la destruyó, el aromo sufrió deterioros tales que estuvo a punto de secarse. La tradición afirma que Rosas se solía sentar bajo el mismo, circunstancia que aprovechaba Manuelita, pues lo hacía en sus momentos apacibles, para arrancarle el indulto de muchos condenados, o, por lo menos, que se les atenuara la pena impuesta. Por eso se la llama también "el aromo de Manuelita".

• •

MENDOCINO INVESTIGADOR. — "Ocurrir" quiere decir también "concurrir", "acudir". De ahí que en los avisos económicos que usted ha leído, sea un hábito emplear ese término, en la acepción de "dirigirse a". Queda satisfecha su curiosidad y resueltas sus dudas.

LOS SOBRINOS DEL CAPITAN

Por KNERR











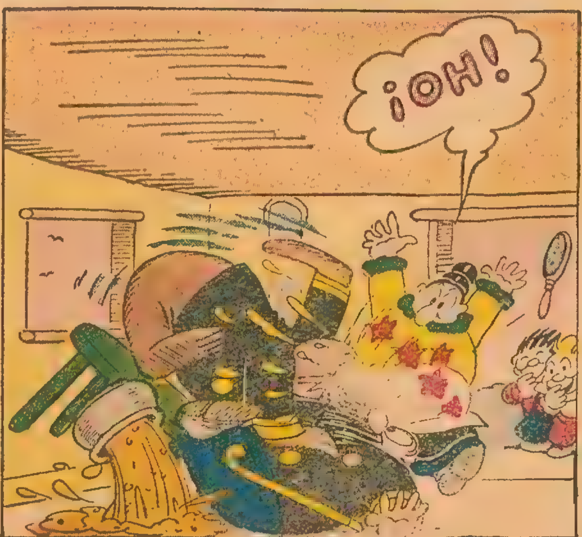














NO SOY MAS POR...

(Continuación de la pág. 20)

Nueva York o Europa, si es que quiere volverse allá. Lamento mucho lo que ha ocurrido, vuelvo a decirle; pero esta es la verdad de las cosas.

Si no hubiera tenido la suficiente entereza para sobreponerme a las circunstancias, hubiera optado por volverme en silencio a Alemania. Pero aunque no entendía nada de leyes opté por quedarme y luchar por mis derechos. Y esto fué lo que me salvó, porque a raíz de mi valiente defensa el señor me llamó a su oficina, y me dijo, no sin cierta frialdad.

—Voy a tomarla a prueba para un papel que tengo pensado. Mientras tanto, practique el golf. Pero debe usted tener mucho cuidado con lo que hace. Sobre todo, no se deje usted reportear. Cuídese de los diarios, que son muy difíciles de callar. Afortunadamente tengo buenos amigos en la prensa y no creo que me nieguen el favor de dejarla tranquila. Hablaré también a Will Hays. Yo, personalmente, le retendré el contrato. Desde este momento en adelante, ¡no lo olvide usted!, su nombre será "Mary Nolan".

Mis principios, lo juro, no pudieron ser más difíciles. Fuí tratada con despego, con cierta prevención que me molestaba profundamente. Todos parecían decirse con la mirada: "¡Cuidado! ¡No se arrime a Mary Nolan!"

Al hablar de los que así me despreciaban, quiero referirme a esos actores y actrices de segunda categoría, que jamás brillarán por sus propios méritos. Sólo pude deshacerme de ellos después de filmar "Más allá de Zanzíbar", que me conquistó el aplauso entusiasta y sincero del público.

El señor Schenck, que es una excelente persona, quiso darme todas las facilidades posibles para triunfar. Esto le movió a transferirme a la "Universal", donde tomé parte con Norman Kerry y Lewis Stone en "La legión extranjera". Contrariamente a mis deseos, en esta cinta tuve a mi cargo un papel de mujer mala, que no se avenía con mi temperamento, pues era la primera vez que lo hacía.

Mis horas libres la pasaba en mi apartada casita. Allí, aislada de todo, comía sola, pensaba a solas y lloraba también a solas.

Esta vida no dejaba de contrastar con mi vida del principio, cuando era actriz de revistas. ¡Qué distintos los tiempos presentes de aquellos que había vivido en Nueva York, tomando parte en "Daffydill"! Fué en esa revista donde tuve la mala suerte de conocer a Franck Tinney, el cómico de cara negra más famoso de todos los tiempos.

Al recordar esto, viene a mi memoria la trastada que le hice a la prima donna de la revista de referencia, Irene Olsen, de la que me ocupé brevemente en el primer capítulo de estas memorias.

Estaba yo en la última fila del teatro, viéndola trabajar. No la conocía muy bien, pero tan pronto la vi luciendo sus magníficos trajes, caí en la tentación de querer usarlos yo también.

En el último acto Irene Olsen tenía que salir a escena vistiendo un primoroso traje de novia, de larga cola. Esta parte de la obra era la que a la Olsen le hacía estallar de orgullo.

Veinte minutos después de haberse iniciado la representación, pretexté un fuerte dolor de estómago y me fuí al vestuario. Era eso lo que más deseaba. Allí podría darme el gusto de ponerme el traje de la Olsen y pavonearme con él como una noviecita de verdad.

Cuando la orquesta empezó a tocar una canción titulada "¡Aquí viene la novia!", con paso cadencioso y pausado, hice irrupción en el escenario.

Esto fué algo estupendo. Al verme Irene Olsen con su traje, sufrió un patatús. Gracias a su desmayo me libré de sus arañazos. Franck Tinney, que trabajaba con ella, no fué capaz de moverse, de tanta como era su sorpresa.

Como es natural, el auditorio rió con la mejor de las ganas esta incidencia. Fué tan inesperado el resultado, que hasta yo misma me sorprendí. Se dijeron de mí tantas cosas en sólo diez minutos, que a buen seguro en aquellos momentos nadie hubiera dado dos centavos por mi futuro: yo era esto y aquello, y, lo que es peor, "había perdido mi puesto", como me anunció el director.

Volví esa noche a mi casa llena de angustia. Por una ligereza imperdonable había destruido mi carrera. A la mañana siguiente sonó el teléfono en mi habitación.

—¡Hola! —dije, y oí la voz del director de las revistas.

—Señorita Wilson, ¿quiere volver esta noche?

—De ningún modo —le respondí.

—Todo lo que le dijimos anoche, ya está olvidado. Vuelva.

Volví, ¡y lo que son las cosas: con un buen aumento de sueldo!

Alan Dane, el más antiguo de los críticos de Nueva York, había escrito en su diario, a raíz de aquello:

"En la joven Imogene Wilson hay, además de una joven bella, una artista: conoce como nadie los misteriosos resortes de la comicidad."

Esto fué lo que me abrió de nuevo las puertas de las revistas. A raíz de ello podía hacerme valer, y a fe que aproveché la ocasión.

¡Ah! ¡Qué difícil es hacer carrera en Hollywood cuando se tiene un pasado tan turbio como el mío! Sin embargo, yo he vencido todos los obstáculos y he triunfado, y puedo decir, con orgullo, aunque esté mal que lo diga, que si no soy más es porque no quiero.

(En el próximo número se publicará el último capítulo de estas memorias.)

El buen humor en nuestros teatros

(DE LOS ULTIMOS ESTRENOS)

Apuntes de nuestro dibujante GINZO



EL ANDALUZ (V. Climent). — ¿Quié usted escupirme er pañuelo, que se m'acabao er agua colonia?

De "ALMA TORERA", éxito del teatro Monumental.



JULIETA (Rosita Arrieta). — Mi ideal es un hombre rubio, regordete...

FROILAN (F. Charmiello). — ¿Regordete?... ¿Con qué se come eso?

JULIETA. — Significa algo gordito...

FROILAN. — ¡Ah, güeno! ¡Tirando a chancho, quiere decir!...

De "LA CASA DE BARRO", éxito del teatro Apolo.



ESPERANZA (Amanda Las Heras). — ¡No ves que he llorado tanto, que no puedo llorar más!...

EL AMIGO (H. Bonatti). — Y..., ¡pruebe cebolla!...

De "LA CUMPARSITA", éxito del teatro Nacional.



EL INTENDENTE (L. Zárate). — Y ahora que ha conocido a todos los campeones, le voy a presentar al supercampeón de resistencia...

VITO DUMAS (L. Malcon). — ¿Quién es?

EL INTENDENTE. — ¡El empleado nacional!

De "AHORA VA A CORRER EL VENTO", éxito del teatro Maipo.



CHINA DOMINGA (Ada Cornaro). — ¡Te quiero, Gayoso, te quiero con toda el alma!

CABO GAYOSO (E. Muiño). — ¡La pucha que te dió trabajo levantar bandera blanca!

De "LA CHINA DOMINGA", éxito del teatro Buenos Aires.

LA MADRE QUE...

(Continuación de la pág. 45)

que su contacto con el mundo exterior y su agilidad física y mental, su firme mano de "piloto" y su capacidad de pensar rápidamente en situaciones de emergencia, le han de resultar utilísimas en el manejo de su hogar.

Lo que para el espectador era juego de peligroso azar, se reducirá a nada en su mente por su confianza en su juicio, rapidez de pensamiento y justo control.

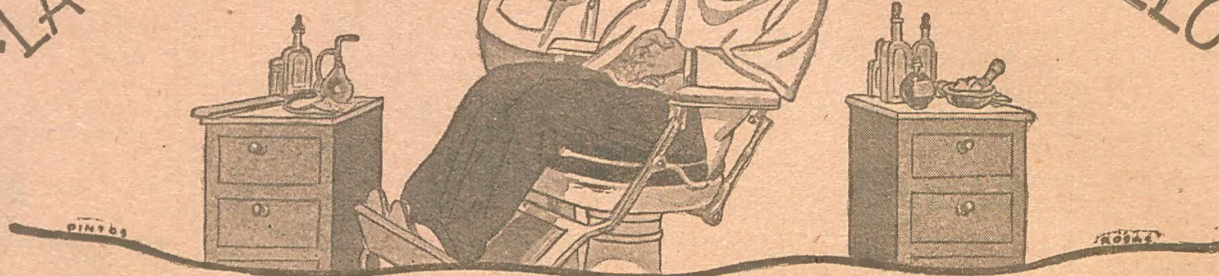
La madre aviadora conocerá el mundo y traerá a los hijos que quedaron en el hogar el oxígeno de puntos de vista de afuera, conocimientos sobre gentes y cosas diferentes que inevitablemente agrandarán el horizonte moral de aquel hogar.

Debemos aceptar, pues, el tipo moderno de madre, que conserva intacto el acendrado cariño de la madre, fortificado por una vitalidad, dimensión y resolución desconocidos hasta ahora.

No existe ninguna razón para que la mujer que besa a sus hijos y se larga a volar deje de ser madre cariñosa y cuidadosa, pero existe una razón concreta que permite proclamar sus méritos en presencia de las nuevas dimensiones de vida activa que ha incorporado a su existencia.

FIN

DIÁLOGOS EN LA PELUQUERÍA



—¿Ha visto, don Mandinga? ¿Qué le decía yo del presupuesto? En esta tierra no se necesita ser oráculo, ni vidente, ni siquiera un vulgar tirador de cartas para acertar siempre, indefectiblemente, sobre el porvenir administrativo: basta con ser pesimista. Piense usted mal y no se equivocará jamás.

—La regla es bien sencilla...

—Como todas las grandes reglas. Ahí tiene usted cómo no me ha fallado. Y ¿sabe por qué no me ha fallado? Porque yo me dije: el gobierno es ante todo y por sobre todo, un conjunto de intereses creados, y esos intereses creados tienen sus "efectividades conducentes" en el presupuesto.

"Ya ve, don Mandinga: otra lógica sencillísima, pero infalible. Reducir el presupuesto a proporciones armónicas con la actual situación, con la desocupación, la paralización comercial, la angustia y el dolor del pueblo,



hubiera sido atentar contra esos intereses creados que, desde la más remota antigüedad, como un atavismo de épocas absolutas, están por encima de las necesidades y hasta del hambre de los pueblos.

"Hablamos de igualdad, de democracia..., ¡palabras!, palabritas, don Mandinga: pese a la igualdad "constitucional" no somos prácticamente iguales; hay la clase que suda y la clase que aprovecha, y a pesar de la "democracia" tenemos la clase que carga con los impuestos y la clase que se los gasta en el hipódromo, en Europa y en toda una larga serie de sibaritismos.

"Por eso, porque la igualdad y la democracia no son más que simples palabritas, es que nos han echado sobre el lomo — el lomo de la eterna bestia de carga, mansita y sufrida — un presupuesto de 840 millones de pesos, sin contar los voluminosos anexos de las reparticiones autónomas. Es decir, un presupuesto fabuloso en el que no se ha renunciado a nada de lo ya establecido en beneficio de la clase privilegiada, en el que no se ha hecho más que rozar levemente esos intereses creados que hacen del gobierno una Jauja y del patriotismo una paradoja.

"Todos, todos hablaron de economías, en los tonos más diversos y patéticos y cuando llegó el momento de hacerlas, ¡nadie las hizo!

●●●



"¿Quiere que escarbemos un poco, un poquito nomás en eso de los intereses creados? No hay más que levantar la costrita...

"Vea: en la mayoría de las dependencias que tienen personal obrero a éste se le ha reducido el trabajo a sólo diez y ocho días mensuales, lo que, desde luego, implica una considerable reducción de los jornales. Esos obreros tienen hogares que piden pan, hijos que vestir y educar. Si la economía fuera general, no habría nada que decir: ley pareja no es rigurosa. Pero a los obreros se les reducen los jornales y a los funcionarios se les aumentan los sueldos. ¿Qué significa esto?

"En los talleres de las Obras Sanitarias se trabajan diez y ocho días al mes, y en las oficinas se llenan vacantes de 900 pesos y se crean puestos de inspectores letrados, con sueldos de 750 pesos y viáticos de veinte pesos mensuales, fuera de presupuesto. ¿Con qué fondos se pagan esas "creaciones" fuera de presupuesto? Si hay dinero para estas generosidades, con mayor razón debería haberlo para que los talleres funcionen como es debido y la población no esté bebiendo agua turbia. Pensemos siempre mal y acertaremos: es que los obreros pertenecen a la clase que suda y los funcionarios ascendidos y fuera de presupuesto, a la clase que aprovecha...

●●●

"En 1927 teníamos un presupuesto más económico del que se ha votado para 1932 y que seguramente servirá para 1933. ¿Sabe usted por qué no se ha vuelto a él?

—No, don Giácomo.

—Pues sencillamente, de miedo: para volver al equilibrio de 1927 hubiera sido necesario rebajar los sueldos del ejército y la



armada; ¿me entiende? Todo un imposible, mi estimado cliente. Recuerde esto que dijo el diputado Ghioldi en la Cámara, y que le valió nutridos aplausos: "El gobierno no paga equitativa y regularmente a los funcionarios, en el sentido de que a veces algunas categorías de funcionarios cobran febrero, mientras el mes de noviembre no ha sido cobrado por los maestros."

"¿Ve usted? Al hablar de "categorías" el diputado Ghioldi también reconoce las "clases". Y los maestros también pertenecen a la clase que suda; por eso pagan "el pato" de todas las dificultades económicas de los gobiernos. En este sentido, se los equipara siempre al grado de... vigilantes. Cuando un gobierno esté en mora con el personal, no pierda tiempo en averiguar quiénes son los que hace más tiempo que no cobran; tenga por seguro que esos son los maestros y los vigilantes."

Por

Viejo Mandinga

Don Giácomo, que está dando los últimos toques a mi arreglo facial, me alcanza un diario santafecino que estaba sobre la mesa.

—Lea este parrafito y verá cómo tengo razón en sentir repulsión por la política.

Leo: el diario dice que los nombramientos políticos en la campaña de la provincia, son desastrosos. Un comisario tiene un proceso por homicidio, otro fué detenido por quinielero y redoblonero, otros dos fueron procesados por desacato a mano armada a la autoridad.

—¿Qué me dice, don Mandinga?

—El gobierno santafecino parece practicar la doctrina cristiana de que "de los arrepentidos se sirve Dios"...

—¡No me haga cosquillas, hombre! Esos "nenes" son caudillos electorales. Ahí está el secreto de por qué les entregan la custodia del orden y de los intereses públicos a pesar de



sus antecedentes. Su oficio es "servir a los gobiernos", y por eso se dan vuelta. Bueno: por eso y por necesidad: si no se dieran vuelta, los meterían en la cárcel. ¡Ah la política!... Con razón la gente del campo dice: ¡Ahí viene el comisario!, y corre a esconderse como si viniera el mismo diablo "jediendo a muerto".

●●●

—¿Qué le parece el asunto de las fichas de la Dirección de Tráfico? El ex director, recientemente ascendido a un puesto más "estable" había puesto el fichero de la dependencia en manos de una empresa privada que lo explotaba comercialmente. Ciento sesenta mil fichas dan mucho jugo...

—El ex director ha pedido que se instruya un sumario y ha dado explicaciones, diciendo que eso ocurría por falta de fondos para organizar dicho fichero oficialmente.

—Es natural: lo menos que puede hacer un funcionario a quien se acusa de una irregularidad, es eso. Pero a otros, por mucho menos, los suspenden. Ya ve cómo son elásticos los criterios administrativos: a unos los suspenden y a otros los ascienden...

"¿Que no alcanzan los fondos? El caso no era tan extremo, puesto que a la Municipalidad le sobran para otras erogaciones super-



fluas; el ex director de Tráfico pudo pedirle al intendente que postergara la decoración del salón de recepciones de la Comuna, o que achicara el presupuesto del Colón... La falta de fondos no es un justificativo para incurrir en procedimientos equivocados. Con semejante criterio, mañana podría ponerse en manos de empresas comerciales todas aquellas ramas administrativas que producen "déficit".

—¡Qué fígaro más rotundo!...

LA ANECDOTA NACIONAL

LAS DOS PUNTAS

Cierto personaje que se distinguía por sus excelentes amabilidades y expresivas atenciones hacia el general Roca, cuando éste ocupaba por segunda vez la presidencia, hizo ofrecerle un paseo con un minucioso programa de diversiones. Uno de los números más importantes era la pesca. Para tal objeto, con suma prolijidad y esmero, había construído una especie de choza en la costa del Tigre, colocando en ella una cómoda silla de paja para que se sentara el eminente pescador, rodeado de todos los enseres necesarios: anzuelos, espineles, líneas, cañas, etc.

El general Roca comenzó con entusiasmo su tarea. Pero pasó una hora... y no pescaba nada. A las tres de la tarde no picaban tampoco.

La impaciencia del general fué subiendo de grado, hasta que en el instante en que su nerviosidad era más visible, se le aproximó el doctor Joaquín V. González, y con acentuada socarronería, le dijo:

—¿Sabe, general, cómo definen los ingleses el acto de pescar?

—¿Cómo? — interrogó intrigado.

— Pues dicen que es una línea con un anzuelo en una punta y un sonso en la otra.

— Y es verdad — dijo Roca, arrojando la caña.



El repórter (dirigiéndose a uno de los segundos). — No lo moleste, amigo: ya se enterará mañana por los diarios cómo terminó la pelea.

(De "The Humorist", Londres)

EL CUENTO JUDIO

Da a Bloch un colapso y todos creen que acaba de morir; deja a sus hijos una cuantiosa fortuna. Los herederos, reunidos en la cámara mortuoria, discuten acerca del entierro que han de hacer a su padre.

— Yo opino — dice el mayor — que debemos hacerle un entierro que sea lo mejor de lo mejor, sin reparar en el precio.

—¿Cuánto puede costar un entierro así? — pregunta Moisés.

— Doce mil francos.

— Permíteme que te diga, José, que si papá viviera y pudiera darnos su opinión, nos aconsejaría que no nos gastáramos tanto dinero. Creo que debemos escogerle un entierro de la clase inmediatamente inferior.

—¿Y crees, Moisés, que papá hubiera deseado un entierro tan lujoso? Yo, que lo conocía muy bien, puedo afirmar con toda seguridad que se hubiera contentado con un simple entierro, sin música ni ceremonias.

— Pues yo creo que os equivocáis los dos. Papá me dijo cierto día: "Cuando yo me muera, quiero que me enterréis como a los pobres."

—¿De veras? — preguntan a coro los hermanos y las hermanas.

Pero en esto reacciona el padre:

—Está muy bien, hijos míos — dice. — Cuando muera de verdad, me iré a pie al cementerio.

SALPICON

UNA CARIDAD

Un señor, bien vestido y ceremonioso, se presenta ante la presidenta de la Sociedad de Beneficencia para hablarle de una familia que se encuentra en la mayor miseria.

— Se trata— dice — de una mujer enferma, cuyo marido falleció hace poco, dejando varios niños desamparados. Deben tres meses de alquiler, y si no los pagan pronto, los desalojarán. Imagínese, señora, esa madre enferma y esos pobres niños en medio de la calle, obligados a dormir a la intemperie. Y todo por cien miserables pesos que deben. ¿No podrían ustedes ayudarlos? ¿Pagarles el alquiler?...

— Sí; los ayudaremos. Pero, y usted, ¿quién es?

—¡Oh!... Yo soy el propietario de la casa donde viven.



El soplador de vidrios. — Lo lamento, señor, pero éste me salió así porque me dió un golpe de tos.

(De "Royal", Londres)

CHISTE

Ella. — ¿Tiene usted parientes pobres?

El. — No conozco a ninguno.

Ella. — ¿Tiene usted parientes ricos?

El. — Ninguno de ellos me conoce.





— Deseo que me venda una platea a mitad de precio.

— ¿Por qué a mitad de precio?

— Porque soy tuerto.

(De "L'Amusant", París)

El pastor.— Y, ¿qué le ha parecido a usted mi sermón del domingo, sobre la honestidad, señor Fernández?

El jardinero aficionado. — ¡Oh! La más elocuente de las piezas oratorias, padre. Me ha convencido de tal manera, que ahora mismo voy a devolver todas las herramientas que pedí prestadas durante estos últimos años.

(De "The Humorist", Londres)

IDEARIO ARGENTINO

El valor de un acto cualquiera debe medirse por el propósito que lo inspira y no por el acto en sí.

Martín Gil.

Sólo pensando cosas grandes se prepara el alma a ejecutarlas.

Miguel Cané.

La idea sin la realidad es una canción sin palabras.

Carlos Vega Belgrano.

Hay mujeres que viven disimulando eternamente sus defectos, y hombres tan necios que, viviendo al lado de ellas, jamás se los conocen.

Lucio V. Mansilla.

CHISTE

— Sí; estaba yo haciendo una excursión por Sicilia, cuando llegaron los ladrones y me robaron todo el dinero, el reloj y hasta el automóvil.

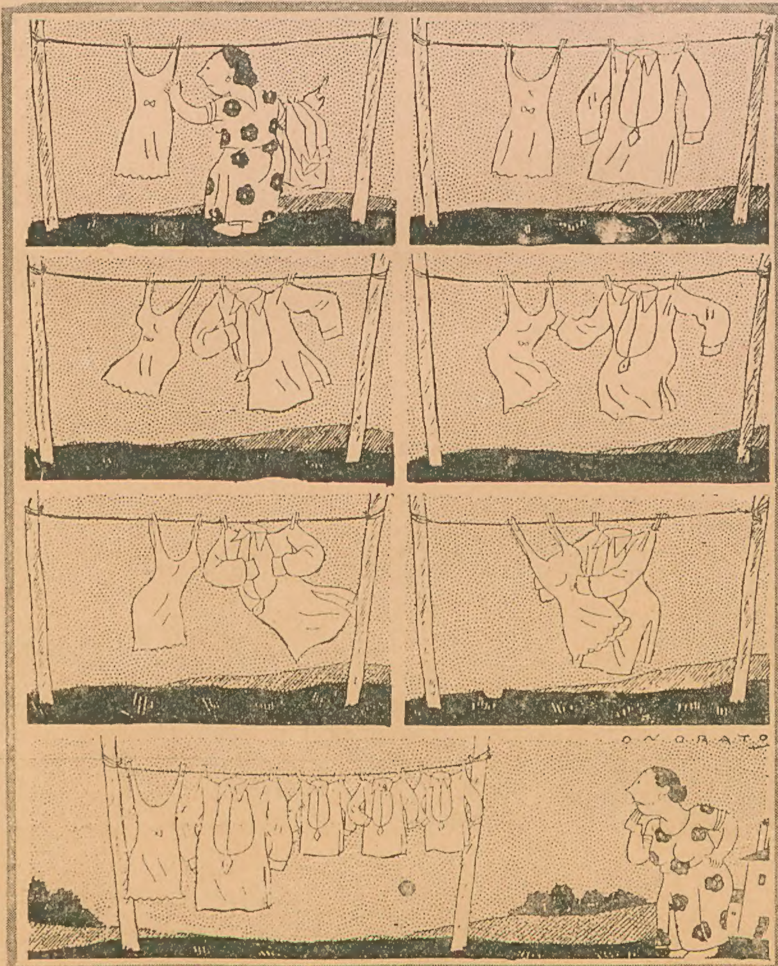
— Yo creía que tú llevabas el revólver.

— Sí, lo llevaba; pero resulta que no tuvieron la suerte de encontrármelo.



El señor (al propietario exigente). — Y dígame usted, si alquilamos la casa, ¿podremos tener hijos?

(De "Life", N. York)



IDILIO OTOÑAL

(De "Il Travaso delle Idee", de Roma)

DE "EL HOMBRE QUE ESTA SOLO Y ESPERA"

Sentido agropecuario.—El dinero es respetado en sí mismo, pero no sus tenedores. "Hijo de bolichero", "hijo de chacarero" o "hijo de ganadero". El único dinero aristocrático es el agropecuario.

Encanto de Buenos Aires. — La trabazón que da la soledad. El porteño es un marino. Buenos Aires es un enorme barco inmóvil que está varado en la vida.

Me dijo el hombre.—En los días de pesadumbre, esos días en que uno se derrite en una tristeza de rumiante, me gusta zambullirme, anegarme, en esa corriente humana que ambula por las calles, abandonarme a sus flujos y reflujos, a sus vaivenes: disolverme en ella.

Timberos. — ¿Qué importa que millares de timberos se desplumen entre ellos o desmedren sus peculios cediendo sus pesos al Jockey Club, en pago del espectáculo? Lo pernicioso es dedicar dos o tres páginas diarias de informaciones, datos, pronósticos, tan bien elaboradas que dan ganas de jugar nada más que para entenderlas.

Raúl Scalabrini Ortiz.



— A mí no me dé explicaciones. Déselas al comisario. El es casado y yo no.

(De "Judge", Nueva York)

EPIGRAMAS

En esta tumba sombría
descansa doña María,
matrona tan desganada,
que duerme en la tumba fría
por gusto de estar "tumbada".

A. Retana.

Pedro una gorra compró
A los hermanos Assem,
Y un peso falso les dió;
Por eso al irse exclamó:
— Que ustedes "lo pasen" bien.

Edmundo del C. Bonet.



El forastero. — Lo considero bastante viejo para ser policía.

Uno del pueblo. — No es agente, es nuestro vecino más viejo, y lo vestimos así para evitar que los autos lo atropellen al cruzar la carretera.

(De "The Passing Show", Londres)



Reemplace al pan con las EXPRESS,

que éstas todo lo hacen más rico: el desayuno, el aperitivo, el almuerzo, el té, etc.

Son realmente deliciosas y muchísimo más digestivas y nutritivas, *¡y sin formar tejidos grasos o fofos!*



Galletitas "Express"



No olvide que:

Igual a una EXPRESS
solamente otra EXPRESS...
y que:
Mejor que una EXPRESS
únicamente dos EXPRESS.

S.A. ESTABLECIMIENTO MODELO
TERRABUSI

Por algo muchos médicos prohiben comer pan...

Modos de servir las EXPRESS.
En sandwiches: de caviar, fiambres en general, paté de foie gras, queso o pasta de jamón, de anchoas, etc.
Para el desayuno o el té: solas o con mermelada o dulces en general.
Para el aperitivo: solas o con queso.
En la mesa: con caldo, solas o con queso entre plato y plato.
Se venden en cajas de ... kilogramos

Impreso en los talleres gráficos de la Empresa Editorial Haynes Lda. S. A.